

Luz Eliana Morales Q. y Gabriel Rodríguez

Carlos González, Obispo: Con la Mirada Puesta en las Estrellas



Chile: Cincuenta años de historia,
en la mirada de un pastor.

EDICIONES AL MARGEN

Luz Eliana Morales Q. y Gabriel Rodríguez B.

Carlos González, Obispo: ✓ Con la Mirada Puesta en las Estrellas

Chile: Cincuenta años de historia, en la mirada de un pastor.

EDICIONES AL MARGEN

Luz Eliana Morales y Gabriel Rodríguez

Distribuye: Ediciones Al Margen
Fono 09- 5901688 09- 8737666
2 Norte N° 1251 - B Talca - Chile

Primera Edición Abril 2001
Derechos Legales Reservados
Propiedad Intelectual N° 59110
Ediciones Al Margen
e-mail: teatroalmargen@reixmail.com
Impreso en los Talleres
Graficos de Imprenta Los Andes
11 Oriente N° 809 Talca

Al lector:

Más de un año ha transcurrido desde el momento en que se terminó de escribir este libro y su ingreso a la imprenta.

La tardanza, no hace sino reflejar la realidad sobre la que se apoya el quehacer cultural, literario e investigativo de los creadores regionales.

A poco andar de la investigación periodística, se pensó que este no sería un camino tan pedregoso. Se creyó compatible el interés y las expectativas que los potenciales lectores tenían en el libro, con el de personas e instituciones que podrían apoyar su edición. Los meses han mostrado otra realidad.

Carlos González, es y será sin duda, una figura de nuestro tiempo. A través de este libro, que sintetiza largas horas de entrevistas con el obispo, se pueden conocer facetas de su personalidad y hechos de su vida, que muchas personas descubrirán avanzando por estas páginas.

Hay seguridad, en que con los años, el libro se constituirá en material informativo de gran importancia para las generaciones venideras. Esta es una de las razones, que motivó el seguir adelante y el no claudicar, hasta llevar a sus manos esta edición.

Pero hay todavía una razón, más fuerte y poderosa para no abandonar este proyecto. Es el justo reconocimiento, que Carlos González merece y que estos autores, sostienen, debe ser validado en vida, mientras el obispo puede, terrenalmente, recibir el afecto y la gratitud que su inmensa, anónima y desinteresada obra inspira.

Como autores, con la publicación de este primer tomo del libro, comenzamos a saldar parte de la deuda que tenemos tanto con el lector,

como con quienes tomaron parte de la publicación, entregando sus testimonios respecto a la persona del obispo. Son esas entrevistas, impregnadas de vivencias y valiosos testimonios, aportados por una diversidad de personas, las que formarán parte del segundo tomo, cuya edición se proyecta en el futuro cercano.

Nuestra deuda es también con Carlos González, quien tuvo la paciencia de compartir con nosotros largas horas de conversación y de hurgar en sus recuerdos. Quien conoce al obispo y las características de su personalidad, sabrá que ésta no fue tarea sencilla. Por eso y una vez concluida, resulta imposible no llevar hasta ustedes, el resultado de esta investigación.

Los Autores.

Talca, abril de 2001

Prólogo

Estas páginas dedicadas a monseñor Carlos González Cruchaga, tienen varios méritos. Al repasar las vivencias de este pastor de la Iglesia Católica se reconocen las grandes penas, sueños y traumas de un Chile que no termina de encontrarse a sí mismo. Don Carlos es testigo y actor privilegiado de esa historia de la Iglesia y del Chile de la segunda mitad del siglo XX. Pero el testimonio de primera fuente que aquí se recoge supera el sólo afán de mantener nuestra memoria histórica, empeño de suyo saludable. Don Carlos es un sacerdote del aquí y del ahora, pero de los que sabe trascender al mismo tiempo el minuto histórico y ver más lejos.

Mis colegas Luz Eliana Morales y Gabriel Rodríguez, han tenido la sensibilidad para descifrar los rasgos de carácter que hicieron de este sencillo y afable pastor, que nunca buscó protagonismos, una de las voces más respetadas del país. Esa combinación de fuerza y sensibilidad, de inteligencia penetrante y de nobleza serena, explican el liderazgo moral que impuso como Obispo en los momentos más difíciles.

Tercero de siete hermanos, recibió una formación cristiana en el seno de una familia conservadora y de abolengos. En las interminables tertulias de sobremesa fue forjando la convicción que la diversidad enriquece y que la tolerancia es buena consejera. También fue desarrollando esa personalidad cálida y afable que aún hoy, en su tranquilo retiro en el Caserío Lircay de Talca, atrae a muchos jóvenes sacerdotes que buscan su consejo y compañía.

La lectura de este trabajo, me confirma esa impresión que me forjé en las escasas ocasiones en que he tenido la oportunidad de entrevistarlo como periodista. Sus amigos y discípulos dicen que a don Carlos, no hay que juzgarlo por primeras impresiones. Tras su timidez hay una mente aguda, una buena dosis de humor irónico y una gran claridad para ver en la espesura de sucesos hechos verdaderamente relevantes, de todo lo cual emerge, una voluntad que no sabe de claudicaciones. Como Obispo, nos dicen, dejaba hacer pero demandaba consecuencia y hoy sigue siendo un convencido que la verdad siempre acaba por imponerse.

He dicho que este libro, tiene el mérito de mostrar a través del testimonio de este pastor, las grandes vicisitudes de la Iglesia Católica y del Chile contemporáneo. Su vocación religiosa maduró, al igual que la de una generación de jóvenes idealistas, conmovida por la pobreza y las desigualdades sociales. Podría suponerse, por su testimonio de vida, que siempre tuvo clara su vocación de pastor. Su inquietud venía desde la adolescencia y se enriqueció en el diálogo con su primo jesuita Alberto Hurtado Cruchaga y en los contrastes sociales de los sectores aledaños al Conchalí campesino, donde su familia tuvo una chacra. Allí descubrió que había dos Chile y que él tenía una misión.

Estas páginas saben distinguir al hombre real del mito. Con esa sinceridad que le permite conquistar corazones, don Carlos confidencia a los autores de esta obra, que lo pensó mucho antes de optar por el sacerdocio. Les confesó que anduvo huyendo de Dios, hasta que a los 23 años tomó los votos para servir a la Iglesia, tras un paso fugaz por la escuela de Agronomía de la Universidad Católica. La historia de la Iglesia y del Chile contemporáneo, le tenían reservado un lugar de mérito y él, finalmente, se entregaba a ese llamado interior de servicio.

Pronto advirtió Carlos González Cruchaga, que el sacerdocio le traería más dificultades de las imaginadas y que su vida cambiaría muy drásticamente. La de Chile y de la Iglesia también. Venían nuevos tiempos y se requerían otros liderazgos. El 12 de mayo de 1939 Carlos González usó sotana por primera vez y no se sintió cómodo. Andaba a tropezones. En el fondo, tampoco le acomodaba la doctrina teológica pre conciliar. Como otros jóvenes idealistas de la época, muchas veces pensó en abandonar el Seminario y buscar otro camino de servicio. Pero siguió adelante. Cuando se ordenó sacerdote el 24 de septiembre de 1944, la Segunda Guerra Mundial sumaba muchos millones de víctimas y nacía una nueva conciencia mundial. La pobreza se transformaba en una preocupación y dentro de la Iglesia Católica, comenzaban a madurar nuevas energías.

Algunos sacerdotes optaron por vivir junto a los que más sufrían. Don Carlos fue uno de los llamados "curas obreros". Trabajó en los "malacatosos" barrios y en las fábricas aledañas a Renca donde vio y vivió de todo. Allí supo de la pobreza, aprendió a escuchar la vida y a responder sin prejuicios. Junto

a ello encaró las tensiones que sufría la propia Iglesia acuciada de presiones por el cambio. También supo de la incomprensión de las jerarquías eclesiales, pero comprendió sin amilanarse que el parto de la nueva Iglesia sería con mucho dolor.

De cura obrero pasó con el tiempo a trabajar en el Seminario Mayor de Santiago. Se quedó veinte años. La Iglesia se comprometía con los cambios. Se volcaba a los campesinos y a la reforma agraria. Como Obispo adoptó el lema "Ven Señor Jesús". Sólo el tiempo le revelaría lo complejo de su misión. Fue investido en marzo de 1967, poco antes del gran movimiento cultural que cambió a Occidente. "Se realista, pide lo imposible" dirían los estudiantes del Movimiento de Mayo en las calles de París. El clamor cruzó el océano y llegó al provinciano Chile.

Carlos González comprendió que el mundo estaba cambiando muy rápido y la Iglesia no quedaría fuera del remolino de la historia. Le tocó trabajar con nuevas generaciones de jóvenes que como él, llegaron llamados por la vocación religiosa. Vivió el dolor de verlos desistir y buscar otros caminos, la política entre ellos. Pero no fueron esfuerzos perdidos. Con orgullo ve como varios candidatos frustrados al sacerdocio son o fueron ministros de Estado y parlamentarios. Fue la crisis de las vocaciones: eran los tiempos en que de 150 seminaristas no se ordenaban más de 30.

Carlos González nos enseña que nunca hay que temer al cambio. Hay que evolucionar hasta encontrar el nuevo equilibrio, comenta. Distingue dos tipos de ancianos: el mañoso insoportable y el que se humaniza. Trato de ser -dice- de los segundos. Ante la crisis de la Iglesia, se esmeró en su trabajo personal con los sacerdotes y acercó su Diócesis a la gente, ofreciendo un amplio espacio a los laicos.

En su preocupación por el futuro viajó a Cuba a conocer in situ la verdad de los socialismos reales. Volvió más preocupado. "Nos atendieron a cuerpo de rey, pero estaba todo vigilado" diría a su regreso. Aunque siempre ha sido calificado como "cura progresista" se inquietó ante movimientos como "Cristianos por el Socialismo". Sus relaciones en la Diócesis con ellos, llegaron a ser muy difíciles. Pero se negó a aplicar el garrote. "Si está de Dios, será". Los hechos fueron confirmando sus convicciones.

Quizás el mayor dramatismo de este libro resida en la fuerza del testimonio de lo que le tocó vivir a Carlos González Cruchaga durante el largo itinerario del régimen militar. Como se consigna, el golpe lo sorprendió en Bélgica, pero en el primer vuelo estaba en Chile. En sólo días comenzó a vivir de cerca el drama de las violaciones a los derechos humanos. Aún hoy, se siente conmovido cada vez que recuerda el fusilamiento, sin consejo de guerra, del último intendente de Allende, el socialista Germán Castro Rojas. Tuvo la penosa misión de informarle sobre su destino y apelando a toda su autoridad eclesiástica, apenas consiguió que le dejaran libres las manos al condenado para que escribiera una carta de despedida a su familia. Esa noche 26 de septiembre, tuvo que hacerse el ánimo para acompañar a la víctima ante el pelotón de fusileros. Su aguda visión de hombre inteligente le hizo comprender que era apenas el inicio del espanto.

En tres meses la Iglesia ya sabía que Chile estaba viviendo su mayor drama histórico. Carlos González formó parte de quienes dieron origen a la Vicaría de la Solidaridad. Fueron muchos los años de crisis, unos peores que otros. El 73 y el 74; después el 81 y 82, recuerda. Fueron los peores años en las relaciones entre la Iglesia y el régimen militar. Los hechos no pasaban por su lado, sino que lo tocaron directamente. Fue uno de los Obispos detenido y expulsado de Ecuador por la dictadura de Rodríguez Lara, producida en plena reunión de Obispos en Río Bamba. Era agosto de 1976 y era obvio que la expulsión había sido digitada desde Chile, como también lo estaba el agresivo recibimiento en el aeropuerto de Pudahuel, donde fueron agredidos por agentes de inteligencia del Ejército.

El valor del testimonio desplegado en estas cuartillas no se queda en la denuncia. Carlos González es un hombre de fe y sabe que en las horas de prueba es cuando más se crece. Fue en años trágicos cuando los jóvenes se volvieron a encontrar con las vocaciones. Carlos González lo recuerda así: el trabajo de la Iglesia por los derechos humanos y por atender a las víctimas de la represión fue tan absorbente como apasionante. Pocos abandonaron las vocaciones sacerdotales en esos días. Viejos debates como el celibato o la teología cedían ante el clamor por la vida.

Cuando le correspondió asumir la presidencia de la Conferencia Episcopal, su voz trascendió la Diócesis y se transformó en un aliento moral para los chilenos. Fue cuando más llamó la atención su preparación intelectual y la capacidad para leer atentamente los acontecimientos. Fue el momento en que sus rasgos de carácter fueron más útiles a la Iglesia. Abrió el

diálogo sin exclusiones. Golpeó las puertas del clandestino FPMR para pedirles que dijeran adiós a las armas. Apoyó sin reservas el NO en el Plebiscito y alentó la transición a la democracia con la carta pastoral "Del miedo a la esperanza".

Ahora, desde su retiro en el Caserío Lircay, el Obispo emérito de Talca disfruta del sosiego. Pero sigue atentamente los sucesos de la Iglesia y del Chile que a tientas busca el reencuentro. Hasta su sencilla casa llegan muchos jóvenes sacerdotes a buscar el aliento y la guía. O sólo a compartir el diálogo. Desde su retiro sigue enviando señales. Por ejemplo, visualiza otra crisis en la Iglesia. Será a corto plazo, dice. Este final de siglo lo ve bien complicado. Pero presiente que una vez más la Iglesia saldrá fortalecida por la fuerza del cambio. Dejará de estar centrada en los sacerdotes, las monjas y los Obispos. La Iglesia debe ser el pueblo de Dios y su fuerza reside en la fe interior y en la esperanza, es su mensaje.

Ha llegado el momento, estimado lector, de dejarlo a solas con los autores de estas carillas.

Alejandro Guillier Alvarez
Periodista

Carlos González bajó del jeep que le permitía recorrer su extenso territorio pastoral situado en el corazón de Chile. Los elevados niveles de pobreza y los bajos salarios eran una realidad cotidiana en la región del Maule. Se acercó a la pequeña capilla rural y comenzó a saludar a los fieles que se reunían en la entrada. Con una puntualidad obsesiva, el Obispo inició la celebración destinada a ordenar diácono a un sencillo y querido vecino del sector.

Había sucedido en el cargo a monseñor Manuel Larraín, quien junto a Cardenal Silva Henríquez habían dado inicio simbólico a la Reforma Agraria, entregando las propiedades de la Iglesia a los campesinos. Él se había atrevido a ordenar ministros de la Iglesia a simples campesinos, a sastres, a pequeños empresarios, a profesores.

Se le reconocía una entrega abnegada al servicio de las comunidades y un amor sin límites a la libertad de la Iglesia para enseñar "a tiempo y a destiempo" la verdad de un cristianismo encarnado en la historia. Esto le había ganado simpatía en unos y antipatías en otros. Los integrantes de las Comunidades Cristianas entendían que lo que estaba en juego era la fidelidad a Jesucristo y que podían contar con su pastor "en las buenas y en las malas". Incansable trabajador, atendía a los fieles sin horario, buscando caminos nuevos en una sociedad impregnada de materialismo.

Una Noticia Explosiva

El hecho provocó conmoción en la prensa, en las esferas gubernamentales y en la Iglesia. La Conferencia Episcopal de Chile, había elegido como su presidente a Carlos González Cruchaga, Obispo de Talca, catalogado en círculos oficiales como un "progresista". Corría el año 1988. Eran tiempos difíciles. La relación entre el gobierno militar y la Iglesia pasaba por momentos de tensión: varios sacerdotes asesinados, más de un centenar de religiosos (as) expulsados del país, la violación de los derechos humanos, miles de exiliados, la nueva Constitución Política del Estado y la situación económica del país, eran parte de los temas que cruzaban dolorosamente la convivencia nacional.

Carlos González, fecundo escritor y lúcido intelectual, pastor querido en su Diócesis, había probado por más de veinte años su decidida opción por los pobres. En él se hacía realidad el Concilio Vaticano II, que anunciaba una Iglesia "servidora del mundo" y defensora de la dignidad de cada persona, creada a imagen y semejanza del Creador.

Su historial público, incluía –entre otras situaciones difíciles– un atentado a su hogar, el haber sido víctima de una detención arbitraria en Ecuador y testigo presencial de un fusilamiento en Talca.

Hubo quienes anunciaron escenarios confrontacionales y aquellos que desconfiaron de una presidencia demasiado tímida para tiempos que exigían audacia. Ciertamente, el Obispo, parecía poseer una personalidad poco dada al lucimiento público.

Los años siguientes, sin embargo, demostraron que los Obispos no se equivocaron. Con la debida cautela, audacia y firmeza en los temas esenciales, Carlos González contribuye incansablemente a crear las condiciones para una transición pacífica a la democracia. No vacila en entrevistarse con dirigentes políticos de todos los sectores, incluido el propio Frente Patriótico Manuel Rodríguez, para conseguir su adhesión a un camino de convergencia, que hiciera posible superar los desbordes de un régimen autoritario, que la mayoría del país repudiaba y que atentaba en contra de los valores éticos más queridos del humanismo cristiano.

Avanzar del dolor a la esperanza, requirió mucha sabiduría, realismo, coraje y el Obispo los tenía. Había aprendido en la escuela del Padre Hurtado que la fe era capaz de vencer el miedo y que la propia vida, sólo tiene sentido, en comunión con un misterio radical llamado Dios.

Un Niño Llamado Carlos

Carlos González Cruzado, Obispo de San Juan de los Ríos, nació el 6 de junio de 1921 en el pueblo de Alvaro Huacho, en la provincia de Tarma, departamento de Junín. Después de haber estudiado en el colegio de su ciudad natal, ingresó a la Universidad de San Marcos en Lima. Allí se graduó de sacerdote en 1945. Después de haber ejercido el sacerdocio en su parroquia natal, fue nombrado párroco de San Juan de los Ríos, en 1950. Además de sus actividades pastorales, escribió el libro "Un Niño Llamado Carlos" que narra la vida de una persona con la que él estuvo en contacto.

Capítulo I

Un Niño Llamado Carlos



*Su madre, Elena Cruchaga
Tocornal.*

*El niño Carlos González, alumno del
Colegio San Ignacio.*



Un Niño Llamado Carlos

Carlos González Cruchaga, Obispo emérito de Talca, nace en Santiago el 8 de junio de 1921. Bautizado a los tres días, su padrino fue el Padre Alberto Hurtado Cruchaga.

Es el tercero de siete hermanos, nacidos de la unión de Guillermo González Echenique y Elena Cruchaga Tocornal.

“Mis padres se casaron y durante once años no lograron tener familia. Después llegamos siete. Fue curioso, porque cuando llegó el primero, pensaron que era tumor... yo soy el tercero. A esas alturas ya sabían que no era tumor” recuerda con simpatía.

Además de él y sus hermanos Guillermo, Jorge, Hernán, Enrique y Miguel, existió Elenita, que nació en el penúltimo lugar y a quien recuerda como la persona con la que desarrolló mayor cercanía dentro del clan familiar.

De pocas palabras a la hora de expresar sus afectos, son los silencios y los recuerdos por los que se resiste a transitar, los que comienzan a insinuar que tras su personalidad fuerte y serena, se oculta un hombre cálido y sensible.

Así es posible apreciarlo en la carta que escribe a su familia el 7 de diciembre de 1992, dos días después del funeral de su hermana. “He escrito estas líneas, que hubiera deseado predicar en la misa del funeral, pero me fue imposible hacerlo, porque la emoción logró romper los mecanismos de defensa que son característicos de los González. No sé si vienen por los González o por los Echenique, pero nos hace incomunicados, aparentemente seguros e inalterables. Todo es para esconder una gran sensibilidad, porque somos muy sensibles y emotivos”.

La muerte de su hermano Jorge, ocurrida en diciembre de 1995, constituye otra de las pocas ocasiones en que el Obispo ha dejado traslucir en público, sus sentimientos íntimos y personales. “Jorge, era el segundo de siete hermanos y yo era el tercero. Esa cercanía creó una mayor afinidad y siempre tuve por él una gran admiración. Recuerdo el orgullo que sentí cuando Jorge, ganó un concurso literario en el Colegio San Ignacio, por un hermoso poema que se llamaba “Rina, la niña flor”. Era inteligente, ágil y apasionado”.

“Fuimos siempre muy unidos, aunque teníamos muy distintas maneras de pensar, con escala de valores diferentes y tal vez estas diferencias nos permitieron vivir muy cercanos, porque se cumplió eso de ‘reconocerse diferente y quererse complementario”. Se lee en la prédica del funeral.

Respecto a sus padres y a los grados de favoritismo entre sus hijos, comenta que a todos los trataban con igual cariño y ante los desórdenes, que siete niños pequeños pueden provocar en un hogar, no había castigos "sino un orden natural... el respeto se imponía por presencia".

Al parecer, este método se le quedó grabado de por vida y junto con aconsejarlo a los padres que estén dispuestos a escuchar, él mismo lo ha puesto en práctica a través de los años. "Dejar hacer", aseveran sus discípulos espirituales, es para este Obispo un buen camino para encauzar el crecimiento personal.

Una Familia de la Aristocracia

Volviendo a su niñez Carlos González hace recuerdos de su familia: "El padre de mi padre, fue Alberto González Errázuriz, presidente del Partido Conservador, senador por Colchagua y presidente del Banco de Chile". Su esposa era Ana Echenique Gandarillas. Esta es la pareja de abuelos, que llegó a conocer y con quienes compartió parte de su niñez.

En lo que respecta a sus abuelos maternos, los Cruchaga Tocornal, constituyen una familia que conoció sólo de referencia y en base a recuerdos familiares. Por circunstancias que relatará más adelante, el abuelo Miguel Cruchaga Montt, muere a los 45 años de edad, dejando once hijos y una familia arruinada económicamente.

Su abuelo materno fue abogado, miembro del partido Conservador, padre del diplomático Miguel Cruchaga Tocornal, quien llegó a desempeñarse como ministro de Relaciones Exteriores en el gobierno de Arturo Alessandri Palma y como embajador en México.

Nació en la casa de su abuelo paterno, cuya ubicación en calle Alameda esquina de Bandera, corresponde al lugar donde hoy se ubica el Banco del Estado en Santiago. "Era una casa de tres pisos, bonita, antigua. Estaba frente al Club Unión, una ubicación muy céntrica para aquellos años".

"Mi abuelo Alberto González, era todo un personaje. Todos los domingos recibía a sus nietos y nos daba un peso a cada uno. Era un hombre cariñoso, austero, sobrio, chapado a la antigua".

Comenta que el abogado Cruchaga Montt, padre de su madre, fue estado por un francés, que le convenció que había descubierto la manera de fabricar oro. El abuelo, además de caer en la bien urdida trampa, hizo que

sus propios clientes invirtieran en el negocio. “Cuando se descubrió toda la farsa, mi abuelo que era muy honrado, repuso con su fortuna lo que esas personas habían invertido y ahí se arruinó”.

Cariño Austero

Quizás por la lejanía del tiempo o porque de los suyos, ya sólo él existe, Carlos González afirma que no le gusta recordar su niñez. Y al hacerlo, hay momentos en que la voz y la mirada se van lejos. Tal vez, de vuelta a las melodías que su madre entonaba en la mandolina o a las interminables jornadas que pasó jugando a los *cawboys*, su entretenimiento favorita. Lo cierto, es que en el diálogo calla y comparte.

“Mi padre Guillermo González Echenique nunca ejerció su profesión de abogado. Se dedicó a la política, al periodismo y a la agricultura. Compró algunas tierras y como periodista trabajó en el Diario Ilustrado, del que llegó a ser director”.

Recuerda que la familia de su padre vino a Chile desde España, en calidad de emigrantes. “Sin plata, sin ninguna tradición, sin ningún estilo. Acá se van educando y después de tres o cuatro generaciones son grandes señores” dice, para explicar por qué los suyos y los miembros de aquella aristocracia que fueron sus cercanos, llegaron a estar todos vinculados entre sí y –por añadidura– a ser miembros del Partido Conservador.

Este mismo mundo intelectual, político, complejo y cercano, puede ser el responsable de una forma especial de educar y mostrar afecto a los niños. “Era un mundo muy extraño, difícil de explicar. Era gente con muchos afectos, pero poco comunicativos. Apasionados, acostumbrados a mandar, gente de mucho esfuerzo”.

De esta descripción, no se escapa su padre. “Era un hombre poco expresivo, distante, que no muestra signos afectivos. Jamás un beso, pero sí muy preocupado por nuestras cosas, nuestros problemas”.

“Antes de morir, tenía tres deseos: que se casara mi hermana, que se construyera el túnel de la Cuesta Chacabuco y que yo fuera Obispo. No vio cumplirse ninguno de ellos”.

“Mi madre, mujer encantadora, era muy suave. Recuerdo que tocaba la mandolina, una especie de guitarra chica que no vi nunca más en la vida. Físicamente era preciosa. Le gustaba cantar y tenía una relación muy estre-

cha con sus hermanas Teresa y Anita, quien fue la madre de Alberto Hurtado. Les decíamos las tres almas”.

Recuerdos de Infancia

Se recuerda a sí mismo como un niño tranquilo, que gustaba de la lectura y los caballos. Su itinerario vinculado a la literatura se inicia en la Revista “El Peneca”, pasando por el “VEA”, las novelas románticas y de guerra, para desembocar en autores como Salgari, Julio Verne, Walter Scott, Dickens y otros, a medida que van pasando los años.

Con humor, afirma que como estudiante fue “flojo”. “Vivía de la renta de mis dos hermanos mayores, que eran primeros alumnos. Entonces, yo era privilegiado porque en el colegio suponían que todos los que veníamos de atrás éramos iguales. De este modo, viví a la sombra de otros”.

Dice que el fútbol le gustaba poco y que aunque le hubiese encantado, habría tenido que ser muy valiente para intentar practicarlo, en un curso donde el “Sapo” Livingston, ya hacía de las suyas con el balón.

La agitación social, que cada ciertos períodos se hace presente en este país, no estuvo ausente en su infancia y de aquellos años, recuerda un mitin que presencié junto a su madre. “Había salido con ella, yo era muy chico y este movimiento nos sorprendió en la calle. Tuvimos que refugiarnos en una botica –como se llamaba entonces a las farmacias– y desde ahí, sentíamos como las balas pasaban por todos lados. Recuerdo que tuvieron que bajar las cortinas, pero como era tan niño, no tengo más noción de aquel acontecimiento”.

Pero sí, tiene conciencia y recuerdos frescos del mundo político, en que vivía inserto a causa de las actividades de su padre. “Él escribía tres artículos a la semana. No sé si eran importantes o no, pero lo cierto es que no se sintió muy complacido cuando descubrió, que ninguno de nosotros leía sus artículos” indica, agregando que la razón de aquello, era que su progenitor, se dedicaba a comentarlos durante el almuerzo y en presencia de sus hijos.

En esas charlas además de política, se hablaba también sobre temas sociales y religiosos. De ahí, surgían las opiniones y preferencias de los mayores, que los pequeños escuchaban en silencio. “Mi padre era Milenarista o sea, pertenecía a una corriente teológica, que esperaba un reinado de Cristo temporal antes del fin del milenio”. No obstante, el convencimiento de su

padre en torno a esta teoría, los niños González Cruchaga, no lograron impregnarse de aquello. Tal vez, porque ya desde esos años, bastaba que los padres manifestaran una opinión, para que los jóvenes no la compartieran.

Como herencia de este modo de actuar, que no es nuevo y que se repite hasta nuestros días, Carlos González no leyó "El Quijote de la Mancha". "Mi padre quería que lo leyera, pero nunca lo he podido hacer. Bastó que se me propusiera esta lectura, para que mi reacción fuera la contraria".

De este hecho sencillo, se desprende otra gran lección experimentada por quienes se han formado con la orientación espiritual del Obispo: la inconveniencia de imponer a las personas, lo que no desean hacer por su propia voluntad.

Descubriendo un Mundo Diferente

Nacer y vivir los años de la infancia sin sobresaltos económicos, rodeado de personas cultas, con privilegios que en la época, muchos ni siquiera soñaban, formaron parte de la normalidad para Carlos González.

La otra realidad social, la descarnada y dura, a la que luego consagraría gran parte de sus esfuerzos pastorales, surgió para él en la adolescencia. "Cuando muere el abuelo, se reparten los bienes y mi padre recibe una chacra cerca de Santiago. El terreno, quedaba ubicado del Cementerio Católico veinte cuadras hacía Conchalí. Y ahí, por primera vez conviví con el mundo de los campesinos, me di cuenta que había dos mundos distintos".

Era por un lado, el de su familia y del Colegio San Ignacio, donde cursó toda su educación y por otro, el de la pobreza de los campesinos, agobiados por procurarse la sobrevivencia.

Es en este lugar donde, sin darse cuenta, comienza a despertar su vocación sacerdotal. "Cuando llegamos a esa chacra, lo primero que mandó a hacer mi padre, fue construir una parroquia. Le regala al Arzobispado de Santiago un terreno y pide que un gran amigo suyo, Domingo Matte Eyzaguirre, sea el párroco. Habían sido compañeros de colegio. Este sacerdote se contaba entre las personas que llegaban los domingos a mi casa, que era una casa de campo inmensa".

Como un hecho pintoresco, recuerda que este religioso, "simpático y agradable", con quien se relacionó desde niño y "durante toda la vida, era el hombre más garabatero que he conocido en el mundo". A esta particular

característica, agrega que su labor como cura diocesano fue la que, llegado el momento, le llevó a optar por éste y no otro camino sacerdotal.

De sus años en el Colegio San Ignacio, quedaron amigos entrañables: Manuel Dávila, un médico ya fallecido y Fernando García Huidobro, cuya huella dice, se le perdió en el tiempo.

Entre quienes contribuyeron a su formación, recuerda a los jesuitas Raúl Montes, Jorge González y a su profesor de Francés, Enrique Ferrando.

El Despertar Juvenil

En el colegio San Ignacio, termina de cursar las Preparatorias e ingresa al nivel de Humanidades. Su vida familiar y social no ha variado sustancialmente desde aquellos años de la infancia, pero la cercanía de los campesinos que habitaban el sector de Conchalí, comenzaba ya a inquietar a este muchacho.

Los años adolescentes, le trajeron también la experiencia del enamoramiento. "Tuve un amor platónico por una niña, pero aquello nunca se materializó en nada" recuerda, agregando que en esa época no era sencillo acercarse ni cortejar a una mujer.

Con su clásico humor y con la simpatía y espontaneidad, que son característicos de su personalidad, Carlos González, completa su relato: "Era amiga de mis primas y para mí representaba una imagen ideal... La encontré treinta años después y gracias a Dios, mamarracho igual no he visto... dominante, prepotente... Lo bueno es que fue absolutamente platónico y ella nunca llegó a enterarse".

Aquél era el período en que, al igual que todos los jóvenes de su edad, pensaba en una profesión y en formar una familia. La medicina se inscribía entonces como una de las posibles profesiones con que se desafiaba a sí mismo. "Como todos los chiquillos tenía cuatro o cinco vocaciones simultáneas".

Nace una Vocación

Tenía alrededor de diecisiete años, cuando la posibilidad de hacerse sacerdote, comenzó a tomar fuerza en su mente y en su corazón. A las experiencias religiosas vividas en el núcleo familiar, se sumó el retorno a Chile de su primo Alberto Hurtado, sacerdote Jesuita que regresaba de una larga estadía en Europa. “Él es mi padrino de bautismo, pero no lo conocí hasta que regresó al país. Yo estaba terminando el colegio, cuando llegó a hacer clases y asumió como nuestro director espiritual. Ahí, en sus retiros decidí ser cura, pero me quedé callado”.

“No lo dije ni siquiera a Alberto Hurtado, porque consideraba que el asunto era personal y no quería que la mía fuera una vocación prefabricada como suele pasar” indica, agregando que la experiencia adquirida con los años muestra, que ese es un fenómeno que se da con alguna frecuencia, entre los jóvenes que ingresan a los Seminarios.

Tal como ocurrió con muchos otros sacerdotes en años posteriores, conocer a Alberto Hurtado fue decisivo para despertar su vocación. “Mi primo hermano y padrino fue la persona que más influyó en mi camino al sacerdocio”, escribe en el prólogo de su libro “Traspasado por Dios y Servidor de Todos”, editado en 1995 y que trata sobre la vida de Alberto Hurtado.

Retomando sus recuerdos, comenta que pasó un año meditando sobre el asunto. La razón era tan simple como que no quería engañarse. “Yo he visto muchas vocaciones prefabricadas. Los curas, queremos tener más curas y parte de los desastres en las vocaciones se deben a la influencia materna. El caso mío es todo lo contrario. Me resistí un año. Ese tiempo lo pasé dando vueltas al asunto, pero siempre en silencio”.

Cerca suyo, como esperando por esta vocación, pero sin intervenir en ella, el Padre Alberto Hurtado, lo continuó apoyando. “Cuando terminé el colegio y llegó el momento de entrar al Seminario -del que no conocía nada- me bajó tal espanto, que entré a la Universidad Católica a estudiar Agronomía. Después de cuatro o cinco meses, me di cuenta que estaba arrancándome de Dios, que estaba haciendo el loco y llamé al Seminario. Por excepción me admitieron inmediatamente”.

La Tortura de la Sotana

Recuerda que en los momentos de indecisión le parecía “terrible esto de ser cura” y peor aún, el tener que usar sotana. “Un cabro de 18 años con sotana...”

“Me acuerdo del día en que usamos la sotana por primera vez. Era el 12 de mayo de 1939, todos felices y yo... como a los diez días de ingresado al Seminario, salí a la calle, le pegué un pisotón a la sotana y se rajó de lado a lado...”. Sostiene que aquello era “un mundo muy difícil”, para un muchacho tan joven como él y que no fue sencillo interpretarlo y entenderlo.

“La Teología de esa época era tradicional. Antes del Concilio Vaticano II, lo relevante era la Doctrina de la Iglesia, enseñaban el Magisterio y la Biblia era menos importante. Estamos hablando de fines de la década del treinta, que fue cuando ingresé al Seminario”.

Resulta curioso que siendo Alberto Hurtado, sacerdote jesuita, la principal influencia para esta vocación, Carlos González haya optado por el clero diocesano. La explicación, está en aquel cura de lenguaje poco delicado que conoció en su infancia. “En gran parte influyó Domingo Matte, que era diocesano y porque a la vez, yo tenía espanto de ser sacerdote y dedicarme a hacer clases de Física o Química”.

Estas eran ocupaciones frecuentes para los Jesuitas de aquellos días y él lo sabía. “Veía a esos curas hacer docencia en Física, Química o Matemáticas y me daba alergia hacerme sacerdote para ser profesor”.

Por estas mismas razones, cursar estudios en el Seminario no fue cosa sencilla. Confiesa que como muchos jóvenes, que viven esta experiencia también pensó en dejarlo. “Las tentaciones” dice, sin poder identificar un momento preciso de vacilación.

Si se le da tiempo para meditar, afirma que fueron “muchas” las veces en que pensó abandonar este camino, en que se cuestionó si aquello sería o no lo que en verdad, él debería hacer. “Me entraron dudas, preguntas... es evidente que eso se da en los jóvenes. Uno se pregunta qué va a pasar. Es como entrar a lo desconocido” y al igual que en todo, agrega, la realidad es muy distinta a la que se puede leer en los libros.

Entre los cuestionamientos que por ese entonces le complicaron la existencia, surgió “el problema de la fe”. “Empecé a estudiar Teología y me planteé: ¿esto es o no es?” porque para confundir más las cosas, tanto los trata-

dos como las clases que abordaban el tema, eran en latín, lo que ciertamente, no facilitaba la tarea.

“Ahí viene la decisión personal, que opta por ese camino y da un paso de fe explícito, por lo menos en el caso mío”, dice, para agregar que “después nunca más he tenido dudas de fe, lo que pasó es normal y para eso está el Seminario, para cuestionarse”.

Confrontación de Dos Mundos

Su ordenación el 24 de septiembre de 1944 y su primer destino sacerdotal, señalan el momento en que, Carlos González comienza a transitar el sendero que en adelante, marcará su vida y acción pastoral.

Su opción por los pobres, se verá reforzada en el instante en que con 23 años de edad, recibe del Arzobispo de Santiago, el decreto que le nombra Vicario Cooperador de la Parroquia de Renca.

En menos de tres años, una nueva misión pastoral dará en la clave de su destino. “Al poco tiempo de mi ordenación, me enviaron a Canadá a estudiar el Movimiento Obrero Católico, JOC, que fundó Pierre Cardyn y al volver me dediqué a trabajar en el mundo obrero, en el de la fábrica y a mejorar la presencia de la Iglesia en ese ámbito”.

Así se va configurando su inquietud por los más débiles. Al descubrimiento de otra realidad, lejos de las fronteras de Chile, se sumará aquella que en sus años de adolescente había empezado a conocer y la confrontación de estos dos mundos provocarán en su interior reacciones encontradas. “Ahí se me produce un choque con el mundo social de mi familia, todo era tan distinto. Eran dos realidades absolutamente diferentes y a causa de eso, estuve un tiempo física y emocionalmente alejado de mi familia. Había entrado en otro contexto social y después de algunos años se produce un ajuste, una síntesis”.

Pobreza Que Duele

Corría el año 1945, cuando este joven sacerdote asumía su destino. “Partí hacia la Parroquia San Joaquín, que se ubicaba en la Población Pueblo Hundido y quedaba antes de llegar a Renca. Era un barrio muy malacatoso y en ese lugar, me tocó ver gente degollada, atender casos complejos”. Todo eso, dice era un panorama muy sórdido y contrastaba absolutamente con las realidades de su infancia.

“Aquello no tenía nada que ver con mi vida anterior. Igual cosa sucede con el Seminario, donde se está unos años aprendiendo, pero es afuera, en la realidad, donde cambian las perspectivas, los puntos de vista y se ve otra cosa”.

La pobreza y el creciente grado de alcoholismo que vio en aquellos lugares, fue sin duda lo que más le impactó en esos primeros años. “Todo ese mundo que nunca había visto en vivo y en directo. Me tocó atender gente moribunda en esas cuevas que se ubicaban a orillas del Mapocho y a las que había que entrar gateando”.

“Hace más de treinta años, trabajé, bastante tiempo, como sacerdote en los barrios difíciles de Santiago y entonces capté vitalmente que existen diversos mundos en nuestro país. Viví en una población donde se produjo una plaga de ratones que atacaba a los niños y, en las mañanas, muchas veces amanecían niños pequeños con sus orejas y su nariz mordida por las ratas hambrientas. Les puedo asegurar, que es muy diferente dormir en una casa con este problema, que leer en la prensa que un niño fue mordido por animales”, se puede leer en su Carta Pastoral “Los Sacerdotes de los Barrios Populares”, escrita en abril de 1988.

Similares recuerdos evoca en la Carta Pastoral “Haz tú lo mismo”, publicada en 1978. “Dormí algunas noches en una población callampa, donde los ratones, se habían comido las orejas y las narices de algunos niños. En esas noches entendí vivencialmente lo que significa la palabra pobreza, en seres humanos que son hijos de Dios”.

En el mismo texto agrega: “La pobreza verdadera se aprende en los hospitales, en las cárceles, en los barrios que no tienen pavimento en sus calles, en las poblaciones callampas. Se aprende entre los cesantes, entre los que son “nadie”.

Rememorando aquellos momentos, sostiene que en su vida “no he visto después tanta pobreza”, para afirmar que en ese sentido, el país ha logrado avances significativos.

Un Cura Visionario

En la parroquia San Joaquín, conoció al sacerdote Rafael Larraín, con quien llegó a cultivar su primera gran amistad después del Seminario. “Este hombre era visionario, fundó la Juventud Obrera Católica (JOC) y el movimiento Asociación de Mujeres de Acción Católica (AMAC) que hoy sigue presente en las Diócesis del país. Era muy inteligente, no leía libros, pero escuchaba la vida a través de los acontecimientos y así encontraba sabiduría”.

Sus vidas se cruzan en aquella primera destinación. “Él era párroco y yo el Vicario Cooperador que se llamaba en esa época o el Teniente cura o si se quiere el Sota-Cura, que eran los nombres clásicos de ese tiempo”.

Además de amistad, recuerda que de este sacerdote aprendió valiosas enseñanzas. “Me mostró el camino, cómo hacer las cosas y tuvo gran influencia sobre mí. No conversábamos mucho, porque ni él ni yo éramos muy habladores, pero aprendí mucho de él”.

El Movimiento Obrero

“Estuvimos trabajando juntos y el Cardenal Caro, nos llamó para enviarnos a Canadá, a estudiar el movimiento obrero que había en ese país, era el año 1946”.

“Permanecimos allí cuatro o cinco meses y nos dedicamos a estudiar qué sucedía con el Movimiento Obrero y con las Cooperativas Agrícolas. Al volver se nos pidió convertirnos en los Asesores Nacionales del mundo obrero, por lo que tuvimos que dejar la parroquia para dedicarnos a esa nueva tarea. Así nació la JOC en Chile”.

“Yo permanecí en ese cargo dos años, hasta que el Obispo Auxiliar de Santiago, don Augusto Salinas Fuenzalida, no me soportó más”, explica, agregando que esto obedeció a que “yo era y soy irónico y él también lo era”.

Al parecer, la preocupación de ese Obispo, por los obreros que formaban parte del movimiento y que se traducían en preguntas que, Carlos González no estaba dispuesto a contestar, derivaron en el traslado de este último. “Llegó el momento que consideré más oportuno y me dijo: mire, mejor no siga en esto y me mandaron a fundar una parroquia nueva”.

Comenta que con ese objetivo, le entregaron los terrenos donde se construiría luego la Iglesia de la Población Juan Antonio Ríos. “Fui nombrado

párroco y se construyó el templo. Cuando se estaba terminando la construcción, el Arzobispo me llamó, para destinarme al Seminario. Esa parroquia, hoy se llama Cristo Crucificado”.

Estos episodios, que hoy recuerda con sonrisas, fueron sin dudarlos instantes difíciles para su vida y como en tantos otros momentos, la figura y el ejemplo del Padre Hurtado, estuvieron junto a él, ayudándole a superarlos. “Alberto Hurtado ya había tenido también problemas con monseñor Salinas y ya había dejado de ser Asesor de la Acción Católica” comenta.

El inconveniente a que se hace mención, está relacionado con la renuncia del Padre Hurtado a ese cargo, por petición del Obispo Salinas.

En el prólogo de su libro “Traspasado por Dios y Servidor de Todos”, que trata sobre la vida del Padre Alberto Hurtado, escribe: “Nunca le escuché una crítica y jamás me hizo el menor comentario. Sufrió en silencio y acató con gran espíritu de fe la decisión de la jerarquía. Ahí pude valorar cuánto amaba a la Iglesia. Personalmente me ayudó mucho su ejemplo, porque pocos años después, siendo asesor nacional de la JOC se me pidió dejar el cargo por no haber concordancia de criterios con el Obispo Auxiliar de Santiago. El ejemplo de Alberto Hurtado, me ayudó a retirarme en silencio y con dignidad”.

Sacerdotes en Terreno

Obviando ingratitudes, parte importante de las preocupaciones que ocupan el pensamiento de este sacerdote, al iniciarse la década de los cincuenta, siguen vinculadas al mundo obrero. Es aquí, donde aparece en su vida, el amigo más cercano que conserva hasta nuestros días. Se trata de monseñor José Manuel Santos. “Los dos trabajábamos en la JOC y pedimos permiso a nuestros respectivos Obispos –él en Valparaíso y yo en Santiago– para dedicarnos a trabajar un año como obreros. Nuestra idea, era conocer un poco por dentro lo que pasaba en esos sectores y la respuesta fue un rotundo no”.

No obstante, aquella negativa no fue impedimento para que estos sacerdotes siguieran preocupados del tema, que retomarían más adelante. “Cuando Santos es nombrado Obispo yo había pasado del mundo de la JOC al Seminario y me desempeñaba como Asesor Nacional de los universitarios”.

Aprovechando estas instancias, planificaron la realización de un estudio de sociología religiosa en Valdivia, que era la Diócesis de monseñor Santos. “El objetivo era estudiar qué pensaban los obreros y sus gentes. Fue un trabajo apasionante, que se llevó adelante con sociólogos... una experiencia fabulosa”.

Entusiasmado, recuerda que se trabajó sobre la base de cuatro industrias chicas, ubicadas en los Hornos de Corral y en las cercanías de Valdivia. “Trabajaban trescientas personas en cada fábrica y se logró colocar a cinco universitarios, los que por espacio de dos meses, debían vivir en los mismos campamentos que los trabajadores”.

“Cada universitario tenía que encuestar a ocho o diez personas, que nosotros seleccionábamos con anterioridad, de acuerdo a las listas de las fábricas”, indica agregando que los encuestados no debían saber del trabajo que se estaba realizando. Por esta razón, los universitarios se presentaban en los lugares de trabajo como alumnos en práctica y su misión consistía en establecer cercanía con los trabajadores. “El joven tenía que hacerse amigo del trabajador, conocerlo y lograr establecer, con una serie de preguntas indirectas, la mentalidad real de esa persona y no el discurso público que sostenía”.

De este modo y acorde a su apreciación, se logró hacer “un trabajo fantástico”, que permitió interiorizarse del verdadero pensamiento de las personas. “El resultado de este estudio se convirtió en un muy buen informe que se envió a Roma, al Vaticano”, dice, agregando que la experiencia se repitió luego en Concepción y Antofagasta, abarcando un período de cinco años. “El estudio concluía cuando se lograba encuestar al diez por ciento de los trabajadores de una fábrica. El porcentaje correspondía a la muestra, que los sociólogos estimaban representativa en la época”.

Como resultado de ese estudio, los sacerdotes lograron demostrar que la realidad en que vivían los obreros, su modo de pensar y sus sentimientos eran muy distintos a lo que se pensaba en la época. Lo que sucedió con el informe en El Vaticano, es una incógnita que nunca fue revelada. Es de esperar, que su aporte sobre la vida de los pobres de este extremo del continente, haya sido tomado en cuenta.

Su Trabajo en el Seminario

Los próximos veinte años de su vida, Carlos González los pasará cumpliendo funciones en el Seminario Mayor de Santiago. “Partí ocupando el cargo de Prefecto, que era el tipo malo, el que pone orden. En ese tiempo, el rector era don Emilio Tagle y a causa de que su salud estaba muy resentida, descansaba mucho en el segundo de abordo”.

Pasado un tiempo, se le nombró Guía Espiritual, con lo que dice pasó a ser “el bueno” y finalmente ocupó el cargo de rector. “Recorrí diversos roles, en un seminario que era el más grande de Chile y que en ese tiempo llegó a tener hasta 140 seminaristas”.

De los muchos sacerdotes formados en esa época, se cuentan entre otros, el padre Mario Molina, Vicario General de la Diócesis, el padre Enrique “Huaso” Correa, el Obispo Pablo Lizama y el actual Obispo de Linares, Carlos Camus. A este último, Carlos González, le pide ser su segundo cuando es designado rector del Seminario.

En ese período hubo también vocaciones que no llegaron a concretarse. Muchas de ellas, forman parte de esa generación que, por misteriosos designios, se quedaron en el intento y que han llegado, con los años, a cumplir relevantes roles en el mundo laico. Entre esos discípulos del Obispo emérito de Talca, se cuentan entre otros el ex ministro secretario general de gobierno, Enrique Correa y el ex presidente de la Cámara de Diputados, Jaime Estévez.

Respondiendo a su prioridad por la formación sacerdotal y el cuidado de las vocaciones, ejes centrales de su acción pastoral, Carlos González no escatimó esfuerzos para encontrar respuestas a las inquietudes de los jóvenes seminaristas.

Lector insaciable, se interioriza en la doctrina del Padre Foucauld, sin que por ello, deje de observar y poner atención a lo que acontecía en el mundo externo. “El problema era buscar cómo darle límites, prioridades a todo este clero que está en las parroquias como desprotegido, mucho más expuestos a todas las contingencias de la vida. Así me fui embarcando con el Padre Foucauld. Me tocó viajar a Europa, conocer, experimentar y terminar siendo el responsable para América Latina del Movimiento de la Unión Sacerdotal, cuya preocupación fundamental es el cómo mantenerse insertos en el mundo secular, pero con gran contenido por dentro”.

Explica que en nuestro país, en estos momentos deben existir unos setenta sacerdotes que pertenecen a esa espiritualidad. Advierte, que los episodios que ha relatado ocurren entre los años 1967 y 68, antes de que se iniciara, lo que él llama "la gran crisis de los curas", en que dice, "se produce un abandono masivo de personas de primer orden".

La Doctrina del Padre Foucauld

Reconoce en los escritos de Carlos de Foucauld, un no creyente convertido al cristianismo, gran influencia sobre su persona. Este sacerdote contemplativo y misionero "era un teniente francés, que no creía en nada hasta que se le produce la conversión y este hombre creyó en Dios, en Jesucristo y empezó una búsqueda relacionada con lo Absoluto. Eso, le lleva a escribir reflexiones espirituales que serán descubiertas años después de ser asesinado, por los árabes del desierto en 1917. Era un buscador de Dios, inquieto y creativo. En su vida no hay ningún éxito importante, llegó a ser sacerdote y nunca convirtió a nadie. Es un testigo del Evangelio y punto".

"Pasaron muchos años y todo esto quedó olvidado, hasta que tres sacerdotes franceses recuperaron toda esta espiritualidad y crearon el Movimiento del Padre Foucauld y nació la Congregación de los Hermanitos de Jesús". Esta orden de religiosos que trabajan en las fábricas, fue creada por René Voullaume "un tipo genial que escribió varias cartas que fueron publicadas en un clásico titulado 'En el Corazón de las Masas', que es un libro que cambió muchas cosas y que es quizás, la publicación que más impresionó a Alberto Hurtado y a Manuel Larraín".

"Es extraordinario cómo el autor de un libro, en este caso Voullaume, logra darle impulso a "los medios pobres", a la sencillez, la gratuidad, la pobreza y la transparencia. Este movimiento de Iglesia crece por influencia de quienes aún en la actualidad, viven encarnados dentro del mundo obrero y que han hecho posible una realidad muy positiva".



En su primera misa, entregando la consagración a su padre.

Con Pierre Cardyn, fundador del Movimiento Obrero Católico, JOC.



Capítulo II

Obispo Recién Nombrado



*Recibiendo de monseñor José Manuel Santos, su ordenación
como Obispo de Talca.*

“El Último Que Apague la Luz”

Se acerca la década del setenta y el país está experimentando transformaciones en el orden político y social. Esos cambios se cruzan con lo que comienza a vivir el catolicismo, una vez finalizado el Concilio Vaticano II y por ello, muchas podrían ser las causas que dieron origen a la última crisis que ha debido enfrentar la Iglesia Católica.

Carlos González dice que en el Seminario de Santiago, este impacto no fue menor y al interior del establecimiento se escuchaba decir “el último que apague la luz”, en alusión a que cada vez, crecía el número de seminaristas que abandonaban la vocación. Es sabido que en ese momento, de los casi ciento cincuenta alumnos, quedaron no más allá de treinta.

“Era aterrador... perdimos una cantidad de sacerdotes valiosos, de primer orden. Aparentemente era por el celibato, muchos terminaron casados, pero la cosa era mucho más compleja. Curiosamente, llega el año 1973 y las cosas comienzan a cambiar. Durante todos los años de Pinochet no hubo abandono del ministerio ¿es muy extraño no?” se cuestiona, para indicar, que este fenómeno es producto de la nueva motivación que surge de la mano del gobierno militar.

“El trabajo de Iglesia por los derechos humanos, por atender las víctimas de las torturas, de las represiones militares, era tan apasionante que en todos esos años no hay abandono de la vocación y eso demuestra que el asunto, es mucho más complejo que decir: el problema de los curas es el celibato o la fe” acota.

La Difícil Tarea de Ser Obispo

El Concilio Vaticano II termina en el año 1965 y la crisis no se hace esperar. “Dicen los viejos que después de cada Concilio, viene un tiempo del demonio y después un tiempo del espíritu. Aquí, parece que el tiempo del demonio llegó muy luego”, comenta divertido para recordar que “en ese contexto, me nombraron Obispo”.

Abrazó como lema episcopal, la frase “Ven, Señor Jesús” y se aprontó para asumir su nueva responsabilidad, que fue por cierto, un desafío mayor “pero uno es medio inconsciente, porque no se percata de las cosas. Hoy, desde la perspectiva del tiempo, me doy cuenta que aquello era bastante

complejo. Había un éxodo de sacerdotes y pocas vocaciones para el relevo". Eran días en que nada era sencillo y no quedaba más camino que hacer frente a las dificultades.

Las crisis dejan impresa su huella. Marcan inicios, finales, provocan cambios. Sin ellas, el mundo no estaría evolucionando y Carlos González, dice que con los años ha llegado a entender que en la vida de las personas y las instituciones, se producen más crisis de las que es posible apreciar a simple vista.

"La teoría que habla de la comezón del séptimo año en el matrimonio o la del demonio del mediodía es verdadera, pero hay otras etapas y crisis en la vida de las personas y ellas son sucesivas. Existen crisis matrimoniales, de personalidad, de identidad, de trabajo, de política y así porque los seres humanos vamos cambiando".

De este modo, dice, debiera suceder siempre. "Las personas que no cambian nada de nada, son impertérritas. Creo que por dentro debe haber cambios, perspectivas, evoluciones. A la vez, es también cierto, que la gente es muy rígida a determinadas edades y que a medida que avanza en años, esa característica se le acentúa o flexibiliza. Ahora, si uno se pone más rígido debe ser insoportable y a quienes les sucede aquello, son los tipos mañosos, neuróticos que todos conocemos".

Evolucionar hasta encontrar el equilibrio y no quedarse arraigado en el pasado, le parece una medida sana. "Esa expresión de que 'todo tiempo pasado fue mejor', que la utilizan con frecuencia los ancianos, me parece profundamente idiota, porque es aferrarse a creer que el pasado es bueno y el futuro malo" explica, agregando que ésta parece ser la tendencia más fácil para las personas. "El vivir soñando con lo que pasó, reconstruyendo imágenes muchas veces idealizadas y que tampoco responden a lo que fue la realidad" dice, dificulta la evolución de las personas y entorpece su tránsito hacia la vejez.

"Tengo la teoría que hay dos tipos de viejos: el mañoso, insoportable y aquél que se humaniza. Yo trato de ser de los segundos y no es fácil el asunto, debido a que es tanta la gente que vive en forma rígida y fabricando dogmas, que en realidad no existen, porque basta con los que se encuentran en el Credo".

Las Ventajas de la Crisis

Para hacer frente a la crisis, el joven Obispo, apeló a toda su inteligencia y convencido de que la mejor labor es la que se hace de cerca, inició un fuerte trabajo personal dirigido a los sacerdotes.

Este esfuerzo tuvo el doble objetivo de lograr mayor acercamiento con la Diócesis, que por ese entonces, observaba su accionar comparándolo con el recién fallecido Obispo Manuel Larraín, por quien los talquinos habían sentido gran admiración. "Pesaba su figura, él era un gran Obispo, con condiciones excepcionales y en los primeros años, su persona estaba presente todos los días. Parece que se enterró en 1976, en el décimo aniversario de su muerte".

Agrega que en esos días, donde nada era sencillo y él un recién llegado, su opción fue integrar a Manuel Larraín e intentar prolongar su tarea episcopal. De ese modo, hizo frente a las dificultades hasta que las cosas comenzaron a tomar su cauce.

De esos años difíciles, rescata como una gran ventaja de la crisis, el que permitió el crecimiento de los laicos. "La catequesis logró un cambio profundo por estas circunstancias, porque antes el sacerdote hacía todo y toda la catequesis. Los sábados en la tarde, los dedicaba a hacer catecismo y éste se transformaba en algo memorístico y era una de las grandes cruces de los curas. Cuando baja el número de consagrados, surgen los vasos comunicantes y comienza a surgir el laicado. Nace la catequesis laica, los diáconos casados y las comunidades cristianas. Así, se va rompiendo el esquema existente, producto de esa crisis inesperada en el mundo de los sacerdotes".

Pero su reflexión sobre las crisis, va más allá de lo que pueden cubrir los recuerdos y quizás, haciendo uso de esa intuición que sus cercanos reconocen en él, se atreve a vaticinar que "ahora yo visualizo otra crisis en el corto plazo, imagino que viene en algunos años más porque este final de siglo se ve bien complicado".

Su Ingreso a la Vida Pública

Contrastando con su timidez y el bajo perfil que gustó cultivar en su primera juventud, el nombramiento como Obispo de la Diócesis de Talca y su ordenación en marzo de 1967, le traen el deber de insertarse en la vida pública, cambiando radicalmente la forma en que había trabajado y vivido hasta ese verano.

Recuerda que una de las primeras personalidades que conoció en esa época fue a Eduardo Frei Montalva. "Lo conocí cuando me nombraron Obispo, porque era una tradición que los nuevos Obispos acudían a saludar al Presidente de la República. Esa fue la primera vez que lo vi y se mostró muy amable. Después nos encontramos un par de veces en mi casa".

Consultado acerca del grado de cercanía que logró desarrollar con el ex mandatario, entrega pocos detalles, pero su escueta respuesta es decisiva: "Unas diez o quince reuniones en su casa. Eran encuentros muy cordiales".

Aquella fue también la época en que conoció a Patricio Aylwin. "Con él hemos sido amigos desde aquella época, él era senador por Talca y así nació una relación cordial, no interrumpida por los años".

La Unidad Popular Llega al Poder

Mientras se agudiza la crisis de la Iglesia, el país no se queda atrás y comienza a levantar su voz, para manifestar el descontento que crecía en la base social.

Eran los meses, en que el calendario despedía la década del sesenta y comenzaba la agonía de la democracia, pero éste era un detalle que ignoraban todos los personeros de la época. Carlos González veía con preocupación el fenómeno socialista que se estaba gestando. El ya tres veces derrotado Salvador Allende, insistía en defender su derecho a llegar a La Moneda y el número de sus seguidores iba en aumento.

Hasta ese momento, la Iglesia había estado volcada con fuerza hacia la Reforma Agraria, que iniciada con timidez en el año 1963, toma un nuevo y fuerte impulso, durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva.

"Esos son años muy difíciles, porque por un lado estaba la crisis de los curas y por otro, nacían los 'Cristianos por el Socialismo', que encandilaba a

algunas personas con la idea de lograr un mundo más justo, que era la motivación de ese movimiento” y cuyo final, asegura, estuvo marcado por la llegada de Allende al poder.

La victoria de Salvador Allende y su instalación en la presidencia, es el resultado de un complejo juego de circunstancias, que se comenzaron a gestar varios años antes, en la candidatura presidencial de 1964. Carlos González, recuerda que “estaban como candidatos Salvador Allende por la izquierda, Eduardo Frei por el centro y Domingo Durán por la derecha”. Este último candidato se retira de la contienda, a raíz de una elección parlamentaria, realizada por razones fortuitas, pero que sirvió a la derecha para darse cuenta, que tenía escasas o nulas posibilidades de ganar esa elección.

“Sucedió que falleció un diputado por Curicó y hubo que elegir a su reemplazante. En esta votación, ganó lejos un socialista de apellido Naranjo y se produjo, lo que se llamó ‘el naranjazo’. Ahí la derecha se dio cuenta que estaba perdida y se decidió por apoyar a Eduardo Frei Montalva, para frenar la candidatura de Allende. Les aterraba la posibilidad de un gobierno marxista o socialista”.

La Patria Joven

Durante la segunda mitad de los sesenta y hasta el amanecer de la nueva década, otro fenómeno se desarrolla en el país, “nace toda la mística de la Patria Joven, que comienza a perder peso en los últimos años del gobierno de Frei, porque un gobierno no debe durar seis años, basta con cuatro” comenta monseñor González.

Fundamenta su apreciación en que, para su gusto, un país con régimen presidencial como el de Chile, no debiera tener gobiernos largos. “Es lo mismo que sucede hoy, con Eduardo Frei Ruiz-Tagle, el desgaste es fuerte, entonces, cuatro años parece ser un período razonable, más pensando en el éxito que tuvo el mandato de Patricio Aylwin, que se extendió por ese tiempo”.

El cansancio que los años provocaron en la comunidad nacional y la pérdida de adhesión del gobierno demócratacristiano, hacen posible, el año setenta, la llegada de Allende al poder. “Gana por muy poca mayoría y comete el error de decir que él no era Presidente de todos los chilenos, sino nada más de quienes lo habían elegido y ese, fue el inicio de la guerra”.

Como se ha afirmado, desde antes de esta elección presidencial, el Obispo siente preocupación por lo que se aproxima para el país. La experiencia marxista nunca había tenido oportunidad en Chile y en esos meses, todo indicaba que esa realidad sería inevitable. Así se desprendía de lo que acontecía en las calles, en las fábricas, en los campos y así también, se lo manifestaron personeros de la época, con quienes tuvo contacto. "Se veía que Radomiro Tomic, el candidato de la Democracia Cristiana no iba a salir y tampoco el candidato de la derecha. El propio Eduardo Frei Montalva, me lo había comentado: Tomic está perdido, me dijo".

El acto eleccionario de 1970, dio una estrecha ventaja a Salvador Allende, pero no logró la mayoría absoluta y por lo tanto, debía ser ratificado por el Senado. "Entonces empezó todo un juego de negociaciones, con las Garantías Constitucionales por las que finalmente, la Democracia Cristiana dio el pase al triunfo de Allende".

La firma de ese documento, permitió que Allende accediera al poder y en la medida en que no dio cumplimiento a esos acuerdos, se fueron profundizando las desconfianzas con el Partido Demócrata Cristiano.

En Cuba está la Clave

Instalado Allende en el poder, el misterio era desentrañar qué traería un régimen "comunista" al país. Conocida era la experiencia de Cuba, país cuyo gobierno respondía a la misma ideología que el recién estrenado régimen chileno.

Para anticiparse a los acontecimientos y conocer en el terreno mismo, lo que él consideraba debía saber y tener en cuenta para dirigir su Diócesis, Carlos González se trasladó a territorio cubano: "Viajamos con el Obispo Fernando Ariztía y nuestro objetivo era conocer, investigar, ver la realidad de ese país".

Recuerda, que aunque viajaron con visa, nadie les esperaba a su llegada. Permanecieron en el país cerca de quince días, tiempo durante el cual "nos atendieron a cuerpo de rey, pero eso sí, totalmente vigilados. Lo controlaban todo, absolutamente todo".

Como prueba de esta falta de privacidad, rememora un incidente: "Le dije a Jorge Edwards, embajador de Chile en Cuba 'quiero hablar con usted', 'Vamos al jardín, es más cómodo' me respondió. La casa estaba llena de micrófonos".

Otro hecho, que le llamó profundamente la atención fue la carestía, que dice, tuvieron ocasión de ver reflejada en el rostro de su guía turístico, a quien le regalaron un jabón Lux, que portaban en su equipaje. "El hombre se puso exageradamente contento, aquel jabón era para él un tesoro, no lo conocían. El racionamiento en Cuba era muy grande y el que se dio aquí años más tarde, era nada más que una copia de aquél".

Los eslogan y las frases alusivas al régimen gobernante, fueron otro elemento al que prestaron atención los Obispos. En su opinión, aquello no es distinto a lo que acontece con todos los esquemas autoritarios y de dictaduras represivas, sean de izquierda o derecha. "Con el gobierno militar, aquí pasó lo mismo" comenta.

De vuelta al país y conforme fueron avanzando los meses, se le hizo cada vez más complejo conducir la Diócesis. "No sé qué estábamos dirigiendo, nada era sencillo, con los problemas de racionamiento, las colas y la inflación que el último año llegó a cifras del mil y tantos por ciento. Todo se fue volviendo un drama y el final, era sólo cuestión de tiempo".

Disimulando el Infierno

Mientras estos acontecimientos conmocionaban la vida pública nacional, la Iglesia vivía –lo más discretamente posible– su propio infierno. "Nos encontramos de repente con toda esta avalancha del 'hombre nuevo', 'marxismo con libertad' y se nos produce una crisis interna muy fuerte".

El surgimiento de la corriente "Cristianos por el Socialismo" que lideraron los sacerdotes Sergio Torres, Rafael Maroto y el jesuita Gonzalo Arroyo, desató "una guerra muy difícil". Dice que ese es el momento, en que el sacerdote Guido Leuret, es propuesto como candidato a diputado.

Recuerda, que sus relaciones con estas personas, llegaron a ser muy difíciles. "Guido, se empecinó en ser candidato a diputado por Talca, el MAPU lo llevaba y la razón que tenía era muy curiosa: él estaba por los socialistas, porque decía que en Cuba, había menos prostitución y éste era un tema que le preocupaba especialmente. Afirmaba que comparando el régimen anterior, el de Batista con el de Fidel Castro, era mucho mejor la Cuba de Castro y eso, le hizo aceptar la propuesta, aún en contra de la voluntad de todos los Obispos y de su propio Obispo que era yo".

Comenta, que aún cuando le planteó abiertamente su negativa, este sacerdote de origen francés, no quiso renunciar a su posible candidatura, que finalmente no pudo concretarse “porque no estaba inscrito como ciudadano chileno”.

“Si está de Dios, será”

El desenlace de este episodio tardó un tiempo en materializarse y en el intertanto, el Obispo que vio desafiada su autoridad no pensó en aplicar medida disciplinaria alguna en contra del sacerdote. “El error más grande es castigar gente, nunca da resultado” señala. En lugar de ello, recurrió a lo que siempre ha sido su más grande tesoro: la voluntad de Dios.

“Al final dije, si está de Dios será, sino... y esto lo hice pensando en el texto bíblico de Gamaliel, que relata cómo estaban persiguiendo a los cristianos y él dijo, si esto es de Dios va a seguir, sino es de Dios, se van a hundir... entonces, yo afirmé que eso mismo pasaría con la candidatura de Guido Le Bret y al final, cuando su intento fracasó, porque no pudo inscribir su candidatura, se fue diciendo a todos que yo era Gamaliel”, comenta divertido.

El deterioro, Pese a los esfuerzos

Sostiene, que al iniciarse la década del setenta y aún cuando el panorama que avizoraba para el gobierno de la Unidad Popular, le parecía desconcertante, como pastor intentó apoyar a todos sus fieles y consagrados sin distinción. Sin embargo, y pese a los esfuerzos, la convivencia entre las personas y entre éstas con sus autoridades, se fue deteriorando gravemente.

Contento y descontento, dos caras de una misma moneda, en aquellos años de incertidumbre. Un pastor único para resolver qué hacer y qué camino tomar con su Diócesis. La sabiduría, en esa hora aconseja prudencia y mantenerse más que nunca expectante.

Si hubo en su corazón dolor o rebeldía, son sentimientos que reserva para sí. Y es que en el movimiento “Cristianos por el Socialismo”, estaban comprometidos no sólo laicos, sino también hombres y mujeres consagrados, que veían con ilusión el nuevo proyecto.

De los tantos episodios que se vivieron en aquellos momentos, recuerda: "La llegada de Fidel Castro, por ejemplo, fue la cosa más exagerada que he visto. Estuvo casi un mes paseándose por Chile. Nunca un presidente de ningún país ha hecho una cosa así. Tuvo reuniones con los curas y con las personas de aquel movimiento y todos estaban fascinados. Después llamaron a algunos de ellos, para mantener una relación basada solamente en lo económico y en lo social. No, si el quiebre interno nuestro fue muy fuerte. Tratamos de que no se notara mucho no más..."

A este terremoto interno de la Iglesia, se agregaban las difíciles circunstancias que el país estaba viviendo y que decían relación con inflación, huelgas y desabastecimiento, entre otras. "Uno llegaba a comprar un jabón y le decían 'no hay' y después de un rato le llamaba el dueño de la farmacia, para decirle 'mire, quedan tres jaboncitos, venga a buscarlos' y tantas cosas por el estilo".

Si Carlos González, no condena el proyecto de la corriente "Cristianos por el Socialismo", es porque sabe que participó gente "muy buena, muy honesta", cree que "podía haber resultado, de no haber sido por las cabezas calientes de algunos dirigentes de izquierda, que precipitaron las cosas de tal manera, que al final se produjo el golpe..."

El desastre del año 1973, encuentra asidero justamente en actitudes como aquellas. "Estaba por un lado Estados Unidos y por otro la derecha que se sintió amenazada, pero también, estaban algunos dirigentes que eran extremadamente virulentos, agresivos... Altamirano, por ejemplo, es uno de los causantes indirectos de la tragedia".

Un Golpe Blando

En los últimos meses del gobierno de la Unidad Popular, Chile se transformaba en un caos y la intervención militar se hacía inminente. Mientras muchos ciudadanos intentaban dar con alguna fórmula consensuada que devolviera el orden al país, no era menor el número de quienes pedían la intervención de las Fuerzas Armadas.

Lo que sí, nadie imaginó fue la forma cruel y sangrienta, en que se produjo el golpe de Estado. "El golpe, era esperado pero no en ese contexto, sino en uno mucho más suave, más breve. Nadie lo esperaba como fue, todos pensaban en un golpe blando" explica Carlos González, recordando que para

él, la experiencia chilena, constituía la segunda oportunidad, en que vivenciaba la antesala de una acción de este tipo. “Primero me tocó en Santo Domingo, estuve allí el día anterior al golpe de Estado. Salí de ese país con el Cardenal Raúl Silva y en las horas siguientes se produjo el golpe. En ese país, una semana antes ya el ambiente era tenso, espeso, todo el mundo estaba enervado y aquí en Chile, fue algo parecido. Se sabía que ocurriría, pero cuándo venía y quién lo daba, era la incógnita”.

A propósito de esto mismo, recuerda que al presidente Allende, se le advirtió que tuviera cuidado con Augusto Pinochet, por ese entonces ya investido como comandante en jefe del Ejército. “Y como respuesta, Allende habría dicho: ‘no, es incapaz de engañar a su señora, así que no puede dar un golpe de Estado’”.

El Zapato Chino de Allende

De acuerdo al conocimiento que Carlos González tuvo de los hechos que ocurrieron en la época, comenta que aquel suceso es sólo una pequeña muestra de las advertencias y realidades, que algunos personeros intentaron mostrarle.

“El Cardenal Silva, le habló varias veces. Él, Patricio Aylwin y Allende se encontraban en reuniones, en comidas. Creo que Allende, estaba metido en un zapato chino y no podía salir. Quería llamar a un Plebiscito que no se produjo”.

Pareciera ser que, la excesiva confianza que Allende tenía en sí mismo y en sus capacidades, se habría convertido en un arma de doble filo. “Una frase repetida de Allende era ‘tengo la mejor muñeca de Chile’ y creía que con la muñeca arreglaba todo. Decía que con el muñequero resulta, pero todo lo que es mangoneo, manipulación, tarde o temprano se agota. El utilizar las personas o las instituciones, en el largo o corto plazo se vuelve en contra”.

Esto y la suma de otros acontecimientos, hacen posible la llegada de los militares al poder y el fracaso de un proyecto socialista inmaduro, que pareció incomprendible para un amplio sector conservador de la sociedad chilena.

Si una actitud distinta de Allende, pudo haber evitado la incursión de los militares nunca lo sabremos. Y si lo que sucedió con ese gobierno es que sucumbió a las fuerzas internas y externas que lo atacaron, es algo que la historia irá develando. “Ahí esta todo el tema de las influencias, de la gente

que lo rodea, de sus consejeros que van y vienen. Ahí veo también un problema mayor en que está metido el gobierno ruso e incluso Cuba y la Internacional Socialista". Es imposible comprender este momento histórico, sin hacer alusión a la guerra fría, que dividía al mundo en amigos y enemigos irreconciliables.

Recuerda, que a pesar de todo lo desconcertante que fueron esos años, el que se hablara de socialismo y democracia, una combinación inédita en Chile, contribuyó a que el país saliera por completo de todos sus esquemas.

Un gran fantasma, en aquellos tiempos, fue la posibilidad de que en Chile se instalara una dictadura marxista. Consultado Carlos González al respecto, afirma que él también llegó a pensar que Allende avanzaba por ese camino.

La incógnita es entonces, sobre qué base pensó que Allende podría haber establecido una dictadura. "Si no era Allende en sí, era lo que venía después" comenta el Obispo, para agregar que "personalmente, Salvador Allende no, pero el contexto, el equipo, sus acompañantes. Ese era el temor. Si no se temía al momento mismo, era a la perspectiva de un régimen consolidado en ese esquema. Y ahí, la venida de Castro a Chile, le hizo mucho daño a Allende, porque es evidente que en Cuba existía y existe una dictadura".

Agrega, que la presencia del mandatario cubano, causó mucha desconfianza en el país. "Se estaba repitiendo el esquema calcado". Al insistírsele en que aquello no parece lógico por cuanto en Chile, las Fuerzas Armadas estaban intactas, funcionaba el Parlamento y los tribunales de Justicia, mientras que en Cuba, se había derrotado al ejército de Batista, responde que eso se ve hoy "pero en ese tiempo no se sabía. Las fuerzas Armadas estaban herméticas".

La Relación Allende - Iglesia

Aún cuando el ex presidente Salvador Allende se reconoce no católico, siempre se mostró respetuoso de la Iglesia y su jerarquía. "Hubo un intento de proyecto educacional, que se llamó Escuela Nacional Unificada, ENU, al que la Iglesia se opuso y que Allende, retiró inmediatamente. Tenía especial cuidado en mantener contenta a la Iglesia. 'No la tocaré ni con el pétalo de una rosa' decía y la afirmación era una frase clásica, al igual que otras que usan los gobernantes".

Ante la sospecha de que el mandatario despertaba fundados temores en la jerarquía de la Iglesia, es inevitable preguntar si considera que Allende es asimilable a la figura de un dictador. "No, pero él sabía hacía donde iba. Todas esas frases y otras como 'no se mueve una hoja sin que yo lo sepa' son las que se van repitiendo en la historia universal".

Es cierto, que con la distancia del tiempo se puede tener una mirada distinta de aquellos acontecimientos. Hoy se sabe por ejemplo, que tanto el MIR como los Partidos Socialista y Comunista de la época no eran ni la mitad de poderosos de lo que se pensó. "Pero esto no es lo que se sabía entonces, porque en esos meses se hablaba tanto de las fuerzas revolucionarias que surgía el temor", dice Carlos González, para concluir con estos autores, que gran parte del drama fue producto de la fantasía.

"Políticos: Cuero de Elefante"

Los tres años del gobierno de Allende, tienen características tan especiales e irrepetibles como su líder. Si bien el Obispo, no tuvo ocasión de establecer amistad con él, sí asistió a diversas cenas en el hogar del presidente. Esos encuentros los recuerda como "muy formales" y le llamó la atención, el que aparentemente, sus cercanos no le informaban de todo lo que pasaba fuera del entorno de La Moneda.

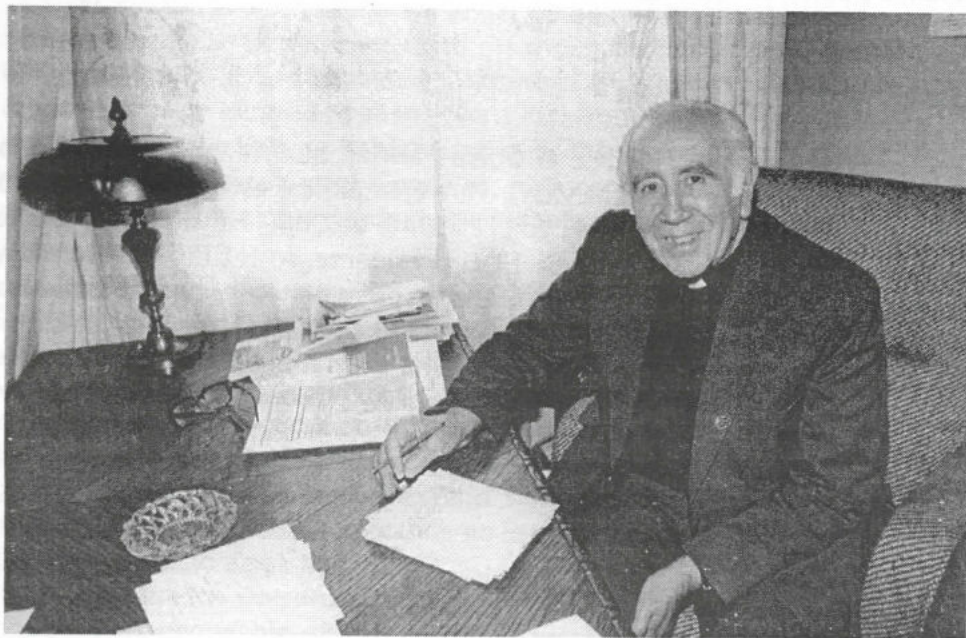
Dice que los Obispos intentaron romper aquella barrera, pero Allende no se mostró permeable. Una muestra: "En una ocasión, Orozimbo Fuenzalida, le pregunta qué piensa del problema de la educación católica y Allende le responde: 'mire, yo jamás a usted, lo nombraría ministro de Relaciones Exteriores'... Tenía una facilidad para moverse, era una persona simpática y muy agradable, pero qué grado de conocimiento tenía de todo lo que sucedía, eso nunca lo vamos a saber".

Si bien parecía no escuchar a la jerarquía eclesiástica, Allende, siempre mantuvo su trato respetuoso con la Iglesia. "A los Obispos nos decía que con la Iglesia tendría el máximo de respeto, especialmente por la memoria de su madre. En una ocasión nos mostró un Cristo muy lindo, que tenía como recuerdo de su mamá. Todas esas cosas, a uno podían parecerle interesantes, pero ¿qué significaba aquello?". Es una interrogante que difícilmente encontrará respuesta.

La percepción de que el presidente les respetaba, pero no escuchaba, fue para este Obispo, una constatación más, de que nunca se llega a saber en realidad lo que ocurre en el mundo político. “Lo decía Eduardo Frei Montalva, quien sostenía que la primera condición de un político es tener cuero de elefante y es verdad, porque Frei lo tenía y Allende también”.

“Un Gozador de la Vida”

Con todas sus excentricidades, el Obispo afirma que Allende, era “un tipo gozador de la vida, de la buena vida”. Para ejemplificar esto, recrea un relato famoso en la época. “Al ser elegido presidente de Chile, Salvador Allende, le pidió una entrevista a Eduardo Frei. El presidente, lo recibió en su casa y Allende, llegó con un maletín negro. Frei se puso nervioso, pensaba que era una grabadora. La entrevista fue tensa y al final, Allende, sugirió tomar un trago. Se levantó, abrió el maletín y sacó una excelente botella de whisky. Le dijo a Frei: ‘Ahora relájese, traje un buen whisky, porque el mío es mejor que el suyo’.



En el escritorio de trabajo de su casa. Desde este lugar, se escribieron muchos de los mensajes que en horas dolorosas, impactaron el corazón de los chilenos.

Capítulo III

El Golpe de Estado



Amigos y hermanos en la fe, los Obispos Carlos González y Carlos Camus.

Heridas Profundas Deja la Muerte

Septiembre 11 de 1973. El martes que difícilmente se borrará de la memoria de miles de chilenos, sorprendió al Obispo de Talca fuera del país. “Estaba en Bélgica, en un congreso sobre comunidades cristianas. Me alojaba en la casa de Guido Goossens. Ese día, llega su padre y me dice ‘Allende se acaba de suicidar’. La noticia le llegó al prelado antes que la conocieran los chilenos y él supo que días complejos venían por delante.

Su reacción inmediata fue volver a Chile. “Tomé el avión hasta Buenos Aires, porque estaban cerradas las fronteras del país. Tuve que esperar tres días hasta que llegó un avión, que transportaba a un equipo de fútbol. Era el primer vuelo que salía de Chile después del golpe y en ese avión pudimos regresar un grupo de chilenos que estábamos esperando en el vecino país”.

Las escasas noticias recibidas durante esos días, contribuían a profundizar la preocupación del Obispo y los primeros testimonios que entregaban los pasajeros de aquel vuelo no eran más alentadores. “Los tipos contaban las cosas más macabras. Todo el ambiente en la embajada era confuso y cuando regresé me tocó presenciar el fusilamiento de Germán Castro. Me sentía paralogizado con todas esas cosas”.

El episodio en que muere Germán Castro, ex intendente de Talca, será sin duda, una de las experiencias que mayor huella dejará en este Obispo y quizás también, la llave que detonó la férrea defensa de los Derechos Humanos que ha hecho en adelante. Este es su relato, tal cual, lo presenta en el libro “Con Verdad se Construye la Reconciliación” publicado en 1998.

“El 26 de septiembre de 1973, fui llamado cerca de las seis de la tarde, por el comandante Efraín Jaña Jirón, quien estaba como intendente de Talca desde el 11 de septiembre”.

“Había llegado una orden telefónica de fusilar a Germán Castro Rojas, último intendente de Talca, en el gobierno de Salvador Allende. Tenía 33 años, era contador y militante del Partido Socialista, casado y padre de dos hijos. La versión oficial entregada después a la prensa decía: ‘La resolución fue adoptada por el Consejo de Guerra, sancionada por el Juez Militar...’ La verdad real, acorde con mi conocimiento, es que no existió este consejo de guerra y Germán Castro, murió ejecutado ‘por órdenes superiores’...”.

“El 11 de septiembre Germán Castro huyó hacia la cordillera, tratando de llegar a Argentina. Hubo un enfrentamiento policial, en donde murió un carabiniero y él fue traído a la cárcel de Talca con un grupo de personas. Allí

estaba encarcelado cuando llegó la orden de fusilarlo. Esa tarde, después de conversar con el intendente, regresé a mi casa. Cerca de las ocho de la noche, partí a la cárcel, para avisarle al prisionero que sería fusilado a la media noche”.

“Nadie le había dicho nada y yo fui quien realizó esta tarea”.

“Germán tenía fe en Dios y una formación cristiana. Asumió su condena con valor. Recibió el sacramento del perdón después de confesarse y también le di la santa unción”.

“Logré que le quitaran las esposas, para que escribiera una carta a su señora y a sus hijos. No hubo ninguna posibilidad real de despedirse de su familia. La parte humanitaria estaba bastante ausente y no cabía en el esquema. Conversé y percibí lo que significaba para un condenado a muerte, la compañía de alguien con quien expresarse”.

“Lo acompañé en esas horas. A las doce de la noche fue fusilado en el regimiento de Talca”.

“Es, posiblemente, el hecho que más me ha impactado en los años del gobierno militar. Al día siguiente, antes de amanecer, fui a avisarle a la familia para que no escucharan la noticia por la radio”.

“Ahora, al pasar los años, puedo analizar la frialdad de una muerte sin ningún proceso judicial y sin escuchar al condenado. Fue una orden de Santiago que se cumplió tal como estaba dispuesto, por instrucciones recibidas desde la capital”.

“Yo debería haber entendido con mayor profundidad lo que este fusilamiento significaba, como vida humana de una persona joven y con familia. Ese fusilamiento debería haberme abierto más los ojos, para entender lo que vendría después”.

“Germán Castro murió convencido de sus ideales socialistas y su muerte se presenta como un episodio. Fue una experiencia terrible y aún recuerdo en forma viva todos los detalles de esa tarde y de esa noche. Las imágenes quedan grabadas muy adentro y no le deseo a nadie, tener que acompañar a un condenado a muerte en estas condiciones”.

“Sólo por la gracia de Dios, pude ser fuerte y mantener la calma y la paz en una realidad tan difícil e inhumana. Presenciar un fusilamiento en esas condiciones es realmente aterrador. Presenciar un fusilamiento en frío, mirar los fardos de pasto colocados detrás del condenado y ver como un pelotón de soldados mata a una persona en forma fría y deshumanizada, es un sufrimiento muy grande”.

“La ejecución se realizó en el regimiento de Talca y después, cuando todos los presentes estábamos muy impresionados, me ofrecieron una taza de café”.

“Todo sucedió a las doce de la noche del día 26 de Septiembre”.

“Y nadie dijo nada”.

“Fueron horas tensas desde las ocho y media hasta las doce de la noche. Salimos desde la cárcel hasta el Regimiento. Fui la única compañía de una persona valiente, convencida de sus ideas. El entierro en el Cementerio de Talca fue privado e igualmente difícil y sobrecogedor”.

Con ocasión de la presentación en Santiago, del texto que contiene este relato y en que uno de los presentadores fue el ex comandante del regimiento y primer intendente del gobierno militar en Talca, Efraín Jaña Jirón, expresó: “yo sé que en esa oportunidad habían dos testigos, el Intendente que habla, el pelotón de fusilamiento y el Obispo de Talca. Yo nunca voy a olvidar la mirada que Carlos González me dio después que lo fusilaron, porque me dijo: ‘coronel, usted está muy mal, usted está sufriendo’ y de verdad que me interpretó desde adentro, aunque yo era coronel, un hombre preparado para la guerra, pero no preparado para ejecuciones sin juicio y sin nada”.

Su óptica e interpretación diferente de los sucesos ocurridos, durante la visita que la “Caravana de la Muerte” hizo a Talca, le significó ser degradado y encarcelado “y quien primero me fue a visitar en la prisión fue mi amigo, el Obispo Carlos González”.

El ex uniformado completa su relato, afirmando que Germán Castro, fue un hombre valeroso, que le pidió perdón antes de morir y que a tiempo de ser impactado por las balas, lo vio alzar los brazos y gritar “viva el socialismo”. Su muerte, con los brazos en alto, dice, le recordó la histórica muerte de los hermanos Carrera.

Navegando a la Deriva

Así transcurren esos días dolorosos y complejos. Las decisiones debían tomarse en “caliente” y no había punto de referencia ni comparación posible. Aquí, la carta de navegación fue la intuición y el sentido común. Mirada desde la vitrina del tiempo, este Obispo califica su reacción como “bastante atinada” porque “no nos casamos con el régimen, lo cual es excepcional”.

Afirma que en los primeros meses “estuvimos muy como a la expectativa, ‘al cateo de la laucha’ como se dice” pero en la medida que comenzó a llegar información las cosas se fueron clarificando.

Parte de aquellos relatos vinieron de personas cercanas y queridas como el sacerdote Florentino Molina, ex campesino a quien Carlos González, guió en su vocación. “Conversé con el Obispo, cuando mataron a algunos campesinos dentro del regimiento, yo lo supe porque se llevaron presos a personas de mi población y ellos fueron testigos directos y aunque los torturaron mucho, los dejaron libres. Así que cuando salió en el diario, que esas personas habían muerto en un enfrentamiento, yo ya sabía que aquello ocurrió en el regimiento y me fui a hablar con don Carlos. Él me decía ‘no, los militares no son así, tú te dejas impresionar’. Y yo le replicaba ‘no, don Carlos, yo no me dejo impresionar, la cosa pasó así y ahí mataron a tres hombres y largaron a los otros. Y fuimos a ver a uno de los heridos a su casa y ahí don Carlos me dijo: ‘tú tenías razón, ahora sí creo en lo que tú dices’”. (Entrevista al sacerdote Florentino Molina).

La narración del sacerdote, se unía a lo que vivencialmente el Obispo había experimentado con el fusilamiento de Castro y aunque hiciera esfuerzos por resistirse a una realidad tan macabra, los hechos hablaban por sí mismos. Y por si aquello no bastara, entre los detenidos y desaparecidos de que seguían tomando conocimiento, se contaban incluso sacerdotes de Arica, Valparaíso, Santiago y Temuco.

Comenta que a los tres meses “ya teníamos la película clara”. El nuevo panorama había hecho surgir contactos entre las Diócesis y en Talca, la mirada visionaria del Obispo, apoyado por algunos sacerdotes y laicos, daba origen a un trabajo silencioso, raíz y complemento de lo que en Santiago llegó a ser el Comité por la Paz, antesala de la Vicaría de la Solidaridad.

Vicaría de la Solidaridad: “El Paraguas de Aquel Tiempo”

Recuerda que la iniciativa en la Diócesis talquina surge en forma espontánea y sin que nadie la proponga como objetivo. “A medida que van apareciendo los casos o que van desapareciendo las personas y que hay personas detenidas como el “Huaso Ramírez” y otros, uno comienza a cuestionarse qué se hace, de qué forma se ayuda, cómo puedo servir y ahí se producen las

conexiones con Santiago, con otros Obispos, con otras Diócesis. Entonces aparecen los "Chito" Espinoza, el Agustín Vial, la Silvia Espinoza, la Rosalina Yáñez y se va armando el equipo" comenta.

El paso siguiente es obtener ayuda económica, para financiar las obras y las acciones que van siendo necesarias. Explica que los esfuerzos conjuntos fueron los que luego, dieron origen a la Vicaría de la Solidaridad "que fue providencial porque logró detener varias cosas y salvar a mucha gente, fue el paraguas de aquel tiempo".

Dice que entre las embajadas con las que se estableció contacto se contaron entre otras Suecia, Holanda, Noruega e Inglaterra, países en que afirma "había verdadera convicción, porque ellos financiaron muchas cosas. Sin eso habría sido imposible mantener esa labor porque era muy caro".

Entre los recuerdos que vienen a su memoria sobre la Vicaría, se inscribe el boletín "Solidaridad" que se editaba quincenalmente. "Una publicación excelente, porque era la única voz que había en esos años".

Mención aparte le merece el Cardenal Raúl Silva Henríquez, cara visible de la Iglesia en aquellos difíciles momentos, de quien afirma "fue muy valiente en ese tiempo", dado que tuvo que soportar y hacer frente a muchas y crecientes presiones. "Le cerraron la primera Vicaría, el Comité por la Paz, entonces, el mismo día que dijo 'acepto', creó la Vicaría de la Solidaridad". Era el primero de enero de 1976.

"Básicamente constituida por laicos de un amplio campo ecuménico y políticamente pluralista, trabajó con lealtad en la inspiración de su creador, ayudando a familias de detenidos y luego desaparecidos; a presos en campos de prisioneros políticos; a perseguidos en sus trabajos y universidades; a familias por razones de su militancia política; a pobladores cesantes, a quienes se ayudó a organizarse en comedores infantiles, talleres artesanales y bolsas de trabajos; a sectores campesinos y sindicales". Esta es parte de la descripción que hace sobre la Vicaría de la Solidaridad en su texto "Con Verdad se Construye la Reconciliación" de 1998.

Comenta que la férrea unión que los Obispos desarrollaron frente al tema "se produjo automáticamente y el Cardenal, sin quererlo, llegó a ser el nudo central de todo este grupo de Obispos" en torno a los cuales "se fue consolidando un sector de la Iglesia muy fuerte". Entre aquellos prelados se contaban además de él, Carlos Camus, Sergio Contreras y Fernando Ariztía, entre otros.

“Duras críticas recibió el cardenal por mantener este servicio de Iglesia. El gobierno militar vio en esta acción solidaria, una acción política opositora. La verdad es que era una acción basada en el Evangelio y en la defensa de toda persona humana” se puede leer, en el texto citado con anterioridad.

“Los períodos más fuertes, que debió enfrentar la Vicaría de la Solidaridad, se enmarcan entre los años 1973 y 74. Después hay un recrudecimiento entre los años 1981 y 82. El sistema no cambió, se fue endureciendo”.

Tensión en la Conferencia Episcopal

Abril de 1974, marca el momento en que por primera vez, después de ocurrido el golpe, se juntan los Obispos. “En aquella reunión de la Conferencia Episcopal constatamos que había tortura y sacamos la primera declaración, que denominamos ‘Nos Preocupa’ la que provocó un choque directo con el gobierno”, por cuanto en ella no sólo se plantea la no vigencia del Estado de Derecho en el país sino que además se aborda la falta de resguardos jurídicos, que posibilitan que las personas sean detenidas en forma arbitraria y sometidas a “apremios físicos o morales”.

“Esta posición de la Iglesia fue decisiva para el futuro. Significaba la independencia de la Iglesia. Significaba no sumarse al carro del poder y hacer una opción por los Derechos Humanos, por los perseguidos y por los pobres” se lee en su libro “Con Verdad se Construye la Reconciliación”.

Pero esta declaración de la Conferencia Episcopal no estuvo exenta de dificultades internas. “Estaban divididas las opiniones, había gente que no quería decir nada, la mayoría quería optar por el silencio” porque como en todo orden de cosas, hubo Obispos que se sentían inclinados por el régimen. “Al comienzo más personas que después, cuando fue pasando el tiempo, pero sí los había, porque se pensaba que habíamos sido salvados del marxismo”.

Por esta razón, explica, algunos miembros de la Conferencia Episcopal, veían a los militares y su irrupción al poder, como una verdadera gesta heroica. “Porque esto de la Iglesia y el marxismo es algo como visceral. Esta guerra se declaró en la Iglesia en el año 1931, cuando el Papa Pío XII sacó la Encíclica en que se dice que el marxismo es intrínsecamente perverso. Pero ahora, se sabe que el texto original no dice ‘intrínsecamente’ sino solamente ‘malo’, fue por causa de las traducciones que se empieza a modificar el tex-

to", sin embargo, el contenido del mensaje echa raíces en la mente y el corazón de muchas personas, lo que llegado el momento, contribuye a que el conflicto se agudice.

En su caso, la apreciación sobre esta materia tampoco le era ajena. "Desde pequeño escuché hablar de que el marxismo es ateo e irreversible. Después con la caída del muro de Berlín, se demostró que eso no era así, pero en los años setenta, esa teoría era generalmente aceptada en los ambientes católicos y por tanto, algunos compartían la idea de que habíamos sido salvados".

Los Detenidos Desaparecidos

Entre los muchos detenidos y desaparecidos de que tuvieron noticia en aquellos primeros tiempos, se cuenta lo sucedido a un sacerdote salesiano que trabajaba en Iquique. "Este profesor estaba mirando con sus anteojos de larga vista, desde su colegio que quedaba frente al regimiento. Los militares se percatan de esta situación, van al colegio, lo toman preso, lo torturan, muere en la tortura y él no tiene nada que ver... son equivocaciones que hubo en aquel tiempo".

Como éste, son muchos más los casos que podría recordar este Obispo. Son las historias que recoge el Informe Rettig, otras que circulan en la memoria colectiva y algunas más que aunque quisiera, no puede todavía narrar.

Más allá de los casos puntuales, una gran interrogante para él, es llegar a determinar el por qué en Chile se usó el sistema de los detenidos desaparecidos. Una explicación que cree nunca será entregada, por cuanto quienes conocen o conocieron las respuestas, al parecer, no están dispuestos a revelarlas.

Será quizás, por seguir el modelo que en aquellos años se vino aplicando en toda América Latina y que se sustentaba en la política del terror, cosa que por cierto, no tiene ninguna lógica para él. "Lo mínimo es entregar los cuerpos, porque se puede matar a alguien, pero dejar el cuerpo, es una cosa de humanidad básica y eso, aquí no lo hubo. Yo podría entender que en algún momento se produzcan todas estas cosas y se elimine gente, pero lo grave del asunto, es que después se escondan los cadáveres".

"En Chile los uniformados no han dado una explicación razonable sobre el tema y sólo ahora parece, que están reconociendo en privado que hubo algunos excesos".

El tema sigue siendo complejo y pese a algunas situaciones que se han ido esclareciendo, son los cuerpos que continúan desaparecidos y lo que resta de la verdad silenciada, los que impiden a este país, establecer el puente hacia la reconciliación.

“Mientras más años transcurran, será más difícil llegar a la verdad total. No pretendo dar razones para explicar esta situación, de personas que mueren y cuyos cadáveres no son entregados a sus familiares. El derecho de enterrar a sus seres queridos es un derecho sagrado. Lo sucedido queda en manos de Dios”, se lee en su libro “Con Verdad se Construye la Reconciliación”.

Esta idea de que hay historias que nunca se conocerán por completo y cuerpos a los que no se logrará llegar, el Obispo la sustenta en el conocimiento personal que ha tenido de algunas de ellas y en las muchas que suponemos, conoce la Iglesia y que no puede revelar.

“Yo sé, de veinte cadáveres que estaban enterrados en una noria con cal y que un mes después que se descubrió lo de los Hornos de Lonquén, fueron desenterrados para arrojarlos al mar”. El testimonio que conoció de primera fuente, es parte de las historias no contadas, porque quien informó al Obispo “nunca ha aceptado que se hable de ello”.

A causa de aquel silencio, en alguna parte de Chile, veinte familias siguen expectantes, esperando que esa persona tome la decisión de hablar o bien permita a Carlos González decir lo que sabe. “No sé todos los nombres, algunos sí, pero no estoy autorizado y uno tiene que respetar” dice, haciendo notar que en reiteradas ocasiones él ha insistido para que esto ocurra.

Verdades que Mienten

La vida de Carlos González se encumbraba por sobre los cincuenta años, cuando la defensa de los Derechos Humanos, se instala sin invitación en el seno de la Iglesia Católica. Misión tan compleja como sensible y en la que se debe desplegar toda la fe, la inteligencia y las energías.

Como nunca, en esos años se debió poner atención a todo lo que acontecía, para separar como dice el Evangelio “la paja del trigo” y hacerlo en forma inequívoca, porque en esas horas cualquier verdad podía resultar ser una mentira y el intento de comprobación una utopía.

“Hubo un caso de un supuesto entierro masivo en Iloca. Un testimonio que llegó hasta nosotros y que a fin de cuentas, terminó siendo otro testimonio con datos falsos, porque en definitiva, era un CNJ que quería buscar venganza. Y una vez que averiguamos esto en Talca, nos enteramos que lo mismo había pasado en otras dos partes”.

Estos acontecimientos, contribuyen a hacer más complejo el ya difícil panorama en que se mueve la Iglesia. Cada denuncia –aunque después resultara ser falsa– provocaba tensiones, ajeteo, demandaba tiempo y esfuerzos, para intentar verificar la información. A ello se agregaba el cúmulo de testimonios ambiguos llegados por diferentes vías y que en definitiva no logran constituir un aporte.

Testigos Acusan a Dignidad

No era la primera vez que el extraño enclave alemán era objeto de horribles acusaciones. Durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva, la huida de un joven colono había desatado un escándalo de proporciones. La propia juventud demócrata cristiana de Parral, emitió un informe lapidario sobre el tema. Extrañamente la organización resiste impune todos los embates. De esa época, se dice que contó con el apoyo del gobierno alemán, clave para los planes de desarrollo de Frei. Paul Schäffer, perseguido por corrupción de menores obtiene licencia de defunción.

Pero en la década del setenta, las voces alemanas vuelven a erizar los cabellos de los detenidos en la Región del Maule. Son numerosas las denuncias públicas, que dan cuenta que unas sesenta personas reconocen en Colonia Dignidad el lugar de su martirio. Túneles secretos, ruidos de motores, perros, interminables sesiones de tortura, son parte del tratamiento que se da a los “prisioneros”. Paul Schäffer resucita para dirigir nuevamente su extraña “secta”.

El Obispo Carlos Camus y una comunidad de religiosas, instaladas en el sector, entre las que se cuenta su hermana, son presionadas para alejarse.

El terror reina en las noches con toque de queda. El Obispado de Talca sufre diversos atentados. Se violentan las oficinas de la Pastoral Juvenil. Se reciben amenazas telefónicas y con frecuencia sacerdotes y funcionarios son víctima de seguimientos.

El informe de la Vicaría de la Solidaridad del año 1976, indica como lugar de tortura Colonia Dignidad. “Lo de Colonia Dignidad es algo sórdido, es uno de los más grandes pecados de ese gobierno” enfatiza Carlos González, para agregar que “el problema no es la violación de los niños, es otro. Es un esquema de personas, de familia, de país, de Estado. Es todo un esquema siniestro y que ha sido intocable”.

Al profundizar en las razones para esta increíble impunidad, el Obispo emérito titubea “hay intereses más fuertes... económicos o de poder, no lo vamos a saber”. Consultado si nunca fue posible hablar con los responsables de esas atrocidades, comenta que se hicieron esfuerzos. “Tratamos de entrevistarnos con Manuel Contreras, pero fue imposible”.

De las constantes excusas que recibieron de parte del uniformado, para negar audiencias, también es testigo el diácono Agustín Vial. Las negativas no constituyeron freno para el Obispo. “Conversé con algunos directores, pero negaban todo sistemáticamente”.

De todas maneras la presión de la Iglesia, unida a la presión internacional, lograron moderar las aristas más crueles del régimen. De vez en cuando, se conseguía la liberación de un estudiante o un profesor universitario detenido y sin proceso. Chile, caminaba en las tinieblas de la arbitrariedad. Todo era posible y el miedo se adueñaba de un país destinado a dormir por largo tiempo, mientras un cruel experimento económico y social se ponía en marcha.

Capítulo IV

Su Inscripción en la Historia



Con el obispo brasileño, Helder Cámara... un homenaje a Manuel Larraín.

Carlos, Defensor de los Desvalidos

A no dudar, los años del gobierno militar trajeron a este Obispo muchos momentos complejos, que requirieron de todas sus habilidades para superarlos. Quienes lo conocen de cerca, saben que su timidez fue el primer obstáculo que debió derribar para moverse con éxito y soltura en la vida pública.

La sensibilidad que le es propia, fue quizás el pilar donde cimentó la fuerza que mostró para mirar de frente los muchos acontecimientos que vinieron luego y que sin duda, lo hirieron en lo íntimo. El ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, estaba siendo humillado, denigrado, muerto, desaparecido y acallado.

Dicen sus cercanos que aquello dolió mucho y él mismo, aunque muy a su pesar, lo reconoce con sus silencios. Fueron dolores de adentro, que enfrentó con entereza, mostrándose siempre íntegro, seguro de sí y por sobre todo, poseedor de gran valor para defender los derechos del hombre y de la Iglesia. Tanto, que a partir de ese entonces, su figura, su acción y su palabra, nunca más, pasarían desapercibidas.

Su aporte unido al Cardenal Raúl Silva Henríquez, son los que lograron dar a la Iglesia Católica chilena, un nuevo rostro de credibilidad y respeto. La valentía con que se condujo durante los años de mayor represión y la convicción en los suyos, de que él nunca les dejaría a la deriva, le fueron abriendo un gran espacio en el corazón de consagrados, laicos y en la historia reciente de este país y de la Iglesia.

Se sabe que por muchos esfuerzos biográficos que se hagan, para desentrañar todo lo que fue su accionar en materia de Derechos Humanos, la mayor parte quedará en silencio. Porque así es este Obispo: directo y de pocas palabras. Donde no se queda corto es en la acción. Si se tuviera la capacidad de recoger testimonialmente las gestiones que él hizo para salvar vidas, sacar personas del país, recuperar cuerpos, reunir familias, conseguir libertades y evitar con ello la muerte, con seguridad, que se incrementarían en forma significativa el número de antecedentes recopilados en publicaciones, como el Informe Rettig.

Episodios Conflictivos

Era el año 1976 y Carlos González decidió organizar en su Diócesis una celebración especial, para conmemorar el décimo aniversario de la muerte de monseñor Manuel Larraín, ex Obispo de Talca, sacerdote muy querido por la comunidad y por él mismo.

Entre las personas que fueron invitadas para la ocasión, se contaban algunos amigos de monseñor Manuel Larraín y entre éstos, Helder Cámara, Obispo brasileño, cuya figura estaba prohibida en Chile, por su audaz acción en favor de los pobres de su país.

Como su presencia revestía gran importancia para el Obispo de Talca y su Diócesis, él personalmente hizo las gestiones para lograr el permiso de entrada al territorio nacional. "Fui donde el ministro del Interior y le dije, 'mire señor general, saque las cuentas, qué le va a hacer más daño: dejar entrar a Cámara o que en todo el mundo se sepa que no pudo ingresar a este país'. Entonces partió Benavides a hablar con Pinochet y ese fue el argumento utilizado". Comenta que esa entrevista fue de especial tensión, en contraste con la visita del Obispo brasileño, cuya presencia no creó ningún problema en el país.

La Detención en Ecuador

Dos meses más tarde, la Iglesia vivió otro episodio confrontacional con el gobierno de la época y una vez más, entre los protagonistas encontramos a Carlos González. Esta vez los hechos comienzan a gestarse en Ecuador, país hasta el que, tres Obispos chilenos habían viajado para tomar parte junto a otros cuarenta y siete prelados extranjeros, de una reunión convocada por el Obispo de Riobamba.

Lo acontecido entre el 13 y 15 de agosto de ese año, constituye uno de los mayores agravios que el Obispo emérito de Talca, ha debido enfrentar en su vida. "Aquello fue macabro, era el segundo día de reunión y de repente irrumpen armados treinta militares ecuatorianos, diciéndonos a diecisiete Obispos, que debíamos salir inmediatamente. 'Traigan sus cositas' dijeron y nos trasladaron a Quito. Fue un viaje de cuatro horas en una micro. Nadie entendía nada, ni sabíamos por qué nos estaban tomando detenidos" recuerda.

“Asustados llegamos al regimiento de Quito. En ese lugar nos atendieron bien y ahí pasamos la noche, en los sillones de un salón que parecía de los oficiales. Al día siguiente pedimos celebrar la misa, me pidieron que yo la presidiera y así lo hice”.

Sobre estos episodios, hay en su libro “Con Verdad se Construye la Reconciliación”, una reflexión necesaria de considerar: “Fue una Eucaristía realmente extraordinaria y comprendí mejor los sentimientos de Jesús, prisionero antes de su Pasión. Capté lo que significaba estar puesto en sospecha y saberse condenado sin entender las razones. En esa Eucaristía viví con intensidad lo que significa el sacramento del altar. Sentí la fragilidad, el miedo y la incompreensión”.

El Recibimiento Chileno

De vuelta al país, se encontraron con una nueva y desagradable sorpresa: “Cuando volvimos nos esperaba una recepción violenta en Pudahuel” comenta, indicando que la razón obedecía a que en Chile se les acusaba de ser curas marxistas y revolucionarios.

Con el correr de los días, se enteraron que la planificación de este “recibimiento” venía de personas muy cercanas al gobierno. “Nos dijeron que un general de Ejército, estuvo en la organización. Según averiguamos, primero se le pidió a la señora Carmen Grez, que presidía una organización de mujeres que liderara el movimiento y ella se negó rotundamente. Ante eso, se contactó a otro señor, que se llamaba Manuel Cabrera y que fue finalmente quien dirigió la maniobra. Buscaron un grupo de personas cercanas a la CNI, llevaron pancartas y se armó toda la cosa”.

“Lo curioso es que este señor Cabrera, tenía oficina en el Diego Portales y la forma en que lo descubrimos fue muy buena. Llamamos por teléfono: ‘necesito el número del señor Manuel Cabrera, para mandar un parte de matrimonio’ y ahí nos dijeron ‘oficina 703, séptimo piso, edificio Diego Portales”.

Respecto al momento mismo de su arribo al aeropuerto, recuerda que al bajar del avión, alcanzaron a sentir los gritos y de inmediato vinieron los golpes. “A un hermano mío, médico que fue a recibirme, le pegaron en la cabeza y estuvo una semana con traumatismo y al otro acompañante, que era mi cuñado, le quebraron un dedo. Fue bastante fuerte todo aquello”.

Los recién llegados a Chile eran él y los obispos Fernando Ariztía y Enrique Alvear. Les acompañaba el sacerdote belga Joseph Comblín. "Y Comblín, inteligentemente, se sacó los anteojos, tomó a un niño de la mano y salió como padre de familia. Nadie lo notó, excepto la hermana de Guido Goossens, Anita, que trabajaba como voluntaria y que había ido a recibirnos. Ella le gritaba 'padre Comblín, padre Comblín' y él, seguía indiferente", recuerda con sonrisas para señalar cómo este último religioso evitó la turba y las agresiones de que fueron objeto. En lo personal, explica, logró salir del aeropuerto con el apoyo de Carabineros.

Como es de suponer estos acontecimientos impactaron con fuerza en la comunidad nacional, que se dividió entre quienes solidarizaban con los Obispos y las personas que permanecieron indiferentes.

Las relaciones de la Iglesia con el gobierno, entraron a una fase de mayor deterioro.

Es el momento en que el Comité Permanente del Episcopado presenta su declaración "La Verdad nos Hará Libres" y se declara excomulgados a los autores intelectuales y materiales de la agresión a los tres Obispos. Todo esto como respuesta a lo sucedido y también, a las informaciones que circularon en los medios de comunicación de la época.

Una síntesis del clima vivido en esos días, es posible encontrarlo en la edición 253 de la Revista Mensaje de octubre de 1976. Bajo el título "Sentido del Episodio Riobamba - Pudahuel", se plantea que "el martes, diecisiete Obispos de la Conferencia Episcopal protestaron 'contra la violencia y agresión verbal de algunos medios de comunicación de nuestro país' que 'antes de conocer suficientemente los hechos y -sobre todo- de oír a los inculpados, se han apresurado a marcarlos con un estigma de subversión, de criminalidad política y de traición a la fe. Condenamos de modo especial, la forma tendenciosa e injuriosa con que el vespertino La Segunda, el matutino El Cronista y el Canal Nacional de Televisión, han desfigurado la verdad y provocado un clima de militante hostilidad contra la Iglesia, personificada en sus pastores".

(...) "La réplica de los Obispos no se dejó esperar" (...) "Se hicieron cargo del 'bochorno' con que según El Mercurio, esos sus partidarios, debían haberlos esperado. 'El bochorno -recordaron- es una alteración del rostro ocasionado por vergüenza u ofensa. Nuestros hijos y hermanos en la fe, nuestros familiares y amigos nos conocen, y saben bien que a nadie hemos dado motivo de avergonzarse ni ofenderse...' Lo que realmente avergüenza y ofende es que se ataque de palabra y de hecho, a tres Obispos chilenos que vuelven a su

patria, sin esperar siquiera escucharlos y alegando aún –como lo hace El Mercurio– que a ellos, a los Obispos, les corresponde el peso de la prueba de su inocencia”.

Más allá de la controversia y con la mirada puesta en el bienestar de un país, cada vez más herido y dividido, los Obispos aceptan la invitación que extiende el general Pinochet. “Nos invitó a los tres Obispos a almorzar y fue un gran error haber ido. Asistimos porque queríamos arreglar las cosas. Yo le dije ‘lo único que le voy a pedir es que podamos hablar de lo sucedido con los medios de prensa que nos han fregado tanto’. Él contestó ‘lo pensaré’ y nunca nada. Ni una explicación, nada de nada. Gracias a Dios, que el Episcopado solidarizó con nosotros”.

Al ser consultado por el sentido que tuvo aquel almuerzo, si no se sacó nada en limpio, contesta “una farsa, nada más”.

Excomuni3n a los Torturadores

Las violaciones a los Derechos Humanos han ido en aumento con los años y la llegada de la nueva d3cada, que instalará en el pa3s una nueva Constituci3n Pol3tica, no deja de inquietar a la Iglesia.

Ante la imposibilidad de actuar m3s eficazmente, para enfrentar los hechos que est3n ocurriendo, pero que en la pr3ctica, no pueden ser probados, ocho Obispos chilenos deciden promulgar el 12 de diciembre de 1980, un decreto de excomuni3n a los torturadores.

Al parecer la medida remece a los cat3licos, pero utilizando la estrategia del silencio, los destinatarios no acusan recibo. Pese a ello, el efecto surge en el aspecto sacramental. “No tanto por la parte religiosa, sino por la parte social, porque el torturador, seg3n ese decreto, no pod3a ser padrino ni de matrimonio, bautismo o confirmaci3n y tampoco, participar en la comuni3n... entonces, eso obliga en conciencia” recuerda Carlos Gonz3lez, para agregar un dato curioso. “Tal vez no les import3 mucho eso, pero a ra3z del decreto entr3 la idea de que los sacramentos en que participaran no ser3an v3lidos y eso logr3 algunas reacciones internas”.

Sostiene que el real impacto de la medida, nunca lleg3 a conocerse y las autoridades de la 3poca actuaron con cautela frente al tema. “En el gobierno, fueron muy inteligentes porque no dijeron nada, no se dieron por aludidos. Yo encontr3 muy sab3a la reacci3n, porque dicen: ‘sali3 este decreto... y a m3, que me registren’” comenta con una sonrisa.

“Además, paso otra cosa bien curiosa con el decreto, porque algunos Obispos dijeron que ese documento no tenía fuerza en sus Diócesis. No fueron muchas, no más de dos o tres y los otros ocho, nos pusimos de acuerdo para sacar el decreto el mismo día y con el mismo texto y también hubo otras Diócesis que permanecieron en silencio. Pero creo que era bueno por una sanción social”.

Él fue quien concibió la idea de hacer este decreto y quien entusiasmó a sus hermanos Obispos. La fuente inspiradora fue la experiencia personal de haber compartido con víctimas de la tortura.

Dice que “ver gente torturada fue terrible”. Pasando en forma rápida por la memoria de aquellos días relata: “Contaré dos casos: un hombre llegó a mi casa, con las manos desechas. Estaban los Obispos Carlos Camus y Sergio Contreras, ese día en mi hogar, eran las ocho de la noche y él venía liquidado. Y después, en la cárcel de Talca, me tocó ver a un hombre que venía saliendo de la tortura, lo habían colocado no sé cuántas horas con la cabeza para abajo y tenía las piernas como tarro, producto de la tortura. Y resultó ser que era inocente. Ese fue un caso tético. Era un hombre muy extraño, enfermo mental, mentiroso, pero no estaba metido en nada de política. Ver esas cosas, impresiona y saber que en Talca, al igual que en Santiago, también había casas de tortura, porque aquello estaba dentro del esquema. De ahí surgió la idea del decreto, porque lo que se buscaba era mostrar algún signo, esa era la motivación”.

El reconocimiento de que se ejerció violencia contra las personas, es algo que tampoco se logró abiertamente. “Nunca, los militares, se reconocieron como ejecutores de violencia, los laicos sí. Yo tuve largas conversaciones con un torturador que era católico. Me decía: ¿pero, qué quiere que haga? si tengo que saber la verdad, tengo que torturar”. Agrega que se trataba de un profesional, padre de tres hijos. “Él sostenía que había que usar este método, para defenderse de los enemigos. Ellos solucionaban todos los problemas con agresión, para ellos, era la legitimidad de la guerra y todas esas cosas que no tienen límite” dice no sin antes agregar un último antecedente “él estaba con su conciencia tranquila”.

Si el sujeto en cuestión era o no ejecutor directo de la tortura, el Obispo dice que nunca entró en tanto detalle “pero era una pieza importante dentro del esquema. Conversamos largo, tres o cuatro veces sobre el tema. Él venía a verme porque se quejaba de la actitud de la Iglesia...”

Entrevista con Pinochet

Meses antes y dado el deterioro progresivo de las relaciones Iglesia-gobierno, el Episcopado decidió intentar una nueva aproximación. Para ello el Comité Permanente nombró una delegación compuesta por los Obispos Carlos González de Talca, Francisco José Cox de Chillán y Francisco de Borja Valenzuela de San Felipe. La misión era intentar acercamiento y diálogo.

Los Obispos fueron recibidos en audiencia por el presidente Augusto Pinochet el 18 de junio de 1980. A este encuentro los representantes del Episcopado llegaron con un memorándum de cinco puntos que esperaban plantear al general.

El primer tema delineaba los objetivos de la entrevista: "Procurar mejorar las relaciones entre la Iglesia Católica y el gobierno de Chile" y "establecer una forma normal de relación y diálogo entre ambas instituciones".

En el segundo punto, se definía "la Misión de la Iglesia" resumida básicamente en que "la tarea de la Iglesia será siempre trabajar para que, los valores de dignidad, libertad y fraternidad sean llevados a la práctica".

En el punto tres, los Obispos analizaban el "origen o raíz de las tensiones entre la Iglesia y el gobierno" planteando que "para lograr un efectivo entendimiento, la Iglesia ve necesario algunos cambios reales y concretos de parte del gobierno".

El apartado número cuatro, se refiere a "Puntos neurálgicos concretos" y los Obispos comienzan señalando que: "Deseamos expresar a S.E. una breve reseña de aquellos puntos que actualmente nos preocupan". La lista contiene siete referencias:

- * La tortura de detenidos
- * Las Relegaciones
- * El Decreto Ley N° 1009, que facultaba detener sin previa justificación.
- * La C.N.I.
- * Situación de los Exiliados
- * El esquema económico del país.

Un último punto del documento, estaba constituido por el análisis "La situación tensa de la Iglesia Católica con el Gobierno"

La Reacción del Presidente

De un informe confidencial que los Obispos prepararon para dar cuenta a los miembros de la Conferencia Episcopal del resultado de esta reunión, se desprende que el presidente "se manifestó dolido por la actitud que sentía de parte de la Iglesia hacia él: solamente críticas, jamás una palabra de apoyo, como si nada hubiese hecho bien".

Agrega que la autoridad, tras pedir información "a todos los intendentes por los últimos acontecimientos suscitados" exhibió informes que decían que "sólo en Santiago, Talca y Linares había estos problemas".

Ante la insistencia de los Obispos, por contar con un interlocutor válido por parte del gobierno, el presidente Pinochet "hizo llamar al general Sinclair, persona muy cercana a él" y propuso continuar los diálogos tanto con este uniformado como con el general Court, con quien ya existía una buena relación por parte de la Iglesia.

El 22 de julio, los Obispos recibieron respuesta escrita del general Sinclair, ministro jefe del Estado Mayor Presidencial, al referido memorándum. En el documento se expresa que el gobierno "siempre ha mantenido y mantendrá abiertas" todas las instancias para el contacto con la jerarquía eclesiástica y que "el Supremo Gobierno tiene la mejor disposición para analizar en reuniones de trabajo y por un período suficiente de tiempo" los temas solicitados.

"Con todo me veo en el deber de rechazar enfáticamente diversos juicios que sobre la acción del Gobierno vierten Uds., en los apartados 3 y 4 del antedicho memorándum, por cuanto su contenido encierra apreciaciones de hechos y juicios de valor seriamente erróneos o injustos, respecto de los cuales expreso mi profunda discrepancia".

La carta, concluye afirmando que "para el caso que la fórmula encontrara acogida por el Comité Permanente del Episcopado católico nacional, en los términos antes descritos, el ministro que suscribe comunicaría a Uds., los nombres de los personeros que al efecto designaría el Supremo Gobierno".

Reflexiones entre Amigos

Monseñor José Manuel Santos, Obispo de Valdivia y amigo personal de Carlos González, presidía en ese instante la Conferencia Episcopal.

A él se dirige el Obispo de Talca, para hacerle partícipe de las reflexiones que le ha motivado la reunión con el presidente y su ministro.

El 28 de julio, Carlos González le escribe diciendo: "Después de dejar pasar un mes te escribo esta carta para precisar algunos hechos". Agrega su extrañeza por el comentario presidencial, toda vez que dice, tres meses antes y en Talca, el general Pinochet había manifestado que las relaciones de la Diócesis con el gobierno eran buenas y no había problemas.

Entre los hechos a que hace referencia el Obispo González, se cuentan: Las extrañas revisiones a las oficinas del Obispo Auxiliar de Talca y a la Casa de la Juventud; la muerte del joven Bernardo Solorza; el discurso del intendente sobre la Iglesia; lo ocurrido con el padre holandés Teodoro Klomberg; los detenidos en Talca y la conexión con la Iglesia Católica; la profanación de la tumba de la familia del Cardenal Silva Henríquez; los problemas del Obispado de Linares, para finalizar con un balance de la situación que se vivía en ese momento.

Transgresión a la Privacidad

No más alentadora que la anterior, será la entrevista que tres años más tarde, el 16 de mayo de 1983, los Obispos José Manuel Santos y Carlos González, sostendrán con el presidente Augusto Pinochet.

En la agenda, se cuentan una vez más, las relaciones Iglesia - gobierno y la situación del país. En dos puntos, los Obispos dan cuenta de la sistemática violación de la correspondencia eclesiástica y sobre el soborno que personas vinculadas a la Iglesia reciben para entregar información a la CNI.

"El presidente sólo se refiere a la correspondencia violada. Según él, se pierden 600 mil cartas por año y a él, también le revisan la correspondencia". Se aborda también el incidente ocurrido con la ministro de Educación a raíz del libro de religión "Ven y Verás" y que le valió a la Iglesia ganarse el título de "traidora a la patria".

Las acusaciones de infiltración marxista en la Iglesia, es otro de los temas conversados. Los Obispos piden pruebas de tal acusación. La respuesta no parece satisfactoria y la entrevista concluye con un diálogo que abarca distintos aspectos vinculados a la situación del país, pero que en definitiva y como otras veces, no conducirá a punto de encuentro alguno, que permita mejorar las relaciones entre ambas instituciones.

Se Profundiza el Abismo

La falta de coincidencia era tal, que el abismo se continuó ahondando, pese a los intentos del Episcopado por salvar la situación. Esfuerzos hubo y Carlos González los hizo. Nunca dejó de buscar caminos de reconciliación, pero tampoco, desvió la mirada de lo que estaba sucediendo.

Así, es posible entender, el mensaje que el Obispo entrega a sus colaboradores más cercanos, en el documento denominado "Iglesia y gobierno militar".

En cuatro puntos y calificado de circulación interna en la Diócesis, se pueden conocer hechos y reflexiones que van surgiendo de lo vivido hasta ese momento.

En algunos párrafos del apartado tres, es posible leer: "Cuando los intereses de dos posiciones ideológicas están en abierta oposición, según lo enseña la historia universal, siempre surgen problemas psicológicos o bloqueos mentales que impiden un diálogo real (...)".

"Usualmente aparecen 'razones' o pretextos aparentemente razonables que provocan las rupturas y las crisis. Se llega a un momento en el cual, por ambas partes, no es posible llegar a establecer caminos de entendimiento (...)".

"Pareciera que hemos entrado en esta etapa del conflicto Iglesia y gobierno militar".

"Las palabras ya no significan lo mismo y el vocabulario tiene traducciones diferentes, según quien hable o actúe".

"Estos bloqueos psicológicos se van agravando y así la señora Lucía Hiriart de Pinochet el 19 de marzo de este año, se coloca entre 'los verdaderos cristianos' y llega a afirmar que 'hay sectores de la Iglesia que han olvidado su papel'. Es la primera dama del país quien hace estas afirmaciones que, seguramente sin maldad, acrecientan la división interna de la Iglesia".

"La señorita ministra de Educación acusa el 22 de marzo a la Iglesia de 'traición a la patria' y basa tan grave juicio en un texto de religión de los padres Salesianos. No se trata de un texto 'oficial' de la Iglesia, pero es toda la Iglesia la que recibe esta ofensa grave que hace daño, desconcierta y ciertamente no acerca las distancias".

"Si se lee el llamado 'Plan Banzer' que se adjunta a estas reflexiones, se puede pensar en alguna similitud con los escritos en Bolivia como estrategia para dividir a la Iglesia".

El Instructivo "Banzer"

El "Plan Banzer" a que se hace mención, corresponde a un instructivo, aparentemente publicado en Bolivia, que en once puntos entrega indicaciones sobre cómo atacar a la Iglesia y a sus miembros.

Conocidos algunos episodios ocurridos en la época, resulta clarificador el párrafo ocho del citado documento: "Los arrestos deben ser hechos en las afueras de la ciudad; en calles desiertas o tarde en la noche. Una vez que el sacerdote haya sido arrestado, el agente debería poner material subversivo en su portadocumentos y, si es posible, en su habitación o su casa, y un arma, preferentemente, una pistola de alto calibre. Tener una historia preparada desacreditándolo ante su Obispo y su público".

En otro de los puntos, las instrucciones van orientadas a "atacar sobre todo al clero extranjero" y al parecer, estas recomendaciones se cumplieron, porque más de algún lector, recordará el episodio aquel, en que a un sacerdote le fue encontrada una pistola en el Sagrario, lugar éste, que para los católicos y especialmente para los consagrados, constituye un espacio santo, por cuanto allí se colocan las hostias consagradas.

Igualmente llamativo, resulta ser el punto uno: "Nunca atacar a la Iglesia como institución ni menos aún a los Obispos como grupo. Más bien atacar a la Iglesia que es más progresista". Así se explica el tilde de "rojo" que recibieron algunos Obispos y sacerdotes, tal cual le ocurrió a Carlos González.

El documento concluye señalando, en el punto once: "Recompensar a los agentes que mejor cumplan este plan de acción dándoles los bienes confiscados de las casas de sacerdotes y religiosas".

A mayor abundamiento sobre lo compleja que fueron en esa época las relaciones de la Iglesia con el gobierno, se puede citar el seguimiento minucioso que los organismos de seguridad hacían de los consagrados. Resulta indicativo un oficio de carácter "Reservado", en que el intendente de la época, entrega datos personales y supuesta filiación política de siete sacerdotes.

En el cierre del documento, se expresa que "todos los sacerdotes antes mencionados, incluyendo a los con filiación política desconocida, están considerados como elementos de izquierda, quienes hacen pública su protesta en contra de la autoridad de gobierno".

Una Bomba en el Hogar

Es de este modo y por casi dos décadas, cómo este país vivió al margen de lo que había sido su tradición y su historia. Episodios confrontacionales, dolorosos y hasta insólitos, se suscitaron con escasa lógica o coherencia.

Entre las muchas personas y familias que sufrieron persecución, hubo también quienes tuvieron que soportar amenazas y venciendo el temor, intentar seguir viviendo.

Incomprensible para muchos, absurdo para los más, el hogar de Carlos González Cruchaga, fue víctima de un elemento explosivo y la Catedral de Talca motivo de amenazas. "Me colocaron una bomba en mi casa y después avisaron tres o cuatro veces de bombas en la Catedral. Recibimos también amenazas de terrorismo antes de la Eucaristía pero nunca pasó nada" dice con la serenidad que le es característica.

El explosivo instalado en su domicilio estalló dañando el frontis de su vivienda. Afortunadamente él no se encontraba. También estaba ausente el sacerdote Manolo Arranz que vivía en la casa, por lo que no hubo daños personales.

Conforme a su personalidad y modo de enfrentar la vida, el Obispo tomó con serenidad y buen humor el episodio. Al consultársele hoy, por lo que sucedió con aquel atentado, comenta divertido: "Que la bomba era de buena calidad, según dijeron los expertos". El misterio que subyace y la interrogante que nunca será respondida la plantea él mismo: "¿Quién puso la bomba? Ese es el misterio en todas estas cosas".

Por mucho que monseñor González, quiso y quiere restar importancia, el episodio no puede pasar desapercibido y el relato del sacerdote Claudio Lavados es ilustrativo del momento, de la mística y forma de ser de su protagonista. "La bomba en su casa la colocaron por el año 1980. Esta fue la última expresión de una seguidilla de amenazas, pero don Carlos no se dejó intimidar. No sé como lo habrá vivido internamente pero externamente no le dio mucha importancia o sea, esto lo estoy haciendo por Jesús, por la Iglesia, si me quieren matar, me matan y punto. No andaba con delirios de persecución, ni levantando banderas de lucha, ni diciendo 'me han amenazado y puesto una bomba', sino, 'que lata, esto no se entiende, pero hay que seguir adelante igual'. Lo vimos con una tranquilidad enorme y en esto es clave su relación con Dios". (Entrevista al sacerdote Claudio Lavados, vicario episcopal de Talca).

Capítulo V

La Conferencia Episcopal



Con Patricio Aylwin y Ricardo Núñez, en el lanzamiento de uno de sus libros.

Avanzando al Plebiscito

Transcurre la segunda mitad de la década de los ochenta. Las protestas callejeras, que partieron tímidamente con la década han ido aumentando en número y fuerza. Cada vez son más las personas que se atreven a salir a la calle, para demostrar su descontento con el régimen gobernante. La apertura de los registros electorales, abre también las puertas a la esperanza de una democracia, que se acerca.

La presión social, comienza de a poco a derribar barreras: habrá quienes vuelvan del exilio. Los partidos políticos reconstruirán sus estructuras. Se intentará tender los puentes por donde el diálogo pueda transitar.

El final de un largo invierno está por comenzar y Carlos González, estará ahí para ayudarlo a partir. Con sesenta y seis años de edad, veinte como Obispo, una fuerte personalidad y varias publicaciones a su haber, asumirá, por mandato de sus hermanos Obispos, la presidencia de la Conferencia Episcopal.

Es diciembre de 1987, cuando comienzan a transcurrir los primeros tres años, en que este pastor de vida austera y a quien, no le agradan los protagonismos innecesarios, pasará al centro de la actividad pública. "Tuve que asumir algo que no estaba en mi estructura psicológica" comenta al recordar aquel nombramiento.

Por delante vienen situaciones complejas. "Fueron años complicados, porque fue el tiempo de pre, de post Plebiscito y el comienzo del gobierno de Patricio Aylwin".

También, aquellos fueron meses de mucho diálogo, de provocar encuentros y acuerdos, que permitieran avanzar sin traumas, al reencuentro con la democracia.

Su influencia en el accionar de la Conferencia Episcopal fue decisiva. Así lo reconoce monseñor José Manuel Santos, quien afirma que a nivel de este organismo, su amigo "fue sobresaliente, no sólo por haber formado parte del Comité Permanente durante varios períodos y por haber ocupado su presidencia, sino también por la influencia de sus juicios y opiniones en la marcha de la Conferencia. Su influencia se debía a su inteligencia, su preparación intelectual, su actualidad en las lecturas y su atención a los acontecimientos. Por ello, era bien escuchado y con frecuencia su opinión fue determinante, en muchas decisiones tomadas". (Entrevista a monseñor José Manuel Santos).

Creyentes y no creyentes, supieron del pensamiento y del llamado de este Obispo en esos años. Él unía su gestión a lo que estaban haciendo los líderes políticos y les infundía ánimo y confianza.

Aquellos contactos, cruzaron de un extremo al otro el espectro político nacional y ni siquiera el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, quedó al margen. "Tuve reuniones incluso con ellos, tratando de que entregaran las armas. Hubo cosas buenas en aquellos años, sobre todo con la cercanía del Plebiscito. Muchas reuniones privadas para lograr acuerdos y suavizar las cosas, porque la extrema izquierda no creía en esto".

Las reuniones tuvieron lugar en Santiago y asistía la cúpula o los representantes de estos sectores. "El Partido Comunista, no creía para nada en esta historia del Plebiscito, pensaban que todo era una farsa y que no iba a resultar. Y sin embargo, pese a todo lo calculado, resultó".

Convencerlos no fue una tarea sencilla. "Eso fue muy difícil, cambiar una cosa que parecía imposible, tratando de explicar que era posible" y para lograrlo dice, fueron varias las voces que se unieron. "Ahí trabajaba Patricio Aylwin, Gabriel Valdés, Jorge Arrate, Enrique Silva Cimma y otras personas que estaban preocupadas del tema en aquellos años".

Estas gestiones, se vieron reforzadas por las declaraciones públicas entregadas por la Conferencia Episcopal y por las Cartas Pastorales, que Carlos González, publicó en ese tiempo.

"No podemos quedarnos con los brazos cruzados o incluso de rodillas si podemos contribuir con una palabra, a una mayor convivencia y a la paz de Chile (...) Chile, vive momentos de tensión y de presión política, que probablemente se agudizarán en los próximos meses. Es comprensible, pero es peligroso (...) Seguimos invitando a los responsables del destino de nuestro país, a que se abran al diálogo y procuren entenderse, sin aceptar la tesis de "amigos" y "enemigos" y a trabajar por una sociedad respetuosa y solidaria". Se lee en la declaración pública "Que el Señor nos ilumine desde el Pesebre", que la Conferencia Episcopal, con el Obispo González en la presidencia, entregó al país en diciembre de 1987.

Meses más tarde, en julio de 1988, Carlos González insistirá sobre el tema, en la Carta Pastoral "Del Miedo a la Esperanza", que en parte de su contenido expresa: "Uno de los miedos más concretos hoy día, es el miedo al Plebiscito. Es una realidad propia de 1988".

"No me refiero a lo polémico de las ventajas y desventajas de cada opinión. Sino más bien a la incógnita sobre el futuro. Me parece que es muy

importante mirar el plebiscito, como una incógnita que produce temor, pero también con esperanza, porque será un hito importante en la vida del país”.

“Lo que más desea la Iglesia es crear un clima de justicia y de paz verdadera, en el país. Para lograr ese clima se requiere reflexionar sobre las propias posiciones y entrar en otra lectura de lo que nos está sucediendo (...)”.

“En esta carta he abordado un problema común a todos los chilenos. También presento la urgencia de que cada chileno se forme conciencia profunda de lo que significa votar SI o NO. La conciencia es una realidad personal, inviolable y sagrada. Nadie, tiene derecho a profanar la conciencia de otra persona, a través de presiones o de extorsiones”.

Lo Impensable: “Ha Ganado el NO”

Han pasado casi dos años de éste, su primer período al frente de la Conferencia Episcopal. Es octubre 5 de 1988 y el país acude a las urnas con ciertas garantías democráticas, por primera vez después de casi dos décadas. Será un día expectante, en que como agua de un mismo río, tensión y emoción, recorrerán el corazón de todos los chilenos.

Siempre con la mirada puesta en las cosas positivas sobre las que se puede construir futuro, Carlos González, recuerda que “una de las cosas más hermosas para mí en aquellos años, el momento más gratificante, es cuando gana el NO, porque era impensable. Nunca un Plebiscito lo pierde un gobernante, con las características de Pinochet y aquí, se produjo algo absolutamente increíble, fuera de todo esquema”.

Lo acontecido en las horas siguientes, es algo que sus protagonistas recuerdan en forma especial. “Esa misma noche llegó Patricio Aylwin a verme, eran cerca de las tres de la mañana. Yo estaba en Santiago y en la Iglesia teníamos toda una red informativa, para saber qué estaba pasando con la votación. La incertidumbre de esa noche era la reacción que podían tener los militares” comenta el Obispo.

“Como a las dos de la madrugada, cuando el gobierno todavía no reconocía, estábamos en el Comando del NO muy preocupados y fuimos a la Conferencia Episcopal (...) en el momento en que llegábamos ahí, el subsecretario y el ministro, reconocieron formalmente el triunfo del NO (...) Me dirigí con el ánimo de invocar la autoridad moral de don Carlos, para que interviniera y la

Conferencia Episcopal obtuviera de parte del gobierno, un reconocimiento de lo que había ocurrido” recuerda Patricio Aylwin, en entrevista concedida a estos autores.

El Obispo, comenta que aquél fue un encuentro muy cordial. “Yo le dije, usted, va a ser el próximo presidente de Chile y Aylwin me respondió ‘no, por ningún motivo’, pero era evidente porque en esos momentos él era la figura más destacada del mundo político y el hombre no buscó la presidencia. Muy honesto en ese sentido. Yo he visto algunos políticos que se ven sin ambiciones de poder, Aylwin es uno de ellos y otro Bernardo Leighton”.

Logrado el reconocimiento, persistía el temor de que los militares no quisieran aceptar la derrota y salieran a la calle. Si eso ocurría, dice el Obispo “había un acuerdo implícito de todos los partidos políticos, incluidos los comunistas, de ser absolutamente pacíficos, de no crear ninguna reacción y no dar cabida a la violencia por ningún lado”.

Algo que llamó su atención, en esos momentos cruciales, fue la forma en que se equivocaron las autoridades gobernantes, con respecto a los pronósticos que hacían para aquellos sufragios. “Estaban convencidos de que ganaban” comenta, para recordar un detalle, que aunque pintoresco es clarificador. “En una comuna dentro de nuestra Diócesis, las encuestas decían que perdía el gobierno y la orden del jefe local fue: ‘cambien las cifras”.

Esa forma de autoengaño, puede tener responsabilidad directa en la desagradable sorpresa que se llevaron aquella noche los gobernantes. Es fácil pensar en deslealtad de los mandos medios que ocultaron información, pero el Obispo señala que no fue esa su percepción, sino más bien un afán casi infantil de “mantener contento al capitán general”.

“Yo tuve dos o tres largas conversaciones con el intendente de aquellos años, le decía que iban a perder y él respondía ‘no, si vamos a ganar’ estaban convencidos del triunfo”.

Una victoria que no llegó y una derrota a la que se agrega una fórmula no asertiva de gobernar, especialmente en regiones. “El esquema de gobierno era malo, porque el intendente duraba un año, máximo dos y aquello se convertía en una rotativa de personas, que derivaba en que durante el primer año la autoridad conocía el cargo y lo que ocurría en la zona y el segundo, cuando comenzaba a hacer algo, lo cambiaban. En todo esto, subyace el problema de las expectativas de ser nombrado general, porque eso, inconscientemente juega su rol, porque de coronel se pasa a general o a la reserva...”

Que no se Politicen los Curas

Conocido por su estilo directo, por la firmeza de sus decisiones y la tenacidad con que siempre ha defendido aquello en lo que cree, dio a su paso por la Conferencia Episcopal características muy definidas y que apuntaban a materializar en la historia real del país, el amor y el servicio a Jesucristo, reflejado en los vulnerables y afligidos.

El objetivo y los riesgos no eran menores. La incomprensión de laicos y consagrados no se dejó esperar, pero no era tiempo de volver atrás. Instán- taneo en sus decisiones y con esa intuición que muchos de sus cercanos coñocen bien, el Obispo priorizó una motivación: "Trataba que no nos politizáramos los curas, porque aquello era un peligro. La Iglesia fue una fuerza política tremenda y el desafío era mantener los valores propios, espe- cíficos, sin descuidar los otros. Ahora, el gran problema de la Iglesia ha sido siempre eso, la relación Iglesia - mundo. Estar, servir, pero mantener la iden- tidad y no involucrarse como dicen, que es el gran riesgo que tenemos siem- pre".

A no dudarlo, lo más complejo que le correspondió vivir en sus años al frente de la Conferencia Episcopal, fue su relación con el gobierno de turno. "Recuerdo la segunda vez que fui elegido presidente, pedí audiencia a Pinochet para ir a saludarlo. Me contestó un capitán, su secretario de aquel tiempo... estábamos en el mes de noviembre y me dijo: 'en febrero tal vez podríamos recibirlo'... nunca más le hice empeño y tampoco he visto a Pinochet".

Su Enfermedad

Un año antes de asumir como presidente de la Conferencia Episcopal, su salud se vio resentida, al extremo que debió ser intervenido quirúrgicamente, para extirparle un quiste alojado en su intestino. La patología en cuestión, tenía la característica de que su no erradicación, podría dar origen a un cán- cer. De allí la preocupación de los médicos, que lo controlaron en forma periódica.

Una evolución no satisfactoria del todo, obligó al año siguiente a que se le practicara una nueva operación. Esta vez, el paciente era el presidente de la Conferencia Episcopal de Chile. Controles posteriores, dieron tranquilidad a sus médicos y fieles. El pre cáncer había desaparecido y Carlos González,

estaba otra vez fuerte y de pie para continuar alzando la voz por los más desvalidos.

Un capítulo molesto vinculado a su salud, vendría después y el Obispo emérito lo escribió en silencio. Fue un cáncer a uno de sus tobillos, ocasionado por un lunar maligno. "Ese cáncer a la piel fue bien fregado, porque el tobillo es una parte compleja para cicatrizar. Me hicieron un trasplante de piel y estuve tres meses bien complicado". Lo cierto es que durante ese período, no cesó en su actividad y por lo mismo, fueron muchas las personas que no llegaron a enterarse. Una experiencia más, que Carlos González, entregó a Dios como silenciosa ofrenda.

Público y comentado fue el desmayo que sufrió en El Vaticano, durante la beatificación del Padre Alberto Hurtado. Retirado en ambulancia desde la ceremonia, la noticia dio la vuelta al mundo y causó gran aflicción en la Diócesis de Talca.

"He sentido esta inseguridad personal de saberme frágil y vulnerable, como lo saben todos los enfermos y esa inseguridad lleva a ponerse, con una mayor confianza, en las manos de Dios, que conoce y sabe de nuestras vidas", es parte de las reflexiones inspiradas por el incidente y que volcó en su Carta Pastoral "Dios pasa Tarjetas Amarillas", escrita a su regreso de Roma, el 21 de octubre de 1994, cinco días después de aquel episodio.

Hoy, recordando lo sucedido, afirma que fue algo sencillo y cuyo origen data de una hipertensión que le viene por familia. "Como en los aviones me pongo tenso, cuando llegué a Roma, me tomé la presión y la tenía alta, por lo que las religiosas me dieron un diurético, cuyo efecto terminó por deshidratarme. Al día siguiente, en La Basílica de San Pedro hacía un calor enorme y llegué con fatiga. Me desmayé y recuperé el sentido en el hospital, pero aquello fue sólo deshidratación".

En la actualidad, goza de buena salud y dice que hace lo posible por estar bien preparado, para cuando le llegue la hora de acudir a su encuentro con el Padre. Activo como es, teme a una vida prolongada que le pudiera llevar a una vejez no lúcida, con escaso o nulo dominio de su memoria.

Llega la Democracia

Con esperanza, en 1990 la democracia ingresa al país de la mano de Patricio Aylwin Azócar, presidente electo con un apoyo mayoritario en las urnas.

Los movimientos sociales, entre ellos las comunidades cristianas, sueñan hacer posible las ilusiones postergadas por décadas. La comisión Rettig abre el camino de un posible reencuentro con los desaparecidos y una cicatrización de las heridas del pasado. El Episcopado, mantiene su apoyo a los organismos de Derechos Humanos, en cuyos registros se guardan las listas de quienes fueron las víctimas del pasado régimen. Las cosas comienzan a cambiar.

La Iglesia se resitúa, los partidos políticos recuperan sus espacios, un nuevo contexto preocupa al inquieto Obispo González. Las profundas transformaciones experimentadas por el mundo en las últimas décadas, imponen nuevas formas culturales y exigen de la Iglesia una respuesta renovada.

Buscando una nueva forma de evangelizar y con su mirada puesta en la esperanza de una Iglesia servidora, el Obispo, ha convocado tres años antes, al Segundo Sínodo Diócesano. "Necesitamos cambios profundos en nuestra Diócesis y por eso convoco a todos los cristianos, a toda la Iglesia Diócesana, a un nuevo Sínodo, para abordar los tiempos presentes y los tiempos que vienen y todo en la perspectiva de la Nueva Evangelización", se lee en el documento "Sínodo en Marcha", publicado en agosto de 1989.

Sobre los motivos que le impulsaron a plantear este nuevo desafío a su Iglesia, Carlos González comenta. "Estaba convencido y sigo estando que la Iglesia necesita buscar caminos de renovación. Es el deseo de encontrar respuesta al gran problema que hemos enfrentado en los últimos años y que es, nuestra relación con el mundo, el cómo insertarse en el mundo actual, lo que no deja de ser complicado cuando todo está cambiando a una velocidad cada día más sorprendente".

El documento final, entregado en agosto de 1992, contiene tres orientaciones. "La central es la Iglesia en estado de misión, que es lo opuesto a la Iglesia establecida, mecanizada. Es una Iglesia en búsqueda, abierta, receptiva, interesada en las realidades de las personas, que no entrega recetas prefabricadas. Es una Iglesia no centrada en sí misma, sino abierta, prestando servicios".

Llegar a ese estado ideal, es algo que Carlos González, ve aún lejano en el tiempo. Confiesa que personalmente ha puesto "harto empeño" para que los acuerdos se traduzcan en acciones concretas "pero para alcanzar resultados prácticos, creo que falta mucho tiempo todavía".

El por qué, afirma, es tan sencillo como que "la gente dice sí a todos los acuerdos, pero que después se decidan a asumir esos mismos compromisos, ese es un problema mucho más difícil".

No obstante ello, le reconforta comprobar que la Diócesis, después de su partida desde el Obispado, sigue trabajando en esa línea. "Gracias a Dios el actual Obispo de Talca, se ha empeñado en que ese Sínodo sea el gran esquema de su vida pastoral. Y eso es importante. El que se haya asumido el Sínodo, lo encuentro profético, providencial y para materializarlo hay un hombre clave, que es Agustín Vial. Este es uno de los buenos Sínodos que conozco".

No menos importancia, tuvo el Sínodo de 1969 y que corresponde a la primera gran tarea, que emprendió como Obispo de la Diócesis. En ese encuentro se buscó continuar acercando la Iglesia local, a las orientaciones del Concilio Vaticano II.

Como resultado práctico de aquel Sínodo, surge la institución de los ministros laicos y de los diáconos casados. Iniciativas en las que Carlos González, fue pionero en su Diócesis y en América Latina.

Permanente Preocupación Social

Obispo fiel al Vaticano II, Carlos González ha impulsado innumerables iniciativas de bien social. Es imposible nombrar la cantidad de entidades y proyectos, que se han podido realizar gracias a su apoyo y gestión.

La Reforma Agraria, que generó graves conflictos en el ámbito rural y que fue tal vez, una de las causas de la crisis del año 1973, provocó posteriormente la necesidad de atender a cientos de campesinos, expuestos a perder sus tierras y que vivían en condiciones precarias.

El apoyo internacional, que en la década del setenta la Iglesia canaliza hacia quienes más lo necesitan, hace posible que Carlos González pueda impulsar el nacimiento del Centro Regional de Atención Técnica y Empresarial, hoy Fundación CRATE.

Desde su creación la entidad se ha dedicado a brindar apoyo y asistencia técnica a los pequeños campesinos, siempre expuestos a la miseria que caracteriza la ruralidad en nuestro país.

El movimiento sindical campesino, también ha recibido un generoso respaldo de esta institución, cuya génesis, lejos de lo que se pudiera pensar, está más en las circunstancias, que en una planificación del Obispo emérito. "En el gobierno militar se dificulta la Reforma Agraria. Se inicia así la 'contra reforma' que se verá agravada después, con el Decreto 208 firmado por Pinochet. Este documento, prohíbe a los dirigentes campesinos ser propietarios de la tierra. Esto provocó una situación de crisis en toda la dirigencia campesina y como Iglesia, debíamos tratar de salvar algo de esa Reforma Agraria, hecha en tiempos de Frei e iniciada por Manuel Larraín y el cardenal Raúl Silva Henríquez. El apoyo del CRATE, permitió salvar alrededor del 65% de las propiedades, mientras que en otras provincias, la cifra no superó el 30%".

Algo parecido sucede con el Seminario San Pablo de Rauquén, entidad donde hoy se forman muchas vocaciones provenientes tanto de ésta como de otras regiones del país. "Este Seminario nace cuando el Cardenal Raúl Silva, nos avisó en el mes de octubre, que al año siguiente no podía recibir a ningún seminarista de la Diócesis, porque tenía demasiadas vocaciones en Santiago. Eso nos obligó en el año 1981 a crear en seis meses, algo que no teníamos en mente, que no estaba proyectado".

Como antesala de esta experiencia, hubo un esfuerzo anterior por crear un Seminario Campesino. "Eso se pensó mucho. La idea era que hubiera campesinos nacidos en ese ambiente y que llegaran al sacerdocio, para servir a los campesinos. Una idea aparentemente muy visionaria, muy valiosa, pero que en la práctica no resultó, porque el campesino lo que desea, es dejar de ser campesino".

Curiosamente, las circunstancias impulsaron al Obispo González, a crear otra institución de notable trascendencia, como es la Universidad Católica del Maule. "En marzo, Jorge Medina, Gran Canciller de la Pontificia, nos envió una carta indicando que ese mismo mes cerrarían las universidades regionales, vale decir, Talca, Temuco, Villarica y Concepción. Así la universidad, es una institución que no estaba proyectada ni calculada, son hechos providenciales que no tienen explicación".

Desde la perspectiva del tiempo, la opción del Obispo por rescatar para la región del Maule esta universidad, fue una decisión correcta y que ha significado un verdadero aporte para el desarrollo local y nacional.

Resulta interesante conocer algo de lo que fue aquel parto difícil, para constatar que la autonomía de que goza hoy la Universidad Católica del Maule, comienza a gestarse a partir del 6 de marzo de 1981.

Ese día está fechada la carta que el Obispo Jorge Medina, Pro Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica, escribe a Carlos González, para comunicar la decisión del Consejo Universitario, en orden a cerrar las sedes Maule y Temuco. El acuerdo había sido adoptado el 28 de enero.

“En dicha oportunidad se examinaron las posibilidades y alternativas, a la luz tanto del nivel alcanzado por las sedes, como de los pesados requerimientos financieros que afectan a la Universidad (...) especialmente si se tiene en cuenta que la supresión de la Escala Unica de Remuneraciones para las Universidades, nos deja en situación de difícil competencia”.

“Este acuerdo, doloroso por cierto, no ha sido impuesto a nuestra Universidad por autoridades extrañas a ella, ni, específicamente, por el Supremo Gobierno, sino que es el examen detenido de las posibilidades lo que ha conducido a ella”, se puede leer en algunos párrafos de aquella carta.

Que la Iglesia Diga la Última Palabra

En respuesta, el Obispo Carlos González, escribe al Pro Gran Canciller, el 15 de marzo: “Acuso recibo de la sorprendente carta del 6 de marzo, en la que me comunica el acuerdo tomado por el Consejo de la Universidad el día 28 de enero, o sea: casi un mes y medio atrás, en orden a la supresión de la sede universitaria de Talca y de su anexo en Curicó”.

En los párrafos siguientes se agrega: “Tomo nota que se trata de una decisión del Consejo, sin interferencias ni de Gobierno ni de autoridades extrañas a la Universidad Católica. También tomo nota que no ha sido consultado ni el señor Nuncio, ni la Conferencia Episcopal Chilena. Esto puedo afirmarlo por haber conversado con el señor Nuncio y el Presidente de la CECH”.

“Era de esperar que la Iglesia, de la que forma parte la Universidad Católica, tuviera alguna palabra que decir y que, dentro de la Iglesia, también se escuchara a la Iglesia diocesana (...)”.

“En resumen: creo en conciencia no deber aceptar que se sepulten años de esfuerzos por hacer presente la Iglesia en la educación superior de esta zona. Esta situación, siendo de competencia propia de la Universidad, no le es de carácter exclusivo: también es algo que le compete a la Diócesis, a la Iglesia Chilena y a la Santa Sede. A estas instancias hemos de recurrir, si queremos actuar eclesialmente...”

De este modo, comienza a gestarse la defensa de aquella sede universitaria. La carrera era contra el tiempo. El plazo fatal estaba fijado para el 3 de abril. Carlos González apela a la Santa Sede. Ésta, vía telegrama, responde el 30 de marzo: “Sagrada Congregación Educación Católica, ruega tener la cortesía de comunicar al ilustrísimo rector de la Pontificia Universidad Católica y al Honorable Consejo, se sirvan suspender la decisión de suprimir las sedes Talca y Temuco, a fin de poder reconsiderar cuidadosamente el entero problema con parecer de todas las partes interesadas. Sigue carta”.

La Mano de Dios

Si bien el episodio de la Universidad Católica del Maule, resultó ser una instancia compleja, donde el tiempo y las circunstancias apremiaban, en el fondo no dejó de ser un hecho providencial.

El no estar preparado para asumir decisiones sorpresivas como aquella, hacen posible una vez más, constatar que la mano de Dios está allí, donde nadie sospecha, pero donde se necesita. Y Carlos González lo sabe. Él mismo lo ha experimentado, con curiosidad, en varios momentos de su vida.

Recuerda la vez que debió atender a un padre de familia cesante y le entregó ochenta y tres mil pesos. Esa tarde, de paso por la ciudad de Molina, una religiosa le entregó un sobre cerrado. El Obispo, lo entregó al seminarista que lo acompañaba, diciéndole ‘ahí deben haber ochenta y tres mil pesos’. Estaba la cantidad exacta.

De este estilo es también la creación del Monasterio Trapense de Quilvo, en el año 1980. “Yo nunca pensé tenerlo en la Diócesis, estaba absolutamente fuera de programa y ha sido una cosa muy buena y positiva”.

Comenta que su instalación cerca de Curicó, tiene su origen en una jornada espiritual que le solicitaron predicar. “Los Trapenses de Santiago, me pidieron un Retiro de una semana, que no se concretó hasta el año siguiente. El último día, el Abad me ofreció crear el Monasterio. No lo tenía proyectado

y tuve que viajar a Italia, a un lugar llamado Vitorquiano, a conocer esta Congregación de religiosas extraordinarias. Luego vinieron en busca de un terreno adecuado y tres años después estaban instaladas en Quilvo”.

Interminables podrían ser las anécdotas por el estilo, que le ha correspondido vivir a este Obispo. Entregado por entero a su misión, convencido que la causa de Jesucristo vale la pena, jamás ha vacilado en decir una palabra a pesar de los conflictos o en realizar un gesto, que muchas veces resulta incomprendido. Es que se trata de vivir en otra lógica. Es aquella de dar para recibir, de perdonar para ser perdonado, de tener hambre y sed de justicia y de morir para vivir.

Al cumplir setenta y cinco años de edad, Carlos González, entregó al Nuncio Apostólico su renuncia. Lo exigía el reglamento episcopal. Era un momento deseado y temido. “Fueron momentos muy emotivos. Uno sabe que tiene que ser así, lo encuentra lógico... pero hay cambios de giros, de rumbos y no es tan simple”.

Preparó su alejamiento paso a paso, pero no se fue de la Diócesis. Se instaló a vivir en las cercanías de Talca, donde ha seguido entregando su experiencia y compromiso, tanto en la reflexión como en la formación de personas.

Capítulo VI

Su Vida Actual



Carlos, labrador de palabras, pastor de la esperanza.

Centrado en el Espíritu

En la tranquilidad de su hermoso hogar, ubicado en el Caserío Lircay de Talca, disfruta su nueva forma de vivir. "Tengo una vida relativamente tranquila, con los retiros, con los libros, con la gente".

"Vivo en las manos del Padre y le pido vivir y morir con dignidad. No me siento aferrado a la vida, porque creo haber vivido con alegría lo que Él me ha regalado" (...) "Llevo una vida de oración y una pastoral, en la cual ya no existe la tensión permanente de tantos años con excesivas preocupaciones, algunas de ellas de poca importancia, a veces inútiles y que pueden saturar la vida de un sacerdote y un Obispo", así resume parte de su quehacer en el libro "Jesús en Vasos de Barro", publicado en octubre de 1999.

Sin desmerecer sus años anteriores, para él, "es mucho más interesante mi vida actual que la otra, porque ahora puedo trabajar mucho más en profundidad con las personas" y eso es algo, que desde la juventud le ha apasionado.

Comenta, que dejar la responsabilidad de dirigir una Diócesis y volver a ser sacerdote, le hace sentir "mucho más libre" y le da la posibilidad cierta de llegar a profundizar en el corazón de las personas "para saber lo que es real".

No obstante lo anterior, reconoce que pasar de "una vida super activa a una más contemplativa, más tranquila, es bien complicado. Cambia todo el esquema, hay que adaptarse, ubicarse y todo esto, parece que lo he logrado aunque no ha sido sencillo".

Y con seguridad, asumir su nuevo sistema de vida, no dejó de ser complejo, porque si bien transita por los 78 años de edad, su espíritu y su vitalidad no van acorde con aquellos años. Se le puede ver y sentir joven, lúcido, activo. Prueba de ello, es que en sus tres primeros años como Obispo emérito, ya ha publicado tres libros, recibido en su hogar a distintas personalidades, acompañado a varios sacerdotes en el quehacer de sus capillas y atendido la espiritualidad de muchos fieles.

El Itinerario del Día

Un día en la vida de Carlos González, se compone de muchas actividades. "Me levanto a las ocho y celebro misa. Voy a la oficina a revisar la correspondencia y recibo un promedio de cinco a seis personas diarias. Los días miércoles, voy al Convento de las Carmelitas y los viernes al Colegio

Agrícola de Molina. Los domingos ayudo en la Parroquia San Luis de Talca. Los sábados asisto a retiros y talleres”.

Entre sus pasatiempos dice, la televisión ocupa un lugar poco importante. “Veo las noticias y algunas series antiguas que me gustan. Me agrada el cine, las películas buenas del último tiempo, como por ejemplo “La Máscara del Zorro” y “El Hombre de la Máscara de Hierro”.

Explica que en materia cinematográfica siempre está al día, porque “Patricio Valenzuela, un joven que trabaja conmigo es aficionado al cine y él con otros dos o tres amigos, seleccionan las mejores películas y me las traen a la casa”.

Otra cosa de la que disfruta en sus ratos libres es la música. “Le hago empeño aunque tengo mal oído. Ese cuento de que ‘tengo mala voz y buen oído’ no es verdad, el que tiene mal oído, tiene mala voz también”, sentencia como buen conocedor de ritmos. Es sabido, que en materia musical su preferencia va por el tango y la música ranchera y según comentan sus cercanos, más de alguna vez y en círculos muy íntimos le han escuchado cantar.

Si de indagar en sus pasatiempos se trata, se permite una última licencia, para contar que los naipes y especialmente la brisca tienen para él mucho atractivo. “La brisca es una de las cosas más sabias que hay. El naipe es un buen medio de comunicación”. Con todo, explica, a él no le gustan las partidas muy largas. “Yo juego naipe una hora, más no, porque encuentro que con eso es suficiente”.

Reconocer lo Verdadero

Retomando el nuevo sentido que tiene hoy su acción pastoral, insiste en señalar que esta forma de vida reservada a lo íntimo, a la oración y a todo aquello que llena su espíritu, es lo que le hace feliz. “Porque se trabaja más en profundidad con las personas” y ello, dice, posibilita reconocer lo verdadero que llevan dentro de sí.

“A modo de ejemplo, hace algún tiempo llegó un caso bien difícil, un problema de una madre, cuya hija se enredó con el padrastro y esa mujer estaba muy afligida. Ahora, cómo se arregla eso, cómo se saca adelante ese problema, es difícil. A la gente le cuesta mucho expresar lo que está pensando, no dicen las cosas, sino hasta que explotan y todo aquello es muy complicado”.

Llegar al meollo de esos asuntos es el desafío y sus años le ayudan. "Curiosamente, las personas, nos tienen más confianza cuando somos mayores y llegan con los verdaderos problemas", comenta agregando que en su caso personal no le cuesta mucho distinguir un problema aparente de uno real. "Hay gente que habla muchas cosas, pero no toca las cosas reales".

Ilustrando lo que dice, comenta la forma en que elaboró "Jesús en Vasos de Barro", su último libro publicado en octubre de 1999. "Este libro trata sobre la vida de los sacerdotes y para escribirlo, hice una encuesta hace dos años cuando dejé el Obispado de Talca. "Fue una encuesta a todos los Obispos, a todos los jefes de las vocaciones religiosas, les consulté qué pasaba con sus curas. Y las respuestas... algunas fueron reales, otras silencios o sea, no respuestas, otras prefabricadas y no faltaron los que evadieron la respuesta, porque es un tema complejo, muy difícil que no se atreven a tocar".

Por eso, explica, su libro "trata de abordar estos asuntos y sé que le haré un buen servicio a mucha gente, tanto a curas como a las personas que se preocupan por sus sacerdotes". Los asuntos más puntuales y delicados detectados en su investigación, los aborda en una carta, que en forma personal y privada hizo llegar a sus hermanos Obispos.

Comenta que en esto de aproximarse a lo real, los silencios resultan clave. "Las palabras y los silencios son indicativos, el problema es interpretarlos, porque sucede con frecuencia que las personas tienden a esconder los problemas difíciles y hablan de lo otro, de lo superfluo. Hace poco leí un libro muy interesante sobre los grados de comunicación. La gente habla del tiempo, de las cosas, de los otros, pero muy difícilmente habla de los problemas de fondo".

"En 1998, les hice una tarea a unos jóvenes, que estudian en un Liceo Agrícola. Les consulté cuáles eran sus aspiraciones. Y de treinta respuestas, la mayoría, eran falsas: 'quiero recibirme para dar satisfacción a mis padres' u respuestas por el estilo, que hacen preguntarse si aquellas afirmaciones reflejan su realidad". Esto porque dice, en el papel todo se ve muy bien, pero al momento de conocer un poco sobre la vida de los muchachos, es posible apreciar que, en muchos casos, las respuestas además de no reflejar la realidad, esconden verdaderos dramas familiares.

Lo que en Realidad se Piensa

Si ya es complejo llegar a la esencia de las personas a través de sus propias palabras, cuánto más lo es aproximarse a la realidad de sus pensamientos y el Obispo emérito lo sabe, por lo que también se ocupa del tema. “Saber lo que realmente piensa la gente es muy complicado. Estoy escribiendo un libro sobre el mundo campesino y me he dedicado a estudiar estas cuestiones y el problema tiene raíces históricas”.

“El problema de América Latina, con los españoles es que la fusión de ambas razas da origen a los mestizos y Chile es un país de mestizos, donde la mezcla de dos culturas, ha dado origen al huaso, el inquilino, el gañán, el peón, el patrón. Y esta mezcla hace muy difícil acceder al verdadero pensamiento de nuestros compatriotas, porque el mestizaje entrega un producto donde no hay claridad ni transparencia. Yo creo, que hay mucho de pérdida de identidad y eso provoca este fenómeno que es muy extraño”.

“Entonces, el problema nuestro es que, lograr saber lo que realmente piensa la gente es muy difícil y el gran problema de la Iglesia es que tiene una concepción intelectual, verbal, conceptual y la gente vive de otras cosas”.

Hacia una Nueva Iglesia

Como pastor preocupado de su Iglesia y con la mirada puesta en los acontecimientos que mueven al mundo, siente que se debe cambiar el modelo que prevalece hoy. “Es difícil mantener una Iglesia centrada en los sacerdotes, en las monjas, en los Obispos, en el Papa. La Iglesia debe ser Pueblo de Dios. La gran maravilla del Concilio Vaticano II es que presentó este esquema, pero en la práctica, cuesta mucho cambiar el modo de pensar. Y a eso es a lo que uno aspira, anhela, pero trata de entender que ello es progresivo”.

La razón de que no se produzca un avance más sustantivo en estas materias, la atribuye a los temores que implica el innovar. “La gente le tiene pánico a los cambios y sobre todo la gente mayor, no quiere ningún cambio”, dice, para agregar que personalmente, él tiene mucha fe y esperanza en el gran aporte que pueden hacer los laicos.

Lo anterior porque afirma, tener el presentimiento de que “vamos a una Iglesia con menos sacerdotes y con un laicado mucho más fuerte, con diversidad de ministerios. Ese es el esquema que visualizo a corto plazo”.

Explica que estos cambios son producto de la época y las circunstancias que se están viviendo. “Ahí tenemos el problema del celibato de los sacerdotes. Esto de vivir en castidad en un mundo erotizado, con la televisión de por medio, es cada vez más difícil. Y las vocaciones irán disminuyendo, aunque ese problema no es determinante, lo esencial está en la fe, en la fuerza interior”.

Ayudando a Crecer

Esencial para lograr un laicado con mayor compromiso y participación dentro de su Iglesia, es para él otorgar confianza, ayudarles a crecer. “La tendencia es a utilizar a la gente y no darles responsabilidad. Eso es en toda institución, incluida la Iglesia, el Estado, los partidos políticos, esa es la condición humana” por lo que insiste, el cambio pasa por “la conversión, por creer y entregar responsabilidades y poder. Si uno tiene todo en su mano y no delega, no tiene personas, tiene ‘personitas’ que sirven, ayudan, pero que son utilizables”.

Sabe que avanzar hacia un nuevo modelo de Iglesia, no es fácil. “Porque el sacerdote tiende, por inseguridad personal, a mantener el mando y lo mismo pasa con los ministros de la Iglesia. Se manejan con rigidez. Esto se observa por ejemplo, en el problema del bautismo. Llegan madres solteras y no les quieren bautizar a sus hijos, cuando es una maravilla que haya nacido ese niño. De existir un aborto, nadie sabe nada, pasa desapercibido y no hay sanción social, en cambio, sí la hay para la joven que tiene su guagua”.

Comenta que son este tipo de cosas contradictorias las que terminarán por llevar a la Iglesia a un esquema nuevo. “Muchas veces he predicado que la Iglesia va a tener que entrar en una fase nueva y se va a cumplir lo que dice el Evangelio, cuando Jesús habla del ‘pequeño rebaño’ y se pregunta ‘si al final de los tiempos quedará fe en Israel”.

Iglesia de la Diversidad

La fragmentación mundial a causa de los avances científicos y tecnológicos, cuya lógica de facilitar la vida termina aislando a las personas, conduce a esa dispersión que visualiza Carlos González. “La secularización, todos estos fenómenos nuevos, llevan a una Iglesia distinta, dentro de un contexto

no católico entre comillas, si no con diversidad de pensamientos, con personas que piensan distinto a nosotros y cuyo planteamiento puede ser respetable, válido, interesante. Nosotros, no tenemos la única verdad, tenemos parte de la verdad, pero no la tenemos toda. Aceptar eso es muy difícil”.

Pese a las dificultades, señala que le parecería “excelente” si la Iglesia fuera capaz de aceptarlo, porque insiste en que el fenómeno se está produciendo. “El avance de las religiones no católicas es fuerte y la pluralidad de religiones, todo esto que estamos planteando, son cosas nuevas. Ahora, yo, interior e intelectualmente las acepto, pero en la práctica, me imagino que uno tiene sus resistencias...”

Resistencias, que pesan más fuerte al interior de las instituciones y que en opinión de este Obispo, se ven con más frecuencia de lo que se cree. “Es cosa de mirar lo que pasa habitualmente, por ejemplo, en el tema político, para ser concretos: hay un sector que dice, ‘hay que votar por un candidato católico’ y otro sector que afirma que se debe votar en conciencia por lo que sea mejor para el país. Detrás de esas dos expresiones, hay personas honestas, buenas y son sólo dos modos distintos de mirar un mismo problema. Ahora, aceptar esto, es difícil, no todos lo aceptan”.

Existe una Iglesia plural aunque no se reconozca “en Santiago hay gente que opina que votar por Ricardo Lagos, es motivo de excomunión. Hace poco escuché en una predicación de un sacerdote: ‘todo aquél que vote por un candidato que apoye el divorcio, tiene el deber de confesarse’ y ¿por qué?. Somos tolerantes hasta cuando tenemos el 49% de los votos. Si tenemos el 51% la tolerancia nos baja y al llegar al 60% ya se es intolerante, la ley humana es esa. Es lo mismo que pasa en la familia, entre marido, mujer, hijos, en ese equilibrio, ¿quién tiene la autoridad, quién manda o decide cuándo hay que hacer esto o lo otro?. Es en la vida humana que se van produciendo todas estas cosas”.

Con la Fuerza de lo Personal

Convocar a las personas para trabajar por su Iglesia, incluida la juventud, cuya característica en las últimas décadas, parece ser la apatía, es algo que, en opinión del Obispo, se logra conjugando las acciones masivas y el trabajo con las personas.

Hablando con sinceridad, monseñor González, reconoce que por temperamento, es la segunda opción la que le interesa más. “Creo más en lo

personal, en lo masivo también creo, pero en menor proporción, a largo plazo, lo que permanece es lo personal. Lo otro también sirve y ayuda, como en el caso del Encuentro Latinoamericano de Jóvenes, al que llegaron quinientos mil chiquillos. Un papá que asistió acompañando a sus hijos, me decía, 'ese fue un encuentro religioso psicosexual', se crearon una serie de lazos afectivos y pololeos. Y curiosamente, de ese encuentro, lo que tuvo más valor fue una reunión secundaria que había en Punta de Tralca, que era un Congreso Latinoamericano de Juventud, que fue muy importante. Y mientras estaba ese asunto masivo, lo trascendente fue lo otro. La tendencia actual eclesial es trabajar más en lo masivo".

Renunciar a los Setenta

Otra reforma que Carlos González, impulsaría al interior de la Iglesia, es la normativa que fija los setenta y cinco años de edad, como tope para la vida activa de los Obispos. "Encuentro muy sabia esa ley, pero yo le colocaría menos años, la dejaría en los setenta, por una razón muy simple: si la persona a los setenta años deja estos cargos, se puede reubicar con mayor facilidad en otra dimensión de la vida sacerdotal".

Para él, esto tiene dos razones prácticas: por un lado, permitiría al renunciado prestar excelentes servicios a la comunidad que elija, y por otro, porque abriría mayores espacios a los sacerdotes que vienen.

Consultado si esta misma materia no se ha analizado, para ser aplicada en el caso de los Papas, comenta que efectivamente se ha hecho muchas veces. "Históricamente, esto partió con Pablo VI, que dispuso que los cardenales podían votar hasta los ochenta años en los Conclaves, porque antes, sus facultades eran eternas y votaban hasta cualquier edad. La medida provocó la indignación de los antiguos Cardenales en ejercicio, que tenían más de aquella edad, porque era como hacerlos a un lado. Después se establecieron los setenta y cinco años, pero no se aplicó a los Papas".

Esta medida, que no ha dejado de sorprender a muchos, explica el que Juan Pablo II continúe en ejercicio, aún cuando su vitalidad física ya no es la misma. Carlos González, hace notar que en torno al Pontífice sucede un fenómeno especial. "El Papa va a París, a Cuba, a Brasil, a cualquier lado y tiene una convocatoria fantástica. Yo he seguido atentamente este asunto y veo que logra llegar a multitudes y dice las cosas oportunas, atinadas, entonces, ahí hay una especie de cosa extraña, fuera de lo común".

En estas situaciones, que no parecen tener explicación en ningún otro campo que el de la fe, se inscribe también lo que recuerda del Papa Juan XXIII. "Cuando lo eligieron Papa, no había ninguna normativa referente a las edades y llegó al Vaticano con setenta y siete o setenta y ocho años de edad. Al parecer, lo eligieron por transición y porque en el momento no había a quién poner... y éste fue un hombre extraordinario. Llamó al Concilio, rompió todas las marcas. Se dice que cuando lo eligieron Papa, los cardenales franceses que lo habían tenido como Nuncio en París, lloraban de pena, pensando que se había escogido a un hombre bueno, pero incapaz de hacer nada y después se produce el milagro. Esas cosas, a uno, le rompen todos los esquemas".

Iglesia Misionera

Aspiración de este Obispo, fue avanzar con su Diócesis, hacia una Iglesia Misionera y a ese objetivo, dedicó gran parte de su tiempo.

A tres años de haber abandonado el cargo, la balanza le dice que gran parte de las aspiraciones que tuvo como Obispo y de las metas que se propuso, fueron alcanzadas "aunque nunca se logra hacer todas las cosas"

"Mi gran sueño es una Iglesia misionera, porque siempre he pensado que por ahí va el futuro" comenta, agregando que ese modelo de Iglesia, se logró en parte, porque siempre persiste un sector que no acepta este esquema "y se queda con la Iglesia establecida, como se le conoce y que es un modelo en el que todo está claro y normado".

Y aunque el grado de avance no es posible medirlo en forma exacta, él siente que después de su alejamiento, la Diócesis "sigue caminando en esa línea, gracias a Dios. El Obispo de Talca, monseñor Horacio Valenzuela, está muy convencido de que el Sínodo es importante. Al menos, esa es la impresión que yo tengo, puede ser subjetiva".

Si bien se siente contento de todas las acciones que emprendió, sabe que no son menores ni pocas las tareas que le quedaron pendientes y entre las que destaca, el avanzar en la línea misionera, abrir más espacio a los laicos y revalorizar el rol femenino en la Iglesia.

Materias en las que por cierto, no está dispuesto a claudicar y de las que con seguridad, se continuará encargando desde su hogar, a través de su acción personal y la publicación de sus libros.

Capítulo VII

Algunos Amigos



En Roma, junto al Papa Pablo VI y a monseñor Alejandro Jiménez.

Un Viaje por la Memoria

Incontables son las personas y personalidades de este país, con las que Carlos González, ha desarrollado amistad. Su humildad, su sencillez, esa forma franca y directa de hablar, su mirada o tantos otros detalles, que van conformando su personalidad, han cautivado a quienes en verdad le estiman.

Por él, hay gran admiración y respeto. Representativo de aquellos sentimientos, es el testimonio de Patricio Aylwin, "Me conquistó don Carlos. La verdad es que he llegado a tenerle un gran afecto y una gran admiración, por sus características personales, su humildad, el tono modesto de su voz baja y de sus palabras siempre breves y sencillas pero con gran contenido". (Entrevista al ex presidente Patricio Aylwin).

Como la suya, son muchas las voces testimoniales que coinciden en estas expresiones, porque después de cincuenta y cinco años de sacerdocio y treinta como un Obispo cercano, paternal y acogedor, el fruto de su siembra puede ser recogido en abundancia.

Cerca del Obispo, siempre han existido personas que le estiman y a las que estima y así como él mismo ha servido de modelo, para laicos y sacerdotes, hay también quienes fueron su propio modelo. El padre Alberto Hurtado y el ex Obispo de Talca Manuel Larraín, son dos de los hombres en quienes reconoce influencia, sobre su persona. El tercero, es el sacerdote Rafael Larraín, primer párroco con quien trabajó después de ser ordenado sacerdote.

Lo recuerda con cariño. Hombre de pocas palabras pero de gran mística. "Me mostró el camino, el cómo hacer las cosas". Su visión, instinto y preocupación social, son la base donde se cimentó una amistad, que como otras, sólo se vio interrumpida por la muerte del sacerdote.

Alberto Hurtado

Además de amigo, el Padre Alberto Hurtado, fue su primo hermano y padrino de bautismo. "Me entregó una cosa muy valiosa para mí, que es la persona de Jesucristo. Él para mí significa eso" dice al recordarlo.

"Alberto, intentó siempre mostrar al Cristo total, en todas sus facetas y riquezas. Siempre me recomendaba que leyera, en mis años de seminario, una buena vida de Jesús y me fue entregando cada año a los mejores autores

sobre Jesús que él conocía” se lee en su libro “Traspasado por Dios y Servidor de Todos”, publicado en 1995, que aborda la vida del santo.

El momento en que el sacerdote Jesuita regresa a Chile y se reencuentran después de muchos años, marca para ambos el inicio de una estrecha amistad y en el caso del joven Carlos González, el despertar de su vocación. “Hombre cercano, respetuoso, nunca trató de hacerme Jesuita, que era la orden a que él pertenecía. Eso es muy curioso, pero responde a que le gustaba dejar hacer”.

“Cuando recibí el sacerdocio, el Padre Alberto Hurtado, me dijo esta frase que nunca he olvidado: ‘El primer año de sacerdocio vas a vivir en el entusiasmo de las novedades; pero después tendrás que vivir de la fe’. Cada año que pasa, creo con mayor fuerza en esa apreciación”, comenta en su Carta Pastoral “Los silencios de Dios”, escrita en Julio de 1989.

Desde el Colegio San Ignacio y hasta la muerte de Alberto Hurtado, en agosto de 1952, se mantuvieron en estrecho contacto. “Él fue uno de los grandes apoyos que yo tenía. Después apareció José Manuel Santos, con quien tengo una amistad que dura hasta ahora y luego, conocí a don Manuel Larraín”.

Comenta que el Padre Hurtado “era una persona afectiva, muy sentimental” que siempre y en forma especial, durante su juventud estuvo atento para acogerlo. “Recuerdo haber llegado a visitarlo en un momento en el cual estaba muy ocupado. Le dije al llegar, que yo estaba triste y afligido y eso bastó para que dejara todo su importante trabajo, para escucharme por un tiempo muy largo, que logró dejarme en paz y quitarme el desaliento interior que traía”, dice el testimonio personal que entrega en su libro sobre Alberto Hurtado.

La gran humanidad que irradiaba el sacerdote, constituyó un hecho no menor en la vida de Carlos González, quien vio en su guía espiritual un hombre marcado por Cristo y ansioso de alcanzar plena justicia social. Su desempeño como Asesor de la Acción Católica, el cariño con que fundó el Hogar de Cristo, la Revista Mensaje y el trabajo que le observó realizar en la Asociación Sindical Chilena, ASICH, son acciones que no dejaron indiferente al Obispo emérito de Talca y que sin lugar a duda contribuyeron a definir el estilo de sacerdote cálido y humano que lo ha caracterizado.

Quizás, porque Alberto Hurtado conocía bien la fragilidad que envuelve a la condición humana, es que se preocupó de mostrar al seminarista González, que la perfección no existe. “Llegó a decirme cosas como éstas “si algún día

me mando a cambiar con una mujer, no pierdas la fe" comenta con una sonrisa y sabe, que detrás de ese mensaje había un llamado a la tolerancia, a la misericordia y la comprensión, virtudes que el Obispo, en opinión de sus cercanos, no ha dejado de practicar.

La cercanía entre ambos sacerdotes y la estimación, se fue profundizando con los años y Carlos González, tuvo oportunidad de estar a su lado en muchos momentos, incluidos aquellos de la enfermedad. "Personalmente lo acompañé mucho en su enfermedad final y logré ver el rostro de Dios en un cristiano, en un sacerdote que creía en la santidad y había entregado todo su ser, para comunicar el amor a Dios", recuerda en otro pasaje del libro "Traspasado por Dios y Servidor de Todos".

Contrariamente a lo que es dado pensar, la enfermedad no fue motivo de angustia para el Santo. "Era un hombre de gran voluntad, que tenía una enorme alegría de vivir, toda su vida fue alegre, tremendamente positivo y poseedor de un gran sentido del humor. Recuerdo una vez en que llevé para celebrarle la misa un ornamento doble, de color blanco y negro y me dijo: 'No te apures todavía con los negros, sigamos con los blancos, que falta un poquito'".

Otra cualidad destacada, dice, era su gran disposición para aceptar los planes de Dios, "contento, Señor, contento". "Con el correr de los años veo que gran parte de lo que he recibido sobre las cosas de Dios, lo recibí a través de su persona. Él tenía una capacidad de irradiación, que comunicaba la alegría y la paz de Dios en forma permanente y creo, por haberlo seguido de cerca, que su enfermedad final fue una experiencia muy especial de Dios", escribe también en "Traspasado por Dios y Servidor de Todos".

Los últimos momentos que pasaron juntos, Carlos González los evoca con gran afecto y emotividad. Dos interesantes pasajes de ese día, los entrega en su Carta Pastoral "Búsqueda y Experiencia de Dios", publicada en abril de 1987. "Como ya no tenía fuerza para celebrar la Eucaristía, en muchas ocasiones le celebré la misa de las seis y media de la mañana, antes que llegaran los médicos y el personal del hospital. En cada Eucaristía era fácil percibir el interés y la ternura que se expresaba en su rostro durante la celebración. Fue muy especial la Eucaristía que le celebré el día 18 de agosto porque a las cinco de la tarde de ese día, entregó su alma a Dios. Fue una celebración serena, apacible. Él y yo sabíamos que era la despedida y todo fue con una gran paz y alegría" (...) "y por eso, una cruz de nubes se dibujó en el cielo cuando terminaba la Santa Misa, en el día de su funeral".

Santos sin Santificar

Requerido acerca de si algo en el modo de vivir y actuar de Alberto Hurtado, hacia presagiar su condición de santo, afirma que sólo el hecho de ser una persona extraordinaria. Ello porque Carlos González, tiene su propia apreciación respecto de cómo se llega a ser santo.

“Tengo la teoría que esto de los Santos es muy relativo, hay una cantidad de gente santa y la diferencia está en que al Padre Hurtado le pusieron patente. A él y a otros Santos, pero la cantidad de gente santa que uno conoce en la vida es importante. Es gente buena, virtuosa, heroica, silenciosa, que no habla mal del prójimo, que soporta la cruz de la vida, que no se quiebra, son muchos, pero sólo eligen a algunos para ser modelos. Aquí, cerca nuestro, habría que pensar por ejemplo, en Enrique Correa, alias “El Huaso Correa”, sacerdote notable y con admirables rasgos de virtud. Creo también, que debiera canonizarse a Bernardo Leighton, ese es un hombre que sería un excelente santo laico, pero la Iglesia canoniza mucho a los sacerdotes y religiosas, no es pareja en este asunto”.

Obispos Amigos

Monseñor José Manuel Santos, es sin dudarle uno de sus grandes amigos. Desde que lo conoció en su juventud han permanecido unidos, sin importar las turbulencias del camino. “Es un vasco, porfiado, obstinado, así muy cuadrado. Nosotros decíamos que había estudiado en el ‘seminario menor’, con lo que se alude a las personas que entran muy niños a los seminarios y él entró a los diez años. Así que es un hombre muy recto, serio, honesto, que cuando se convence de algo asume, cree, trabaja”.

“Eso es lo que pasó durante el Gobierno militar. Santos, se convenció de que había que trabajar por los Derechos Humanos y entró de lleno a una cosa que era totalmente ajena a su mentalidad. Al principio no podía creer que en el país había tortura y todas esas cosas. Le costó mucho convencerse, pero una vez que entendió ya nadie pudo pararlo”.

Y para echar a andar por ese camino sin retorno que emprendió su amigo, él mismo parece haber colaborado con el primer impulso. “Si ayudé a convencerlo, eso nunca lo vamos a saber... si todos nos influimos unos con otros” comenta con su voz tenue, que sigue bajando hasta perderse en su habitual sonrisa.

A la pregunta si él hablaba del tema con monseñor Santos, responde "había que hablar, si era el tema de todos los días. Si no se trata de hacer proselitismo de estas cosas, ellas se van imponiendo solas", comenta, reiterando, que una vez persuadido, su amigo, asumió un rol activo en estas materias.

Tanto, que muchas de las personas y familias sufrientes de aquella época no olvidarán el rostro misericordioso, que Jesús les mostró a través del accionar de estos Obispos.

A ellos, por su parte, el trabajo conjunto les sirvió para estrechar más sus lazos de amistad. "Hemos sido muy amigos, muy cercanos, pero hemos peleado también", dice Carlos González, recordando que en los setenta, tuvieron una gran divergencia sobre el socialismo. "Porque yo tenía la teoría de que llegado un régimen socialista, había que tratar de cristianizarlo, hacer que entrara en nuestro esquema, unir los valores y no transformarnos en "anti". Y monseñor Santos, sostenía que esto era intrínsecamente malo, entonces, ahí tuvimos profundas divergencias".

Si uno u otro tuvo razón en la época, fue algo que no lograron esclarecer, porque no hubo forma de ponerse de acuerdo. De cualquier modo y con buen humor, Carlos González, afirma que aquello "es problema superado". "Son cosas que se van superando, se van dando vuelta las páginas, si no se puede vivir en esas cosas. Ahora nos encontramos con relativa frecuencia".

"Un Hombre Valioso"

Dicen que el ser humano, como fina porcelana, también se rompe en pedazos. No son menos las veces que equivoca el camino y que sólo Dios sabe y conoce sus designios.

Ex Obispo Auxiliar de Talca, Alejandro Jiménez es un amigo que Carlos González, recuerda con cariño. "Un hombre valioso, inteligente, simpático, de Iglesia, bien preparado intelectualmente, fue el mejor profesor de filosofía, que había en esos años en Santiago. Enseñaba Historia de la Filosofía, tenía gran talento para dictar clases, realmente extraordinario".

"Yo pedí que lo hicieran Obispo Auxiliar de Talca y colaboró conmigo por mucho tiempo, hasta que fue nombrado Obispo de Valdivia. Después se le acusó de alcoholismo, situación que él no reconoció. Nunca, Alejandro, aceptó que había ese problema. Lo conversé directamente con él y otros Obispos también y siempre dijo, que no era real esta afirmación".

“Finalmente, el Vaticano, decidió pedirle que dejara su Diócesis y se fue a vivir a Santiago con su mamá. Se encerró allá y hacía algunas clases. Le pedí que me ayudara en el libro que escribí sobre la Democracia Cristiana, pero él no logró interesarse por un tema que lo apasionaba. Tal vez es la persona que mejor conoció a don Manuel Larraín”.

“Le faltaba humor, tenía mucha tristeza. Murió a los sesenta y dos años. Creo que murió de tristeza”. Comenta con curiosidad que “murió su madre y a los seis meses murió él. Debe haber existido una relación afectiva muy grande y así una persona muy valiosa, falleció en forma desconcertante”.

Personalmente, dice, intentó estar cerca del ex Obispo hasta los últimos momentos. “Yo le hacía empeño, pero él no tanto. Nunca perdió la fe. Celebraba la Santa Misa. Era un hombre muy valioso, con una excelente doctrina y preparación intelectual”.

Manuel, Confesor y Amigo

Carlos González, prepara su camino al sacerdocio. Nada hay que pueda indicarle los muchos senderos que en adelante recorrerán sus pasos y menos aún, puede imaginar, que con los años, llegará a desarrollar una estrecha amistad con el hombre que le espera en el Seminario. De él recibirá enseñanza, grandes ejemplos y décadas más tarde, la responsabilidad de conducir una Diócesis.

“Cuando llegué como alumno en 1938, Manuel Larraín era el director espiritual del Seminario. A los cuatro meses lo nombraron Obispo Auxiliar de Talca y aunque lo conocía, pase varios años sin verlo, hasta que de a poco se fue provocando un acercamiento, sobre todo cuando murió el Padre Hurtado. En esos momentos Manuel Larraín, comenzó a estar mucho más cerca”.

“Le pedí que me acompañara como cura y con los años se invirtieron los papeles, pues al final, terminé yo siendo su confesor. Estábamos muy cerca, fuimos muy amigos”.

Amistad que llegó a tal grado de confianza, que de Obispo a sacerdote, Manuel Larraín, se atrevió a expresar un deseo y una inquietud. “Me tenía encargado que le avisara cuando debería renunciar. Decía: ‘tú eres el único bruto capaz de decírmelo’ recuerda emocionado y sonriente Carlos González, para continuar su relato: “Todos los años llegaba diciendo, ‘mira Carlos, ¿será tiempo?’ a lo que yo contestaba ‘todavía no, espérese otro poco’. Tenía terror a envejecer y no darse cuenta”.

El aviso no fue necesario, porque el Obispo talquino –cuya trayectoria trascendió las fronteras del país– falleció en un accidente de tránsito en julio de 1966. Su vehículo colisionó con una carretela y como si hubiese podido presagiar su destino, Carlos González, recuerda que “le tenía espanto a los caballos, siempre decía ‘si muero atropellado por un caballo no iré al infierno’ y justo murió atropellado por uno”. Y al partir, no sólo dejó huellas en el corazón de su Diócesis, sino también en quien habría de sucederle en el cargo.

Poseedor de gran vitalidad, Manuel Larraín, proyectaba autoridad y fuerza. “Tenía una inmensa influencia en Chile y también conciencia de que algo estaba pasando. Había estado en el Concilio Vaticano II y eso fue gravitante en él. Dicen los Obispos viejos, que el último día del Concilio, Manuel Larraín estaba con alta fiebre... porque le faltaba un Obispo del mundo por conocer”, comenta Carlos González, para graficar la enorme capacidad que su antecesor tenía para crear lazos con las personas.

“Tenía tal capacidad de relaciones humanas, de vida social, era una persona muy simpática, que tomaba contacto aquí y allá, que establecía puentes. Tenía lo que llamábamos ‘don de gente’ y que supongo hoy, se conocería como capacidad comunicadora”.

Por todas las cosas, que formaron parte de la vida de ese Obispo y por lo mucho que pudieron compartir en sus años de amistad, Carlos González confiesa que sintió por él gran admiración y que su forma de vivir y actuar influyó en la formación y el desempeño de su propio ministerio sacerdotal.

“Lo que más admiré de Manuel Larraín, es que siempre buscó tener cerca jóvenes. Decía: ‘si me rodeo de viejos, tendré mentalidad de viejo’ y se esmeró toda la vida por buscar gente joven, que le diera ideas nuevas, que lo ayudara y eso, constituye uno de los grandes aportes de su vida”.

La Despedida

La repentina muerte de su amigo, impactó con gran fuerza al Obispo emérito de Talca. “Lloré cuando conocí la noticia. Don Manuel Larraín, estuvo en el Seminario conversando conmigo a la cinco de la tarde y a las siete lo atropelló el caballo. Tal vez, fui la última persona que conversó con él y además, en ese momento, yo estaba pedido por él, para ser su Obispo Auxiliar y yo lo sabía”.

Y que él podría ser el próximo Obispo de Talca, parecía ser un secreto a voces: "Acudí al entierro de Manuel Larraín en Talca y tres o cuatro caballeros me decían 'tú vas a ser el próximo Obispo de esta Diócesis. El comentario me lo hicieron también algunos Obispos y yo por mi parte, me preguntaba qué resultaría de todo aquello".

La incertidumbre no se prolongó muchos meses. Ya en diciembre de aquel año, se rumoreaba la noticia que Carlos González, asumiría la titularidad de la Diócesis. El nombramiento, el 5 de enero de 1967, le llenó de orgullo, pero también le colocó un desafío mayor por delante "porque no es sencillo suceder a un Obispo de primer orden".

De sus primeros años como sucesor de Manuel Larraín, tiene recuerdos que hoy suenan divertidos, pero que en su momento fueron en realidad complejos. "Llegué a Talca y la gente del centro me comentaba 'que bien predicaba Manuel Larraín'. Yo nunca he predicado bien, no tengo facilidad de palabras... 'Qué brillante, que extraordinario' insistían y yo, inteligentemente, traté de apoyar todas esas tendencias a hablar bien de Manuel Larraín y con eso se logró suavizar un poco, porque la comparación era tremenda. Él era brillante, con muchas condiciones que yo no tenía".

A pesar de los años que han transcurrido y de las experiencias vividas, monseñor González, sigue manteniendo vivo el recuerdo de su amigo. Por ello, siente que alguna responsabilidad le compete en los proyectos que Talca está gestando, en torno a la persona del fallecido Obispo. Crítico y directo, como siempre ha sido su estilo y su forma, para abordar todas las materias, dice sentirse no convencido de la iniciativa que busca construirle una estatua. "No soy muy entusiasta de ellas, porque considero que son cosas muy superficiales y toda la vida las he visto como algo pintoresco".

Argumenta en torno a su posición, que en esta ciudad no existe quién se haga cargo del mantenimiento y el aseo de las estatuas. "Llegan los pájaros, se posan arriba de ellas y dejan sus excrementos, con lo que los caballeros quedan todos goteados... de tal modo que me pregunto ¿para qué otra estatua más?"

Los Amigos Laicos

“El cielo se pobló de amigos” dice una antigua frase, a la que Carlos González, recurre con frecuencia a la hora de recordar a los amigos. No es sencillo indagar en el terreno de sus afectos y su voz, se hace casi inentendible, al pasar por algunos recuerdos.

Se resiste a rescatar nombres de su memoria. “El problema es que no me gusta hablar de personas, sobre todo si están vivas”, comenta explicando que al identificar personas, con o sin intención se termina en forma inevitable emitiendo un juicio sobre ellas.

Muchas son las personas que, a través de su vida pastoral, le han ofrecido cariño y amistad. Son afectos cultivados en el anonimato del diario vivir, contruidos sobre situaciones que no se convierten en titular de portada, pero que llegan a tener gran fuerza para sus protagonistas. Carlos González, ha dejado una huella profunda, que trasciende las fronteras de su Iglesia porque aún, desde la vereda de enfrente, hay quienes valoran en toda su expresión, la valiente tenacidad de este Obispo humilde y sencillo, que hace escuchar su voz cada vez que es necesario.

En el ámbito de lo público, es difícil determinar el número de personas que pueden dar testimonio de su amistad. De ese abanico creciente, este libro ofrece una pequeña muestra de quienes le han conocido en distintos momentos de su vida y que, pese al correr de los años, las circunstancias y nuevas obligaciones, cuando visitan Talca, no olvidan incluir en su itinerario, una visita al hogar del Obispo emérito.

Patricio Aylwin, es una de las personas con quien le unen largos lazos de afecto. Amigos desde que asumió como Obispo en los años sesenta, nunca han perdido el contacto. “Tenemos mucha cercanía, cada vez que viene a Talca pasa por mi casa. Con él hemos vivido cosas muy bonitas, como por ejemplo, lo sucedido cuando le entregaron el Informe Rettig. Era el mes de enero y él estaba veraneando en el sur. Me llamó y fuimos allá a estudiar el Informe con él, a ver qué había, cosas positivas y negativas”.

El relato es indicativo de la fuerte amistad que les une y es el propio Patricio Aylwin, quien lo complementa: “Lo invité con el Obispo Sergio Contreras, para que fueran al lugar donde yo me encontraba estudiando el Informe de la Comisión Rettig para que lo conocieran también, supieran a qué atenerse y tuvieran una información y para pedirle su opinión sobre lo que yo debía hacer”. (Entrevista al ex presidente Patricio Aylwin).

Su contacto con el presidente Eduardo Frei Ruiz – Tagle, pese a conocerlo de niño, por la amistad que le unió con sus padres, es más esporádico. “Eduardo chico es más retraído, porque es muy tímido, no es un gran dialogante... escucha mucho, observa, pero pareciera verdad lo que dicen que ‘está operado de los nervios’... se comenta que puede haber un terremoto, una inundación, se toma preso a Pinochet, en fin, que puede pasar cualquier cosa y él no se inmuta, por eso aquella afirmación”, comenta divertido, señalando que igual, en alguna ocasión, el matrimonio le ha visitado en su hogar.

El actual presidente del Senado, Andrés Zaldívar es otra de las personas con quienes mantiene una larga amistad. “Hemos sido amigos por muchos años, con su señora somos medios parientes, es mi prima segunda”, comenta para agregar que siente gran estimación por el matrimonio.

Y no es difícil comprobar que el sentimiento es recíproco. “Mi relación personal con el Obispo Carlos González, viene desde hace mucho tiempo y no sólo mi relación personal, sino que primero mi admiración por su personalidad”, dice Andrés Zaldívar, agregando que “el otro tema que ha motivado mi relación con don Carlos, es su forma de mantener esa relación, que parte de la modestia, de la simpleza, a pesar de sus cargos y su formación intelectual”. (Entrevista al senador Andrés Zaldívar).

Desde la Región del Maule, donde se enclava la Diócesis que dirigió por treinta años, son muchas las voces que se elevan para proclamar cariño, amistad y adhesión a los postulados del Obispo.

El senador Jaime Gazmuri, los diputados Sergio Aguiló y Roberto León, son figuras que estima y que le visitan con relativa frecuencia. Y no podría ser de otra manera, porque Carlos González, ha sido para sus vidas mucho más que un pastor.

Fue en la cárcel donde nace la cercanía con Sergio Aguiló. Aquellas circunstancias hacen que aún al correr de los años, el diputado se conmueva y la nostalgia se apodere de sus recuerdos. Le conoció de niño, por cercanías familiares. “El nuevo encuentro que tuve con don Carlos, fue en circunstancias muy desgraciadas para mí, pero iluminadoras por el apoyo que él me brindó. El año 1981 me detuvo la CNI y estuve preso en una cárcel de Santiago. Algunos Obispos, habían excomulgado a los torturadores. Un día me llegó un papelito muy chiquito que decía ‘ánimo Sergio, estamos contigo, hemos excomulgado a los torturadores y ojalá eso se pueda hacer también en Santiago’. Era un paso fuerte excomulgar a los torturadores y don Carlos, se había atrevido a dar ese paso. Los miembros del gobierno militar se confesa-

ban católicos, entonces, era comprarse un lío con un sector poderoso (...) En los tiempos siguientes, yo he tenido la enorme fortuna de contar con una palabra de apoyo espiritual de don Carlos (...) incluso en momentos de dificultades personales". (Entrevista al diputado Sergio Aguiló Melo).

Las referencias de algunos amigos y su campaña senatorial de 1990, fueron el origen de la cercanía personal, que el Senador Jaime Gazmuri tiene con el Obispo. "Desde que fui electo hemos establecido una relación muy permanente, yo le tengo un gran cariño y respeto. Lo veo con regularidad y me han servido mucho sus opiniones, su mirada sobre las cosas, su conocimiento de la región y el país". Agrega que el ex Obispo de Talca "ha sido un pastor muy completo, que va a dejar una huella profunda en la Iglesia". (Entrevista al senador Jaime Gazmuri Mujica).

La máxima autoridad regional, durante el gobierno de Eduardo Frei Ruiz Tagle, Luz Peñaloza Serrano, es una mujer que le profesa gran cariño y que por sobre todas las cosas valora su acción pastoral. "Lo más trascendente en mi vida, como persona, lo he recibido desde su condición de pastor, yo volví a recibir después de muchos años la comunión de sus manos, en su casa y esa es una cosa realmente trascendente en mi vida, eso hace una diferencia absoluta de un antes y un después" comenta emocionada y sin poder disimular un par de lágrimas que adhieren al testimonio.

Para referirse a ella, el Obispo emérito tiene una sonrisa y un tono paternal al nombrarla. No lo dice, pero sabe que desde el día en que fue nombrada Intendente, ella estuvo atenta a escucharlo en todos los momentos.

"Don Carlos fue la primera persona que visité cuando se conoció mi nombramiento" comenta Luz Peñaloza, agregando que para ella ha sido muy importante el contacto que "en términos de apoyo me ha brindado para cumplir mi rol de autoridad, lo he consultado, buscado su consejo y eso ha sido muy valioso. Su presencia tiene para mí un impacto muy fuerte, por su forma de vivir como hombre consagrado, el compromiso social de la Iglesia, desde la perspectiva humana". (Entrevista a Luz Peñaloza, Intendente Región del Maule).

Por alguna razón del destino y como presagiando los importantes roles que por distintos caminos cumplirían en la vida, el Colegio San Ignacio, es el lugar donde nace su amistad con el senador Gabriel Valdés.

"Carlos, demostró desde muy niño un carácter extremadamente abierto de un alma muy limpia, muy avisado, alegre y al mismo tiempo muy generoso en sus actitudes" recuerda el senador, agregando "lamenté que no llegara

a ser Arzobispo de Santiago, pero su independencia de criterio y su compromiso social eran muy firmes y tal vez, un cierto espíritu conservador, impidió que tuviera el nombramiento que le correspondía. Ha sido un digno sucesor de don Manuel Larraín, que fue uno de los más grandes Obispos de Chile. Creo que toda su vida ha sido un testimonio de humildad y libertad para decir lo que piensa". (Entrevista al senador Gabriel Valdés S.)

De sus años de infancia, data también la amistad que cultivó con su compañero de curso, Sergio Livingston. "El 'sapo', era muy bueno para el fútbol y nos tenía a todos acomplejados por este fenómeno. Por eso, yo le tengo a la pasión del fútbol una gran distancia. Además, era un tipo que no pasaba indiferente a las mujeres", recuerda el Obispo con sana alegría.

Que su vínculo con el deporte fue escaso y casi nulo, lo confirma el comentarista deportivo de Televisión Nacional, quien valorando los años que compartieron de niños, basa en este punto sus diferencias. "Éramos diferentes, primero porque yo era alumno interno y muy deportivo y Carlos no era nada deportivo. Era un hombre muy educado, muy callado, introvertido, sin ser triste en lo absoluto", señala el "sapo" Livingston, para concluir que al cabo de estos años, siente que "en cierta manera Carlos, está tocado por la mano de Dios". (Entrevista a Sergio Livingston, comentarista deportivo de televisión).

Relaciones con la Jerarquía

Pablo VI, es uno de los Papas que despierta gran admiración en Carlos González. Las especiales cualidades humanas que este Pontífice mostró como máximo jerarca de la Iglesia Católica, hacen al Obispo emérito de Talca, calificar su persona y la relación que ambos desarrollaron, con una sola palabra: "fantástico".

En el despacho de Roma, en la Santa Sede, Carlos González, vivió un momento que, por lo simple y significativo, no se le borra de la memoria. "Después del golpe militar, yo redacté y le envié un informe con lo que sucedía en el país. Después pedí una audiencia, me recibió y me dijo: 'excelente informe, excelente documento periodístico, pero tal vez no es apropiado que usted lo publique'. Lo tenía sobre su escritorio y lo había rayado personalmente. Era un hombre extraordinario".

El informe en cuestión se denomina "Construyendo la Verdadera Fraternidad Chilena" y fue enviado al Santo Padre el 31 de enero de 1974.

Este documento de doce páginas y dividido en tres partes, puede haber sido el punto de partida del pronunciamiento que más tarde haría el Episcopado chileno.

Así se desprende de la carta que de regreso a Chile, Carlos González escribe al Santo Padre, el 18 de febrero y en la que señala: "S.S. piensa que la palabra sobre Chile debe ser dicha por todo el Episcopado y tuvo la bondad de prometerme ocuparse personalmente del asunto hasta encontrar una oportunidad propicia (...)".

"Este deseo de S.S. es un gran alivio para mí. Una palabra mía, aislada y tal vez demasiado fuerte, podría haber creado dificultades en el Episcopado y frente al gobierno (...)".

"Ojalá S.S. encuentre pronto la ocasión para urgir la palabra del Episcopado de Chile. Cada día que pasa, se consolida más un sistema que tiene muchos visos de ser un sistema opresor para los más pobres, por sus características de capitalismo y cada día que pasa, el silencio de la Iglesia será considerado con mayor razón como una aprobación implícita a lo que sucede".

El Informe

"Construyamos la Verdadera Fraternidad Chilena" es un llamado angustiante del Obispo González por devolver la normalidad a un país que continuaba desgarrándose. En su primera parte, el documento sostiene que "la reconciliación supone y exige verdad" y que ella se obtiene "al superar los odios, las actitudes sectarias, los egoísmos".

Reconciliación, dice, "es crear las condiciones de justicia y solidaridad". Por ello "es una palabra incompatible con la prepotencia que aplasta, con la injusticia que abusa del débil".

Bajo el subtítulo "La Iglesia en Chile hasta 1973, en un Régimen Pro-Marxista", Carlos González realiza un análisis en que sostiene que el materialismo está en la base de las dos ideologías que intentaron gobernar el mundo: el marxismo y el capitalismo. "Son dos ideologías infiltradas por el mismo espíritu: el totalitarismo" afirma para agregar que, subyaciendo en ambas el materialismo "lo espiritual del hombre pasa a ser una ilusión".

El peligro aquí es que el ser humano pierde su dignidad de persona y se convierte en esclavo "del Estado en el marxismo o es el esclavo del capital en

el capitalismo” por lo que resultan ser incompatibles con la fe cristiana.

Agrega que es en ese contexto global donde se sitúa la realidad de la Iglesia entre los años 1970 al 73 y que al no tratarse de ideologías químicamente puras, el escenario nacional se vuelve especialmente complejo, dado que en él existen marxistas ateos, materialistas y otros que tienen valores cristianos.

“Es una ingenuidad confundir la suerte de los pobres de la tierra con la suerte del marxismo y es otra ingenuidad creer que se puede desterrar la tentación marxista a base de fuerza, sin quitar las raíces de injusticia y desigualdad. Son estas raíces las que provocan la adhesión al marxismo en muchos grupos humanos, también en nuestra Patria”.

Más adelante, el Obispo se cuestiona: “¿Qué interpretación tiene el 11 de septiembre? Para algunos es ‘el mal menor’ que ha evitado la dictadura marxista. Otros creen que es el amanecer glorioso del país a quien Dios ha liberado del comunismo internacional”.

“La Iglesia en un Gobierno Militar”

En el tercer acápite del documento y bajo el subtítulo “La Iglesia en un gobierno militar”, Carlos González centra su mirada en las tres razones que en su opinión dificultan el camino hacia la verdadera reconciliación: Los Derechos Humanos, el Problema Económico y los Cristianos.

Parte reconociendo que “hay valores innegables en el gobierno militar” (...) “Existe espíritu de trabajo y esfuerzo. Se ha restablecido el orden y el principio de autoridad. No se nota ambición de poder y se puede valorar la seriedad de los gobernantes”.

Su análisis respecto a los Derechos Humanos, se inicia afirmando que “En Chile, de hecho, ha habido violación de los Derechos Humanos”.

“He visto personalmente hombres torturados físicamente (...) He comprobado torturas psicológicas. He seguido atentamente el curso de algunos procesos de guerra y existen penas excesivas y desproporcionadas. Existen despidos arbitrarios y aunque se diga y manifiesta una intención contraria, es una realidad la persecución ideológica en algunos sectores”.

“Lo que no era considerado delito antes del 11 de septiembre, pasa a tener esta categoría después de esa fecha. (...) La Junta Militar ha insistido en dar criterios de justicia y trato humano. Las declaraciones y las decisiones en este sentido son constantes. Pero no son sólo cuatro personas, diez o quince

las que ejercen el poder en Chile o asumen responsabilidades de gobierno. (...) existe el jefe arbitrario, el subordinado que no está exento de sadismo, el hombre prepotente, el que es demasiado ligero para denunciar o para suponer como probadas y verdaderas las sospechas, el hombre rencoroso que aprovecha la confusión, el irresponsable que ve fantasmas y que provoca tragedias a veces irreparables”.

“Deseo no juzgar, pero creo estar en la verdad si afirmo que los elementos anteriormente enunciados son reales y que el clima de nuestro país es peligroso” comenta.

“Sé que es difícil hoy día expresar estas ideas en voz alta. Pero confío en la sinceridad y rectitud de quienes nos gobiernan. (...) Callar, para mí, es traicionar a Jesucristo, a quien veo en el rostro de los hombres y lo contemplo más indefenso en el de los pobres. (...) La Iglesia debe ser la voz de todos y especialmente de los que no tienen voz”.

“El que sea humano equivocarse explica, pero no justifica ningún atropello a la dignidad humana. Aceptar el abuso de poder, aunque sea en forma transitoria, no es cristiano. (...) No me corresponde juzgar la culpabilidad o la inocencia de las personas, pero los procedimientos para llegar a la verdad deben ceñirse a los derechos humanos, a los criterios cristianos”.

La Crisis Económica y los Cristianos

En el segundo punto, referido al problema económico, el Obispo plantea al Santo Padre que la “crisis económica que vive el país es una terrible realidad. Es urgente y lo ha hecho la Junta Militar, entrar en un régimen de austeridad; es necesario ‘pagar la cuenta’ de los gastos anteriores”.

“Desgraciadamente, como siempre, la mayor parte de la cuenta la pagan los que tienen menos posibilidades, los que tienen menos recursos”.

(...) “Como Obispo soy testigo de mucho dolor humano, veo el sufrimiento económico de tantos chilenos y me parece que las cuotas de esta cuenta por pagar están mal repartidas”.

“La reconciliación se produce al compartir realmente las dificultades”.

El tercer obstáculo para la reconciliación, Carlos González lo centra en los cristianos, de quienes dice “nos ha faltado una mayor vivencia de Jesucristo, de las palabras del sermón de la montaña y entre nosotros se ha acumulado también el odio, la crítica. Se ha creado un clima pequeño, con poco amor”.

“Los cristianos no sólo debemos desear y esperar la paz. Podemos construirla. La reconciliación se irá haciendo cuando cada cristiano de este país actúe con los demás como lo haría con Cristo”.

“Esto significa no despedir trabajadores por razones políticas o para ganar más dinero”.

“Esto significa tender la mano a quien sea, sin importarnos su historia”.

“Esto significa ofrecer a todos respeto, amistad, servicio, dignidad”.

“Es necesario hacerse responsable de sus palabras y de sus juicios (...) Los cristianos debemos fomentar la solidaridad con todos y especialmente con los más necesitados” concluye.

Con Juan Pablo II, la relación no ha pasado de lo oficial, aunque no por ello ha sido menos cordial. “Nunca he podido conversar con él, como lo hice con Pablo VI, con quien hubo una relación muy cordial, amistosa. Ahora, eso depende del modo de ser de las personas. Pablo VI era tímido en las relaciones públicas, en su vinculación con las masas, pero en el diálogo personal, era un siete. Nuestro Papa actual, es exactamente lo contrario”.

Cardenal, Jefe y Amigo

Su vinculación con Monseñor Raúl Silva Henríquez, se remonta a sus años de sacerdocio en la capital. “Él era Arzobispo de Santiago y yo director espiritual del Seminario. Después me nombró rector. Lo acompañé en algunos viajes al extranjero e imagino, que algo habrá influido para que me nombraran Obispo de Talca, sin el visto bueno del cardenal no se habría producido el nombramiento”.

Comenta, que la amistad que hubo entre ambos, no llegó a ser de mayor intimidad, sino que se movió en parámetros normales de cordialidad, resguardando siempre un detalle: “Él era el jefe, pero siempre había puntos de encuentro y de cercanía”.

No obstante aquello, un trozo de la historia de este país, que ellos ayudaron a develar, los unió para siempre en la Vicaría de la Solidaridad. Obra anónima y desinteresada, que surgió sin rostro, nombre ni tiempo, en la mente de ambos sacerdotes y que, de ser refugio para los afligidos, terminó siendo la gran barrera para detener los abusos que en materia de Derechos Humanos flagelaban el país.

Capítulo VIII

Chile Hoy: Su Mirada a la Contingencia



Con los autores de este libro, en una de las sesiones en las que se fue elaborando esta entrevista.

Chile Hoy: Su Mirada a la Contingencia

La capacidad de mirar de frente todos los problemas y de no guardar silencio ante las circunstancias y los temas que atentan contra la dignidad de las personas, son cualidades que quienes conocen a Carlos González, insisten en destacar de su persona.

Consecuente con su adhesión a la figura de Jesucristo y a su amor por el Evangelio, entiende que el buen pastor, no puede ni debe estar ausente de aquello que preocupa o amenaza a su rebaño.

Hoy, el país tiene desafíos pendientes, necesarios de abordar. Son temas candentes, que mientras no sean explorados en toda su dimensión y se les encuentre una salida, seguirán entorpeciendo el tránsito necesario hacia una convivencia nacional más justa y fraterna.

¿Ley de Divorcio?

“No estoy seguro. La experiencia dice que cuando hay leyes de divorcio, más se quiebran las parejas”, dice el Obispo, para reflexionar luego que es justamente en este punto donde surge el problema del bien común y de cómo actuar en función de ese objetivo”.

“Yo creo que la doctrina de la Iglesia, que es mantener la fidelidad dentro del matrimonio está bien. El conflicto está en los casos específicos, en lo que ocurre en situaciones concretas, en los casos de los no católicos que son un porcentaje bastante alto y en otro tema, que no se toca nunca y que es, el número de matrimonios que siempre fueron nulos, la gran mayoría de chiquillas embarazadas, que carecen de la madurez, para hacer válido su matrimonio”

Por ello, está dispuesto a aceptar una legislación sobre el tema “pero de otra manera”. Su fórmula es como él mismo: sabia y sencilla. “Yo partiría de una forma mucho más paulatina. Tomaría la legislación eclesiástica que es buena y ensayaría”.

“Mis pasos serían aceptar las razones de la Iglesia para la nulidad canónica, que son muchas más de lo que la gente imagina. Y eso abriría una puerta a un porcentaje inmenso de gente que está atascada en ese problema. Pero haría algo progresivo, avanzando con pedagogía, con sabiduría, viendo qué es lo más atinado”.

Lo anterior, principalmente por la gran preocupación que tiene por los niños, que van quedando desamparados ante las muchas separaciones que se producen a diario, sin ningún tipo de regulación y con tristes resultados.

“Pasan todas las cosas imaginables y no imaginables. Las teleseries quedan cortas, son como cuento de niño comparado con lo que pasa en nuestra vida real. A mí, actualmente me ha tocado trabajar bastante en ese aspecto, porque las personas me vienen a consultar. Los suyos no son problemas sencillos y es muy difícil emitir juicios. Todos estamos de acuerdo en que el vínculo es indisoluble, pero ¿qué pasa con los otros casos que digo?”.

No a la Pena de Muerte

“Yo estoy contra la pena de muerte, es un error porque la vida es de Dios”, afirma con plena convicción personal.

La suya es la posición cristiana, porque dice, el tema no constituye un dogma de la fe católica. “La Iglesia no ha dicho tajantemente que no es partidaria, pero el Papa Juan Pablo II está en contra de la pena de muerte. Me imagino que habrá altos dignatarios eclesiásticos y figuras políticas a favor de esa medida”.

Considera que la salida a este conflicto, debe encontrarse por la vía de la justicia, perfeccionando la legislación y precaviendo que aquellos que cometen faltas no puedan reencontrarse con la libertad muy fácilmente.

Economía Deshumanizada

No muy esperanzadora es su mirada al sistema económico nacional e internacional. “Creo que va a colapsar. No me imagino cómo va a ser, pero es muy difícil que se mantenga por muchos años” sentencia, agregando que considera que “este esquema al final, no tiene la bendición de Dios”.

Por lo mismo, no le parece factible que el modelo pueda humanizarse. “Podrá mantenerse, pero su costo es enorme. Este esquema deshumaniza a la gente, afecta las relaciones humanas que ya no se dan en términos personales y conduce a condiciones de vida que son tremendamente dañinas”.

“Destruye a las familias, quiebra todos los lazos, con altas exigencias y amparado en conceptos como la producción, la eficacia” comentó reflexivo, para agregar que “estas frases sobre globalización y las transnacionales, son bastante discutibles. Pienso que Bill Gates, el hombre más rico del mundo es más importante que Bill Clinton y entonces me pregunto ¿cuánto podrá mantenerse este esquema?”.

Su cuestionamiento no debiera dejar a nadie indiferente. La suya es la mirada que situada en la perspectiva del tiempo, se vuelve al presente trayendo la experiencia de una vida intensa, plena de sentido y con fuerte preocupación social.

Y parece ser cierto, que algo está sucediendo al interior de esta sociedad. De no ser así, cómo explicar que a más éxitos sociales y económicos, más desdicha al interior de las familias.

En el umbral del milenio, las personas se proyectan menos felices. El concepto de familia se resiente y el sentido amplio del amor se desvirtúa. La vida de Carlos González, ha cruzado siete décadas y la perspectiva que hoy observa, no es alentadora. “Ahora hay más depresiones, mayor cantidad de tristeza y desigualdad. La distancia entre ricos y pobres es cada vez más amplia y por eso afirmo, que este esquema, no puede estar bendito por Dios”.

Religión a la Medida

Raíz de las iniquidades que conlleva el sistema económico, podría ser quizás la escasa consideración que se asigna en la actualidad a los temas éticos y morales. La frialdad tecnocrática, el desenfreno competitivo y la cada vez más escasa solidaridad entre los seres humanos, van dando paso a todo tipo de fenómenos, incluido aquel que busca acomodar la religión “a las nuevas tendencias”.

Carlos González, comparte aquella visión. “Es como dijo Voltaire: ‘Dios creó al hombre a su imagen y semejanza y el hombre deformó a Dios a su imagen y a su semejanza’. Uno tiende siempre a acomodar lo religioso a su medida”.

La liviandad con que se tratan hoy ciertos temas es tal, que se ha llegado a hablar de un Cristo “post moderno”, concepto con el que tal vez, se intenta adecuar el espíritu de Cristo, a una forma específica de sociedad. La verdadera fe, bajo ningún pretexto puede ser acomodada ni a los tiempos, ni

a las circunstancias. Todo lo que está fundado en los valores cristianos no forma parte de la baraja exitista y mucho menos, podrá ser usado de como-dín.

Por tanto, aquella postura “ligh”, tan de moda en nuestros días y que ha generado hasta una nueva forma de hacer política, para el Obispo emérito, no es más que “voladores de luces”, cosas efímeras que no perdurarán en el tiempo y que inevitablemente, provocarán quiebres y trizaduras.

La Crisis que Viene

Su visión de los acontecimientos que van ocurriendo no sólo al interior del país, hacen que esté convencido que se aproxima una crisis que habrá de trascender el ámbito de la economía. “Me imagino que va a venir, no sé en qué plazo, pero esto no puede mantenerse demasiados años”.

Existe algo en el sistema de vida que cree no funciona bien. “Hay una serie de fenómenos extraños, como aquel de la migración de la gente con medios económicos a las parcelas de agrado en el campo”. Agrega que de continuar aquel movimiento “no van a quedar centros con personas, tal como ya está sucediendo en algunos lugares”.

Las ciudades de paso, donde no existen hogares, convertidas en centros comerciales, corren el riesgo de transformarse en urbes deshumanizadas y el afán por concentrar en las capitales de los países las grandes decisiones, son cosas que preocupan al Obispo. “Eso indica que hay una distorsión y ocurre no sólo en Chile, sino a nivel mundial, donde hay ciudades como México, en las que es imposible vivir. Me pregunto ¿a qué nos llevará todo esto? porque observo como se concentran las poblaciones, el poder, el dinero”.

La inquietud del Obispo por estas materias, no debiera pasar desapercibida, por el contrario, su reflexión debería despertar una voz de alerta en toda la sociedad. Por más que se intente mirar sin ver estas realidades, es necesario aceptar que estas transformaciones mundanas repercuten, en la desintegración de las familias, las personas y sus sistemas de vida.

Transición Política del País

Un tema candente en el corazón de los chilenos, es la transición política del país. Que algo le ha faltado a ese proceso para alcanzar su plena madurez, es tal vez, una de las pocas coincidencias que existen en torno a la materia.

Como hombre de Dios, atento a los acontecimientos gravitantes y bajo el prisma de la justicia social, la verdad y el amor, Carlos González, afirma que las falencias de esta democracia, tienen su base en la Constitución Política del Estado. "Creo que el gran problema está en la Constitución del año 1980, ahí radica la gran tranca a todo este asunto. Las excesivas atribuciones al general Pinochet, porque él la programó a su gusto aún cuando transó en algunas cosas, que no fueron suficientes".

Imposiciones como la institución de los senadores designados y el sistema binominal de elecciones, son elementos donde radica gran parte de los problemas. "Cuando los juristas aceptaron la Constitución del año 1980, se amarraron las manos, pero tal vez en ese momento no había otra cosa que hacer".

Dadas las circunstancias históricas que por aquellos años vivía el país -reflexiona- era poco o nada la oposición que se podía ejercer. "Aceptaron el proyecto, hicieron algunas modificaciones, pero esta Constitución no tiene la agilidad que se requiere para el mundo actual. Nosotros vivimos un mundo muy vertiginoso, muy rápido, con una evolución a todo vapor y eso requiere un tipo de gobierno bastante más ágil".

Realista y franco, opina que se debe modificar la Constitución Política del Estado, para agregar sin demora que eso "es algo que no se va a lograr, sino hasta que el número de senadores designados se invierta y sean más los pertenecientes al gobierno, cuando se dé ese cambio de cifras, ahí se logrará el acuerdo para modificarla".

Para él, este tema como otros, se mueven en función de las conveniencias. "Es igual que la regionalización, que debería ser la gran realización del próximo gobierno, pero que no se va a producir mientras no convenga hacerlo por razones económicas y políticas. Mientras tanto, se irán en palabras, en la búsqueda de frases para los electores y todas esas cosas que estamos acostumbrados a escuchar".

Una crítica que hace al proceso de transición es que “le ha faltado más la función social. Ha estado muy basado en lo económico, en la inflación que se ha logrado detener, pero el costo de ello ha sido muy alto y se refleja en la falta de participación de la gente”.

Elemento este último fundamental en una democracia, pero que al parecer es cada vez más difícil de lograr. “Yo tengo una experiencia curiosa en el barrio donde vivo. Hubo una gran inundación y durante esos días, vi por primera vez, en casi tres años de permanencia ahí, un interés real. Todos los afectados participaban. Se organizaron comités, se estructuraron comisiones y se abordó el problema desde todos sus frentes”.

Mesa de Diálogo

La Mesa de Diálogo establecida a mediados del año 1999 en el país, tiene entre sus grandes objetivos llegar a esclarecer el destino de los detenidos desaparecidos, que hasta la fecha no han podido ser ubicados.

Su accionar resulta vital para dar a la transición política, el impulso decisivo y final, el que permitirá cruzar el puente hacia la reconciliación. Requisito entonces, parece ser, la demanda de los familiares que afirman que mientras no aparezca el último de los desaparecidos y se alcance la justicia, no habrá perdón.

“Es que no va a aparecer el último desaparecido” afirma el Obispo emérito, para agregar que su percepción frente a la Mesa de Diálogo es que ella ayuda. “Creo que es positiva, que es bueno lo que están haciendo, porque se están limando asperezas”.

Su afirmación de que no será posible desentrañar la verdad de todos los casos pendientes, se basa en el convencimiento de que “la gente que sabe no va a hablar” por lo que señala, no será posible encontrar los cuerpos, aunque tal vez sí, sus historias.

“Pienso, en forma muy real, que si se logra llegar a saber lo que ocurrió, ojalá sea en un porcentaje lo más alto posible. Si eso se da, la Mesa de Diálogo será un éxito, aunque actualmente, la teoría es aquella que afirma que ‘las instituciones no estaban comprometidas’ y que fueron responsabilidades personales de algunas cabezas calientes”.

Esa explicación, dice, “es insostenible a través de los años, eso se puede decir por un tiempo, para salir del paso, pero es evidente que aquí hubo un sistema pensado y consciente, con características de represión y de miedo”.

Desde esa perspectiva valora la Mesa de Diálogo, toda vez que reconoce que al principio "era bastante escéptico a ella, ahora creo que está dando pasos y que es positivo lo que está pasando".

Requerido sobre cuánta vinculación tiene esta instancia con la situación del general (r) Augusto Pinochet, señala que "bastante", ya que "según la teoría de algunos analistas políticos, se creó para calmar a mucha gente y dar una imagen más dialogante del país".

Conforme a los esfuerzos que se han venido desarrollando y las voluntades expresadas para sacar adelante esa instancia, es dable pensar que en algún momento de las conversaciones, debería arribarse a una respuesta.

Explicaciones que en todo caso, el Obispo piensa no resolverán el total de las interrogantes. Cree que deberá pasar mucho tiempo para que todas las heridas puedan cerrar. "Es como en el caso de las familias cuando hay conflictos" indica, para reflexionar luego que "el problema es que detrás de los conflictos puntuales hay otras cosas, como prejuicios anteriores, de tal modo que los parientes chocan por esas cargas afectivas contrarias y salen a relucir verdades ocultas en familias que parecían muy unidas. Y aquí, en el tema de los detenidos desaparecidos sucede algo parecido, por lo que yo no creo en el arreglo a corto plazo. Los dolores se van a diluir en el tiempo. Hay muchas cicatrices que se van borrando solas".

Las tensiones que tanto dentro como fuera de las fronteras del país, se han vivido en el último año, por la detención en Londres del general (r) Augusto Pinochet, son responsables de temas que han despertado gran polémica y entre los que se cuentan la jurisdicción y la competencia de tribunales internacionales de justicia.

Surge entonces la interrogante por saber si Carlos González, es partidario de que acusaciones vinculadas al atropello de los Derechos Humanos, sean enjuiciadas por estas instancias. "Yo soy de la teoría que los países deben tener su propia justicia, de no ser así, viviremos toda la vida gobernados por los poderosos y no me gustan esas cosas".

Por lo mismo, se muestra escéptico al establecimiento de Cortes Penales Internacionales, porque afirma, sus resultados dependerán de cómo se establezcan y de quiénes o qué países ejercerán al final poder sobre ellas. "Ojalá nunca más pasen cosas como las acontecidas y que siguen pasando, en lugares como África, Checoslovaquia o Kosovo".

Apagamos la grabadora. Terminamos de tomar el té en su acogedora casa, con la promesa de volver a conversar en alguna de las nuestras. Dejamos al Obispo, escribiendo su próximo libro dedicado al problema campesino. Cae la tarde sobre Talca que se nos acerca velozmente. En la mente siguen rondando las ideas y la imagen de un pastor sereno, sencillo, sonriente, preocupado de los problemas del país y del mundo, atento como dice el Vaticano II a los "signos de los tiempos".

En su vida ha habido dolor y alegría. Es un caminar en la esperanza por un mundo más justo y fraterno, inspirado en el humilde carpintero de Nazaret, el Cristo de ayer y de hoy, que sólo es posible ver en los ojos de sus seguidores.

Hemos aprendido mucho. Nos hemos emocionado, reído y todavía quedan interrogantes. Ha sido la historia de Chile durante los últimos cincuenta años, vividos con pasión, con verdad, en el riesgo de enfrentar los conflictos y vencer el temor.

Sin estridencias, en la somnolencia del atardecer provinciano nos sumergimos otra vez en el tráfago de la vida. Jamás olvidaremos lo que hemos vivido. Somos privilegiados.

Talca, diciembre de 1999.



Autores de esta obra, los periodistas Luz Eliana Morales y Gabriel Rodríguez, tienen la firme convicción de que el periodismo y la literatura también pueden crecer y fortalecerse en regiones.

Este libro y lo que individualmente han realizado como escritores maulinos, no hace sino corroborar su opción y su apuesta, a que el desarrollo regional, puede y debe ser impulsado desde el propio territorio, para abrirse al país y al mundo.

Destacar la obra y los hitos en la vida de una persona como el obispo Carlos González, cuya figura traspasó con mucho las fronteras de la diócesis de Talca y de quienes profesan la religión católica, sin esperar que sea Santiago, quien inicie ese reconocimiento, constituye un paso más en la batalla de los creadores, por romper el centralismo que limita y posterga.

Lo válido de esta opción y la importancia de su contribución, se refleja en el prólogo de esta obra, donde el periodista Alejandro Guillier, reconoce en los autores "sensibilidad para descifrar los rasgos de carácter que hicieron de este sencillo y afable pastor, que nunca buscó protagonismos, una de las voces más respetadas del país".

La regionalización, en opinión de estos periodistas es y puede ser posible, en la medida que exista respaldo y en que cada vez, sean más las manos y las voces que se alcen para apoyar estas iniciativas. Esa es, su demanda y al mismo tiempo su convicción.